



FUEGO EN INVIERNO

MILE BLUETT



FUEGO EN INVIERNO

MILE BLUETT

Título: Fuego en invierno.
Autora: Mile Bluett
Primera edición: Diciembre, 2018.
©Mile Bluett, 2018

Banco de imagen: ©Shutterstock.
Diseño de Portada y maquetación: China Yanly's Design
Info: chinayanlydesing@gmail.com

mileposdata@gmail.com

Instagram: @milebluett

Twitter: @milebluett

Facebook: Mile Bluett

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción y la divulgación de la misma por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor.

Es una obra de ficción. Cualquier similitud entre nombres, establecimientos, lugares, personajes o situaciones de la novela con personas, hechos o lugares de la vida real del presente o del pasado es pura coincidencia

SINOPSIS

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

REGALO

Buscándome te encontré

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

Dedicado a los que no temen al amor, a los que se entregan a una pasión intensa y viven la magia de un beso, de un abrazo y de una entrega absoluta.

Con afecto para todas mis lectoras, las que ríen, viven, aman y suspiran con una linda historia de amor.

La historia de amor que quieres para tu vida.

SINOPSIS

Cuando la atracción es tan fuerte que se vuelve irresistible.

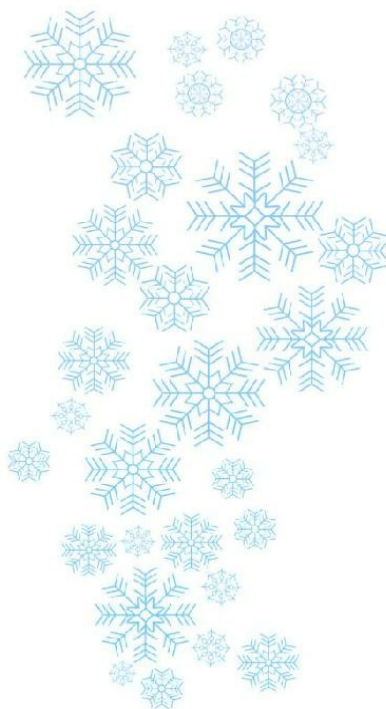
David Jenkins es un Dios Nórdico con habilidades para sobrevivir al invierno más crudo, con una mirada pícaro y unos hoyuelos en cada mejilla que tienen el propósito de derretir a quien ose mirarlo cuando sonrío. Destaca por su infalible sentido del humor y sorprende por sus artes culinarias para seducir a una dama. En su día a día, es un empresario prometedor al que no se le escapa nada, dueño de una innovadora compañía de mercadotecnia en línea.

La vida de Ashley Rice es una bomba de tiempo, odia el frío con todas sus fuerzas y acaba de aterrizar en un congelador gigante, su emergente y poco convencional negocio está a punto de salirse de control de tanta demanda y lucha por demostrar que puede con el reto. Para rematar, ha decidido seguir el obsoleto código de su abuelita para no caer en las garras de otro canalla seductor tras una devastadora decepción amorosa.

Dos desconocidos que pasarán la Navidad en New York con sus hermanas, las que comparten departamento. Por fuerza mayor, Ashley y David terminan pasando juntos más tiempo del que habían previsto. Creían que esta Navidad sería la más odiada de sus vidas y termina siendo la más inolvidable.

¿Qué pasará cuando llegue el momento de la despedida?

1



Vacaciones y
Navidad, una
combinación
casi perfecta, si

eliges bien el destino. A mis veinticinco años estaba en esos momentos de la vida en que me sentía plena en muchos aspectos, había terminado una carrera y había comenzado un proyecto laboral, que, aunque no era tradicional, me daba muchísimas satisfacciones, más de las esperadas. Ahora el reto era sacar adelante a ese monstruo descontrolado de negocio.

No tenía novio, pero tampoco podía quejarme, la lista de pretendientes

no era nada despreciable. Simplemente con ninguno terminaba de hacer clic, así que decidí esperar. No quería encontrar un candidato medianamente aceptable, quería sentir las mariposas batirse en mi estómago de forma atronadora, no iba a aceptar conformarme con menos. Si de algo estaba segura, era que de nuevo quería enamorarme. Recién me sentía recuperada de un desengaño amoroso que me había dejado una profunda cicatriz en el alma, tras descubrir que mi novio de la universidad, me fue infiel no una, sino más veces. Teníamos maneras distintas de encarar la vida, para él tener una colección de conquistas era importante, por eso cuando me decepcioné por completo y me escurrí como agua entre sus dedos quedó estupefacto. Mi adiós, tal vez le haría madurar y apreciar los sentimientos de otra chica a futuro, para intentar recuperarme ya había caducado el plazo, me harté de ser un juguete entre sus manos. Quería un hombre de verdad.

Estaba en un avión de *American Airlines* a punto de aterrizar en mi destino, el Aeropuerto Internacional John F. Kennedy. Tomé mi equipaje de mano cuando las azafatas liberaron a los pasajeros y caminé rumbo a la cinta por la que desfilaban las maletas hasta que divisara la mía. Saqué un espejo de mano y me retoqué el maquillaje, para que todo estuviera en su sitio. Acomodé mi largo cabello castaño, el que siempre lucía impecable y le di un repaso a mi atuendo.

Mi hermana llevaba tres años viviendo en New York y solo la había visitado en dos ocasiones, así que cuando me propuso pasar con ella las fiestas decembrinas no lo dudé, realmente la extrañaba, solíamos ser muy unidas hasta que decidió mudarse lejos de la familia. Solo un valioso detalle no tomé en cuenta, olvidé que había visitado esa parte del país en verano, época en la que el clima se sentía fenomenal. En mi visita anterior pasé horas dándomelas de turista, caminando de aquí para allá, sin derretirme bajo el sol ni congelarme, odiaba los dos extremos de la temperatura. Por eso me había

quedado en Los Ángeles a vivir, por su clima ideal, que, aunque era caluroso en ciertos meses, era bastante tolerable, gracias a la brisa del mar que lo envolvía.

La nieve solo la conocía de lejos, al ver las montañas que rodeaban Los Ángeles, y de cerca por la televisión o las fotografías. Aunque siempre me rehusé a acercarme a esa masa blanca, ante la invitación no lo pensé dos veces y me lancé a la aventura. Siempre cabía la posibilidad que no nevara, todo dependía de las condiciones climáticas. Mi hermana me recibió en el aeropuerto con varios kilos de tela para que me forrara, abrigo de esquimal, bufanda tejida y guantes espesos, necesarios para abandonar la terminal. No estaba nevando, pero el frío era desgarrador. Hay sacrificios que valen la pena, como sobrevivir al invierno cuando padeces de enfriamiento crónico, a mí, hasta el aire acondicionado me ponía la piel de gallina, pero por pasar esos días al lado de mi adorada Helen acepté convertirme en una paleta de helado.

La renta en Manhattan era carísima y mi hermana quería vivir a pocos minutos de donde sucedía la acción, decía que, si tenía que vivir en los suburbios se regresaría en el primer avión a Los Ángeles, así que no le quedó más remedio que compartir un pequeñísimo departamento con unos amigos del trabajo. Los conocía de mis viajes anteriores y eran excepcionales, estaba contenta de saberla rodeada de gente buena de verdad. Los tres eran bailarines como ella y estaban sumergidos en su mundo, hablaban el mismo lenguaje y a veces me costaba entenderlos, pero me aceptaban en su exclusivo círculo y yo me sentía feliz de compartir estas fechas con ellos. Tom, Ericka y Wendy.

Mi hermana y yo llegamos exactamente a las seis, era su día de descanso, por eso lo elegí para viajar. Dejé el equipaje en su habitación y me puse algo de ropa más cómoda, grave error, porque literalmente me estaba congelando. Me dio pena subirle a la calefacción, todos estaban estupendos y

la única sensible a la temperatura era yo. No quería llegar de última y entrometerme, así que traté de aguantarme un rato.

Mientras cenábamos y planeaban una cena vegetariana para Navidad, terminé de escurrirme hacia la chimenea, me acerqué a esta y me decepcioné por completo al ver que los troncos que parecían arder dentro, eran solo un artilugio eléctrico que simulaba el efecto de la leña consumirse por el fuego. Se veía elegante, pero no me resolvía el problema. Recordé que este tipo de chimeneas se podían usar como ornato, justo como lo estaban haciendo, o también en su otra variante que sumaba la función de calefacción, lo que servía de apoyo para calentar por convección la estancia.

Lamenté que hubieran cambiado la chimenea original de la construcción, era de leña como antaño y aunque no era tan sofisticada como el nuevo artefacto, le daba un encanto increíble al departamento. Mientras me peleaba con el artilugio buscando donde podía acceder a esa opción, exclamé en voz alta:

—¡Neoyorquinos! No se inmutan ante este congelador.

—Ese es el problema —dijo una voz que me hizo pegar un sobresalto—. Ninguno es de New York, Tom es de Canadá, Ericka de Chicago y Wendy de Alaska con raíces escandinavas.

Dato curioso, que no había investigado en mis anteriores viajes, todos tenían un acento muy adaptado al típico habitante de la ciudad. La voz era sugerente, bastante, pero en mi furor ni siquiera me giré para quedar frente a frente al responsable de tal aclaración. Mi impetuosa lengua se adelantó a cualquier pensamiento prudente.

—¿Y de dónde ha sacado mi hermana a esta banda de congelados? ¿De *Frozen*? ¡Por supuesto que no tienen frío si han crecido con la escarcha pegada en sus traseros y de mejor amigo tuvieron un muñeco de nieve! —Antes de continuar desahogándome de la situación que hacía estragos en mi persona, le

dije, consciente de que la voz no pertenecía a Tom, el único hombre del departamento—: A ti no te conozco. ¿De dónde saliste?

Me volteé para apreciar al chico salido de la nada, no tenía ni idea de quién era y estaba muy divertido disfrutando de mi patético espectáculo. *¡Jesús! ¿Este hombre es real?* La cabeza de Helen iba a rodar por no advertirme sobre la presencia de este vikingo. Me preguntaba de dónde había venido y por qué nadie tuvo la delicadeza de presentármelo. No era guapo, era guapísimo, quedé sofocada por la intensidad de sus ojos burlones. Algo se sacudió en mi interior de forma brusca, contundente. Él solo se alzó de brazos.

—Soy el hermano de Wendy —soltó con una desbordante sonrisa, que me distrajo por un momento. Dientes perfectamente alineados, blanquísimos, mirada encantadora y un par de discretos hoyuelos en cada mejilla, que le daban un aire encantador y jovial a la vez. Músculos por todo el cuerpo que se percibían por debajo de la ropa, no exagerados, pero sí en la justa medida, que lo volvían demasiado apetecible. Solo quería descansar mi cabeza sobre esos nutridos pectorales y que me abrazara con aquellos succulentos brazos. La sonrisa pícaro no se desvanecía y aún era el objetivo de sus traviosos ojos. Le divertía mi reacción, se podía decir que la estaba disfrutando al máximo. Su descaro me puso en alerta, en mi enojo con la maldita chimenea, todavía no entendía por qué.

Salí de mi embeleso por el hombre apuesto que había acaparado mi atención, dejé de babearlo y me concentré en sus palabras. Lo había ofendido y se caía de bueno, tenía que arreglarlo o pensaría lo peor de mí. Recapitulé a la velocidad de la luz.

—¿Vienes de Alaska? —mascullé convencida de que era prudente pensar antes de hablar, algo que definitivamente me había fallado.

Divisé que andaba en bermuda, con una camiseta de mangas tres cuartos y unas sandalias de andar por casa. Él hizo una expresión de

suficiencia y aceptó. Reparé en mi atuendo, medias y pantalón de lana, blusa tejida de mangas largas, suéter, bufanda, guantes, pantuflas.

—Creo que te adueñaste del invierno —dijo y su voz atronadoramente sexy volvió a hacerme sucumbir, quedé extasiada admirándolo—, no dejaste ni un poco para los demás. No te preocupes que no traje al muñeco de nieve y la escarcha de mi trasero hace rato que se descongeló.

—¡Oh, lo siento! —dije llevándome una mano a la boca.

—Ni te agobies, prefiero la sinceridad —señaló desenfadado.

—Tal vez me pasé dos rayitas, el frío me pone de mal humor, la casa es una nevera y ustedes creen que están en el trópico —dije señalando las cervezas heladas que cada quien se había servido mientras en mi mano descansaba una taza de té casi hirviendo—. Solo quería subirle a la calefacción, pero parece que a nadie le importa. Todos están muy cómodos. ¿Wendy y tú tienen raíces escandinavas?

—Eso mencioné. —*¡Maldición!* Creería que era una tonta que me gustaba preguntar de qué color era el traje rojo de Santa Claus—. Mis abuelos maternos eran daneses, tras casarse se mudaron a Alaska e hicieron allí su vida. Wendy y yo nacimos en territorio estadounidense, igual que mi madre.

—Encantador. —*¡Mierda! ¡Mierda! ¿Eso salió de mi boca?* Intenté componerlo—. Me refiero a la historia de tus abuelos.

—¿Primera vez en New York?

—No, pero nunca se me había ocurrido venir en invierno. Si lo pienso mejor creo que me hubiese quedado en Los Ángeles. Para colmo están planeando una cena vegetariana, con tanto frío y sin comer proteína moriré de inanición.

—Wendy es vegana, al igual que Tom y Ericka.

—Helen se ha unido a la secta —acepté alzándome de hombros.

—Vamos, no estará tan mal. Wendy es estupenda cocinera y a mí no se

me da tan mal. Nuestra madre es chef y tiene un excelente restaurante.

—¿En Alaska? —No sé por qué rayos volvía a mencionar su lugar de origen. ¡Horror! Ya no lo podía borrar. ¿Pensaría que era idiota?

—De ahí somos —reiteró y sus encantadores hoyuelos volvieron a marcarse. *¡Qué lindos!*

—¿Y es rentable? Con el frío la gente no querrá ni salir de sus casas y con los pocos habitantes que tienen —*¡Mierda! ¡Mierda! Calla de una vez,* me dije. No podía ser que soltara una idiotez tras otras. Encontraba un espécimen del género masculino que con su sola presencia me llenaba el estómago de mariposas, lograba captar su atención y no dejaba de cometer tropiezo tras tropiezo.

—El restaurante está en Anchorage, es la ciudad más poblada de Alaska. A los locales les fascina, por suerte. A mis padres les va genial. Y dime. ¿Eres la hermana de Helen que estaban esperando?

—Exacto.

—Se parecen tanto que no lo pueden negar. ¿Cómo te llamas?

—Ashley Rice.

—Estás pasada, Ashley Rice. Es un gusto conocerte. David Jenkins, el escarchado —dijo extendiéndome una mano.

—No era mi intención —intenté volver a disculparme y le extendí la mano. Tuvo el atrevimiento de quitarme el guante y estrechármela, mientras me quedaba impávida, sin que desfilara por mi rostro el cúmulo de sensaciones que me recorrieron al rozar su tibia piel. Casi me abanico con la otra mano, pero no lo hice, tendría que explicar por qué de repente comenzaba a sofocarme la temperatura.

—Estoy jugando. Ya sé que el frío no es tu mejor amigo. Si quieres puedo calentarte. ¿Puedo sentarme a tu lado?

Al escucharlo me quedé perpleja, el tal David Jenkins, hermano de la

amiga de mi hermana, el que acababa de conocer hacía escasos minutos, el que aún de seguro tenía un trozo de hielo pegado en el trasero, me quería meter mano, gratis, sin siquiera esforzarse. Su amabilidad tras mis comentarios mordaces había desaparecido para dar paso a esto, la lujuria. *¿Qué se cree este congelado, que seré su diversión y que logrará encamarse tan fácil conmigo? Pobre iluso.* Pensé. Le lancé mi mirada más irónica. Podría caerse de bueno, pero de ahí a considerarme una chica fácil la distancia era enorme. Si tal vez hubiese sido galante y me hubiera pedido una cita habría caído redonda, pero llegar, tomar y si te vi ni me acuerdo sacaba lo peor de mí. Era mi culpa, desde que lo detallé de pies a cabeza había sido totalmente transparente, de seguro notó que estaba babeando por él. Recogí los trozos de mi dignidad herida y me defendí, en eso mi lengua impetuosa era formidable.

—Estás loco si crees que voy a dejarte, ni siquiera te conozco, además, no eres mi tipo, demasiado gélido para mí, muy pálido, me gusta la gente de tierra caliente, con color en la piel.

—Cálmate, Ashley, no seas mal pensada. Tan solo fui solidario. Te has hecho toda una telenovela en la cabeza, pero qué necesitada estás para que confundas el ofrecimiento sincero de un amigo con intentar llevarte a la cama —dijo con naturalidad y selló sus palabras con un largo sorbo de la cerveza helada.

—¿Llevarme a la cama? ¿Ya estamos usando esas palabras en voz alta y sin nada de prudencia?

—¿Asegúrame que no fue lo primero que te vino a la mente cuando escuchaste la palabra calor? Con tu nivel de paranoia no es difícil confundir a un chico amable con uno lanzado.

—Podrás insinuarte todo lo que quieras, cachorro de vikingo, perderás tu valioso tiempo, si es que tienes algo de valor que hacer.

Me puso la sangre a hervir. Las mariposas en mi estómago mutaron en

abejas africanas asesinas muy enojadas. Era hermoso, me había descolocado, pero de ahí a que me utilizara como un simple objeto sexual el trecho era abismal. Después de mi último desengaño con el patán de mi exnovio una cosa me había quedado clarísima, había dos tipos de hombres, en quienes puedes confiar y los que tienes que frenar a tiempo, antes que te decepcionen de la peor manera. Los primeros eran buenos de corazón, pero escasos y la mayoría ya estaban reservados. Volví a mirarlo, ni siquiera se ofendió ante mis palabras, seguía con una sonrisilla mal disimulada, se estaba divirtiendo a mi costa.

—Cuando una chica está desesperada suele confundir la cortesía de un hombre amable como yo con un avance en la dirección equivocada.

—¡Esto es el colmo!

Lo detallé con esmero, era alto, más de uno punto noventa de seguro, cabello y barbita de un tono rubio dorado sobre una piel muy blanca, sonrosada hacia las mejillas. Los músculos de su pecho y sus brazos me dejaban un suspiro atravesado en la garganta, se me antojaba recostar la cabeza sobre sus pectorales, de nuevo, y acariciarle esos hombros que se veían regios y suaves a la vez, piernas como robles y un trasero firme, congelado, pero perfecto para darle unos buenos azotes por lo mal que se estaba portando. Por supuesto que podría ser mi tipo, pero le diría cualquier cosa que desinflara su ego después de su estrategia para huir de mi rechazo, chico de Alaska maleducado.

—No quise decir que estuvieras precisamente urgida de atención masculina, es solo que creo que has sacado las cosas de contexto —dijo y seguía sonriendo, se notaba que estaba reprimiendo una carcajada.

—Aquí el único urgido eres tú, *Frozen*, que te me querías arrimar. ¿Me ves pidiendo algo? Anda con tu cervecita a otra parte, déjame disfrutar de la maldita chimenea artificial y de mi té. Menuda Navidad pasaré si tengo que

soportarte, no sabía que venías incluido en el paquete, de lo contrario New York no me ve ni la sombra. ¿No me digas que te quedarás hasta Año Nuevo?

—Eso depende de la compañía.

—Si lo dices por mí, *Mr. Alaska*, puedes irte derecho al iglú y celebrar con los osos polares —proferí y soltó la desvergonzada carcajada que ya no podía reprimir.

Mis ojos se abrieron desmesuradamente. Odiaba que me mirara como una niña pequeña en pleno berrinche y más que aquello le pareciera gracioso.

—Me largo, suficiente camaradería.

—Por cierto, no somos amigos, apenas acabo de verte por primera vez —le dejé clarísimo.

¡Maldición! Lucía tan varonil, tan seductor, tan desquiciante, pero sus intenciones distaban de las mías, su supuesta amabilidad solo fue una pantalla, así que podía borrarlo de mi desastrosa lista de pretendientes. No podía ser que cuando un hombre me hacía clic en el corazón resultaba ser un completo desvergonzado, patán y lo que le sigue. El chico de Alaska quería encamarse conmigo y me acababa de conocer, ¿debía sentirme ofendida o halagada?, pero si creía que iba a ser su diversión la última semana del año estaba mal de la cabeza, podía ser atractivo, irresistible y ardiente, pero no iba a darle esa ventaja. El sexo fácil o de una noche no era lo mío, ni, aunque me muriera de ganas, tenía mi propia filosofía de las relaciones, había sido instruida por la madre de mi madre, o sea, mi abuela, y sus enseñanzas se me habían quedado encerradas herméticamente en la memoria para ser usadas ante situaciones de riesgo. Por desoírlas en el pasado con mi exnovio me había ido terrible, ahora no podía flaquear.

El reglamento de mi abuela era sencillo y lo detallo a continuación:

El hombre debe estar más enamorado que la mujer para que

funcione.

El arma secreta para dejarlos babeando por ti es ignorarlos al principio.

Darse a desear, pero nunca a probar y jamás sucumbir a sus encantos o dejarlos saciar su hambre hasta después de la boda.

¿Exageraba mi abuela? No lo sabía, ella aseguraba que le había funcionado. Mi abuela había sido bellísima y con un carácter encantador. Con leyes raras o sin ellas, mi abuelo había caído redondo a sus pies. Mi hermana y yo nos le parecíamos en los ojos sonrientes y marrones, en las cejas negras perfectamente delineadas sin necesidad de mucho mantenimiento, en la sonrisa atractiva y sonora, en los dientes bonitos como perlas. Pero mi hermana y yo seguíamos solteras, aunque cada una se afianzaba a una distinta cara de la moneda. Ella se reía de las ideas de nuestra abuelita y jamás le había dado crédito, y yo las intentaba seguir al pie de la letra, pero no había tenido los resultados deseados, mi vida amorosa era un verdadero desastre. Helen estaba sola porque quería, uno de los bailarines de su compañía se moría por ella, y habían salido en varias ocasiones, pero su obsesión por la carrera la detenía a la hora de dar el siguiente paso. En cambio, yo no encontraba al galán adecuado. Conclusión, las sugerencias de mi abuela no funcionaban o mi suerte con los hombres era pésima, de eso, ninguna recomendación me podía salvar.

En esas estaba, divagando o conversando conmigo misma luego de despachar al gélido desvergonzado cuando escuché a mi hermana contestar:

—Ashley lo hará con mucho gusto.

Recapitulé, retrocedí, di marcha atrás en cámara lenta a lo que sea que mi cerebro distraído hubiese percibido de manera inconsciente. Enfoqué el radar hacia su dirección y capté de lo que se trataba. A los chicos, por decirles de alguna manera, les había parecido muy buena idea repartir las

tareas para la preparación de nuestra gran cena navideña. Como tenían dos presentaciones consecutivas el veintitrés y el veinticuatro de diciembre se les hizo práctico, que yo, les apoyara haciendo algunos encargos, entre los que destacaba decorar el ambiente.

Mis habilidades destacaban en moda, belleza, redes sociales y comunicación, por lo que no me amedrenté ante la responsabilidad, había ayudado a mi madre a preparar cenas navideñas en alguna que otra ocasión, no éramos muy tradicionales, pero con la información captada en años anteriores creía que podía defenderme. Agudicé la vista y el oído para entender qué pretendían de mí.

Observé en un rincón, los manteles, las servilletas, los adornos requeridos para el hecho en cuestión, nada del otro mundo, podía hacerlo. Y antes de aceptar me quedé pasmada con lo que estaba escuchando. La gran idea de Wendy, ofrecer para que fuera mi equipo de trabajo a su hermano David. Los dos estábamos ya libres y podíamos ocuparnos. Sí, esa fue la palabra que eligieron para dejarme enganchada con el bello congelado preparando la Navidad. Ellos estarían el veinticuatro después de las ocho de la noche y todo el veinticinco. *¡Oh, Dios mío!* Pensé. Me iban a dejar sola con ese hombre, que emanaba seducción por cada poro, preparando la fiesta, él y yo en aquel escueto departamento, sin nadie para hacer de mal tercio.

Él que quería ya saben qué, yo que me moría por sus carnes, pero estaba resuelta a cotizarme caro. No quería quedar en su memoria como la hermana facilona de Helen que se fue a la cama a la primera. Pedí por fortaleza, tenía que ser firme y no dejarme tentar por ese irresistible muñeco de nieve de ojos pícaros que recibió la noticia de lo más divertido. Me miró directo al centro de los ojos esperando que de mi boca brotara algún comentario, él aceptó gustoso de inmediato. ¿Cómo no? La tarea le daría la oportunidad de caerme encima sin tregua. Respiré hondo y lo miré con el

rabillo del ojo, tenía sus brazos relajados a lo largo del cuerpo y continuaba mirándome con la boca sellada y una carcajada en sus ojos, retándome, poniéndome a prueba.

Tragué en seco. Por un lado, él quería arrinconarme para darme calor, por otro yo quería resistirme, recurrir a la dignidad y seguir al pie de la letra los consejos arcaicos de mi abuelita, a ver si me funcionaban porque ya había metido la pata con los anteriores prospectos de novio, y las enseñanzas de mi abuela eran mi último recurso para encontrar el amor correspondido. También estaba el hecho de que pisotear el ego del tal David, que me creía una chica fácil, la que podía llevar a la cama sin ningún esfuerzo, me satisfacía. Y había otra realidad que no podía pasar por alto, el reverso de la situación, David era el hombre más imponente que había visto en mi vida, sería una tortura no sucumbir ante sus encantos, aunque la desfachatez y el descaro con que se me había insinuado sobajaran mi orgullo.

Y mientras mi hermana, con su cara de bonachona me ofrecía para que hiciera los encargos, se desató una guerra en mi interior.

El angelito en mi consciencia me decía: *¿Qué se cree este? Que va a saciar sus deseos mundanos en ti, sin valorarte como mujer, como persona, como si solo fueras un cuerpo con quien revolcarse.*

Y el diablito, me susurraba: *Nadie tiene por qué enterarse, el tipo es ardiente, tú no has tenido sexo en siglos, la verdad es que su instinto de hombre es infalible y notó que necesitas ponerte al día. Pasarán solos muchas horas, salvo después de la cena cuando llegue la parvada de falsos neoyorquinos. En Los Ángeles nadie tendrá constancia de tu desliz, llegarás con una sonrisa de mujer sexualmente plena y satisfecha, y no tendrás que verlo más cuando ese dios nórdico se marche de regreso a su iglú.*

Uhhmm, pensé cómo sería divertirme un poco con él y luego me reprimí por ello. No, no, no. Ni que hubiera perdido el juicio. Esas cosas

siempre se saben, solo basta con que el maldito le diga a su hermana y así, no quiero ser la comidilla por lo que resta del año.

—Ashley, acércate —me dijo Helen como si no la hubiera escuchado perfectamente—. Estábamos pensando que podrías ayudarnos a decorar para la gran noche.

—Por supuesto, cuenta conmigo —le dije mientras miles de ideas pasaban por mi mente.

—Mi hermano te ayudará, él es muy bueno con las manos, tiene ciertas habilidades —dijo Wendy y pensé mal de inmediato, tuve que darme un coscorrón mental para enfocarme—. Es el que acabas de conocer, con el que estabas hablando.

—Claro, David —le dije. ¿Bueno con las manos? Eso me condujo a un espiral de pensamientos indecentes.

—Mi hermanito es un encanto. Es mi niño consentido, estoy tan contenta de tenerlo aquí, es buen cocinero y tiene un sin fin de cualidades, no te dejará todo el trabajo.

¡Tan tierno el niño! Me mofé. Sobre todo, por lo pequeñito e inocente que es, me dije con sarcasmo, sus uno noventa y tantos metros y sus deseos de no dejar a su amigo quieto dentro de los pantalones no me pasaban desapercibidos. A ese libidinoso me tendría que enfrentar, lo peor era que rechazarlo sería un pecado. David ya había aceptado, fue a la nevera, se acercó en breve con otra cerveza en la mano y se paró detrás de mí, divertidísimo, a escuchar la conversación.

—¿Qué dices, hermanito? —le dijo Wendy, innecesariamente, porque ya había dado su consentimiento. Tal vez todos percibían la extraña química que había entre nosotros, él como lobo al acecho y yo como perro crispado—. ¿Puedes ayudar a Ashley con los preparativos? Tampoco es que los vamos a dejar solos con toda la faena, llegando en la noche colaboraremos.

—Por supuesto, Wen. No tienen de qué preocuparse. Entiendo si están ocupados. Sabes que me gusta la cocina y estar activo, hago lo que haga falta.

—Por eso te quiero tanto, Dave, eres un sol —le dijo su hermana.

¿Un sol? Me dije para mis adentros y puse, en mi mente, los ojos en blanco, no quise parecer descortés en público, pero no podía dejar de burlarme de la comparación. *¿Un sol?* Ellos que venían de un sitio tan frío. *¡Ah, claro!*, recordé, pero allí los días en verano eran largos y compararlo con el astro rey tal vez era el mejor halago que podría darle.

Intenté zafarme.

—Si David tiene algo mejor que hacer puedo encargarme sola —dije esforzándome para sonar despreocupada y para darle una salida—. Es pan comido para mí.

—No tengo intenciones de perdérmelo, estoy de vacaciones y ya necesitaba algo con qué entretenerme. Me parece fantástico, ahora seremos compañeros de equipo. Tendrás que seguirme el ritmo, soy algo así como vigoroso, pongo mi energía en todo lo que hago —soltó con total desfachatez. Miré al resto de las personas de inmediato, para ver si la única que había tergiversado las palabras era yo, pero todos seguían como si nada.

—Tal vez pueda sorprenderte —ataqué.

—No lo dudo ni un poquito. Eres una cajita de sorpresas al estilo Pandora.

Arrugué el entrecejo, pero con la misma abandonó la estancia y ya no pude contraatacar.

2



Amaneció el
veintitrés de
diciembre, todos
se levantaron,

desayunaron y partieron a sus obligaciones. Me cansé de buscar a David por los lugares comunes y no lo vi por ningún lado. Pensé que tal vez dormía la mañana, al final de cuentas estaba de vacaciones, así que lo dejé descansar, terminé de desayunar y me di un largo baño. Me enrollé en una bata caliente, me sequé bien el cabello y después le pasé la plancha, me puse un labial de un rojo navideño a juego con algunos accesorios, y me dispuse a preparar la ropa

que llevaría debajo del rey de los abrigos, lo que más me mantuviera caliente, no quería resfriarme, necesitaba la voz en perfectas condiciones para mi regreso.

Mi mejor amiga había iniciado un canal de *Youtube* hacía un tiempo y le iba fenomenal, terminé por acceder a su invitación de colaborar con ella y nos estaba yendo espectacular. Invitábamos a estrellas emergentes que por raro que pareciera siempre accedían a participar porque como teníamos un gran número de seguidores era un ganar-ganar, con la condición de regresar a nuestro estudio cuando estuvieran consolidados. Así que regresando tendría que trabajar de lleno para recuperar el tiempo de mis vacaciones. No olvidé que Cecilia me había pedido que hiciera algunas tomas de ciertos ángulos de New York que nos serían útiles para el canal y una especial en *Times Square* para Fin de Año. Ambas nos habíamos graduado de Comunicación y aunque tuvimos muchos detractores de la labor que realizábamos en el canal, nuestra intención era convertirlo en algo profesional. No nos importaba que otros a nuestro alrededor lo consideraran poco viable, o que nos insinuaran que, aunque estuviéramos ganando dinero, era una labor que no tenía futuro, nosotras decidimos emprender, dar un salto al vacío y enamorarnos de nuestro trabajo poco convencional.

Diez de la mañana y el dios nórdico no daba señales de vida, comencé a impacientarme, no quería pasarme el resto del día en colas interminables de último minuto que terminarían por arruinar mi semana de descanso. Me senté frente a la maldita chimenea, desperdiciada con sus troncos artificiales, a tomar una taza de té blanco con notas de bergamota, mientras el muchacho se dignaba a salir de sus cálidas mantas. Once de la mañana y ya me planteaba si irme por mi cuenta, hacerme cargo de todo y dejarlo plantado por irresponsable; o dividir la lista de tareas que reposaba sobre el mueble del recibidor y hacer mi parte. El tal David Jenkins me estaba sacando de quicio,

me preguntaba cómo podía ser tan descortés.

Mi falta de paciencia pudo más y caminé hasta la habitación de Wendy, donde el mastodonte, bueno para nada, de su hermano había empatado la mañana con la siesta. Quería darle un ultimátum, odiaba dejar todo para el final. Puse la mano sobre el picaporte y llena de dudas preferí tocar, no pretendía abrir de pronto e irrumpir en su intimidad, a lo mejor iba ligero de ropas o se estaba vistiendo en ese momento. Nadie me contestó. Repetí la acción y no hubo respuesta. Así que abrí lentamente y con disimulo colé la cabeza por la abertura, todo estaba en penumbras, encendí la luz ya sin entender nada, creyendo que me había equivocado de cuarto o que tal vez David había dormido con otra persona.

El departamento solo tenía dos habitaciones, Tom compartía con mi hermana, ya que se llevaban sorprendentemente bien y habían logrado meter dos camas pequeñas. Ericka y Wendy compartían la otra. Si David no estaba en ninguna de las dos, de seguro había pasado la noche fuera. No tenía idea de cuántos días llevaba en ciudad, ni si tenía alguna amiguita de turno. *Maldito libidinoso, como no pudo colarse debajo de mi falda, buscó a quien arrimarse, de seguro ya tenía terreno andado con alguna chica*, pensé tan decepcionada de él. Y me lamenté. De pronto hice un alto, percibí lo que estaba pasando con mis emociones. *¿Por qué me afecta lo que haga el malnacido?*, pensé.

Después de esas palabras que aún me tenían sumamente confundida, escuché la cerradura de la casa abrirse. Caminé a toda prisa hacia ella, rogando que fuera mi hermana, para así poder interrogarla sobre las intimidades del hermano de su compañera de piso. Quería saber si Wendy le había comentado sobre las conquistas de su solecito, pero miré el reloj y recordé que era imposible que mi hermana llegara temprano. Entonces lo vi, su arribo me sorprendió como un baño de agua fría. Se introdujo al piso lleno

de bolsas de diferentes establecimientos y de todos los tamaños. Corrí a apoyarlo tragándome todas las calumnias en su contra y suspirando aliviada no sabía por qué.

—Sostenme las bolsas, por favor —dijo para entrar el resto.

Lo ayudé de inmediato a terminar de entrar los paquetes. Cuando lo vi introducir por la puerta un pino gigantesco que inundó con su aroma a bosque todo el salón, tuve una revelación, no pude dejar de imaginármelo vestido como un sexy leñador de Alaska, con hacha en mano, mientras cortaba con vehemente esfuerzo nuestro árbol navideño, tan deliciosamente arrebatador, con su barbita, sus poderosos brazos, sus ojos claros chispeantes, y deseé que me abrazara, que calentara mi alma, que me dejara abrigarme en su pecho. Pero qué chico tan mono, se había levantado antes que yo e hizo casi todo el trabajo por su cuenta.

—¡Hey, Ashley! ¿Estás ahí? —llamó.

—Claro —dije recuperándome de mi fantasía y cerrando la boca antes que terminara por babear.

—Pensé que te habías ido a otro planeta.

—Es que no entiendo nada. Creí que haríamos las compras juntos.

—Quise ahorrarte la salida a la intemperie, me dijiste que detestabas el frío. Me fui temprano y me dio lástima despertarte, te veías tan dulce arropada por las cobijas.

—¿Me observaste dormir?

—Cuando le pregunté a tu hermana por ti, me señaló hacia su cama y pude verte tan cómoda con el edredón encima que no pude arruinarlo. Además, las compras un día previo a la nochebuena son un suplicio, hay exagerada cantidad de gente en la calle, los comercios están abarrotados, no encuentras nada.

—¡Oh, qué vergüenza, David! Y yo que pensé que aún seguías

durmiendo, como vi la lista sobre el aparador.

—Le tome una foto con el móvil, es más práctico. La verdad es que odio las compras, prefiero hacerlo por *Internet*, pero ya no había tiempo.

—Creo que para compensar me quedaré con el resto del trabajo, es tu turno de descansar.

—Por supuesto que no, Ashley, me tomé la libertad de ir de compras, esto no es un proyecto escolar para repartirnos la tarea, lo haremos juntos, así es más entretenido.

—Eres amable, de nuevo. Me alegra que hayas dejado atrás la versión de acosador. —Carraspeé.

—Me reiré porque estás algo loquita y me caes bien, pero ya te dije que son ideas que te has hecho. ¿Yo acosarte? ¿Tengo cara de estar urgido de la atención femenina o de tener problemas para convencer a una chica de calentarme por las noches?

—Y además eres la modestia personificada.

—Si me sigues buscando la lengua no puedo evitarlo —sonrió.

—Eres una pesadilla, David, pero me ahorraste salir al congelador de afuera así que tienes unos puntos a favor.

—Sin comentarios, pero me agrada.

—¿Y el pino? No recuerdo haberlo visto en la lista.

—Eso es cosa mía, no es una verdadera Navidad sin un árbol y sin Santa Claus.

—¿No estás grandecito para eso? —*¡Enorme!*, pensé.

—Mi familia es muy tradicional, si no fuera porque estamos cortos de tiempo hornearíamos galletas dulces y panes de especias, tenemos varias recetas familiares que son una delicia.

—¿Costumbres danesas o americanas?

—La influencia americana nos ha absorbido por completo, pero

siempre hay algún platillo o tradición que mi madre rescata con la esperanza de que no olvidemos nuestras raíces. Sé que a Wendy le dará mucha alegría cuando llegue a casa y vea el pino decorado, también traje las esferas, las guirnaldas, todo. Cada año mis padres, Wendy y yo, cortamos con nuestras propias manos el árbol.

Mi fantasía del sensual leñador volvió a colármeme en la mente y lo vi con una camisa a cuadros de lana de color rojo vino, un overol de mezclilla de un azul perfecto, botas negras altas, mientras se esforzaba para darle hachazos al tronco. Dos gotas de sudor, como perlas, resbalaban por su nívea frente, y sus labios húmedos y voluptuosos se tintaban de un rojo borgoña por el esfuerzo, recorrí con la vista la gota de sudor hasta que cayó sobre sus duros pectorales, tan firmes como el resto de su musculatura que se tensaba por el brío con que pegaba una y otra vez. *¡Oh Dios mío!* Caí en una espiral de perdición.

—Ashley, volviste a perderte —me dijo juguetón y me regresó a la realidad.

—Disculpa, es que hablaste de la Navidad y recordé las mías. —Ni siquiera me di el lujo de tartamudear, mi descaro ya me avergonzaba, así que obligué a mi mente y a mi lengua a sincronizarse, para no permitirme quedar en un ridículo mayor. Le había llamado acosador y creo que era una jugarreta de mi mente que no dejaba de devorarlo a través de mis ojos—. La verdad es que nosotros hemos vivido más aprisa, mis padres a veces han tenido que estar fuera por trabajo, aunque somos muy amorosos los unos con los otros, no tenemos la tradición de la Navidad tan arraigada como ustedes.

—Para nosotros es un momento sagrado. Es la primera Navidad de Wendy lejos de la familia, debido a que la compañía solo le dio libre el veinticinco y trabaja el veinticuatro decidió no viajar. La escuché tan agobiada que quise acompañarla. Yo no tengo problemas, soy mi propio jefe, mi

negocio me permite estar donde sea y seguir trabajando, para mí las vacaciones tienen otra dimensión.

—¿A qué te dedicas? —pregunté y me sorprendió mi repentino interés equilibrado.

—Tengo un negocio por *Internet*, diseño páginas, marcas personales, *banners* publicitarios y todo lo que una empresa requiera para promocionarse.

—¿Y todo lo haces en línea?

—Casi todo, llevo solo un par de años en esto, pero no me puedo quejar, si me piden fotos reales del producto que desean vender contrato vía telefónica a algún fotógrafo del área, o si requieren mi presencia me desplazo al sitio, tengo una amplia red de apoyo. Amo mi negocio. Soy un emprendedor y me da una libertad de acción envidiable. Mis padres hubieran preferido que me quedara con el restaurante, más porque tengo talento en las artes culinarias, pero no pude y tuvieron que entenderlo. Wendy tampoco pudo dar continuidad al sueño de ellos. Así que cada uno trabaja en lo que lo hace feliz.

—Te ves joven y has logrado cimentar tu carrera. ¿Qué edad tienes? Si no te parece una indiscreción de mi parte.

—Veintiséis años.

—No estamos tan lejos, tengo veinticinco.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Tengo un canal de *Youtube* con una amiga y nos está comenzando a ir sorprendentemente bien, ni sabemos qué hacer con tantos seguidores, se multiplican por día, las empresas nos contactan para que publicitemos sus marcas.

—¿Es rentable?

—Sí, solo que aún nos falta organizarnos más, Cecilia es excelente comunicadora, ella es la estrella del canal, se le ocurrió como un pasatiempo y le fue excelente, me pidió unirme al poco tiempo de creado. No nos vendría

nada mal un poco de asesoría de tu parte, ahora el tema del canal está un poco descontrolado, una de nuestras metas para el año nuevo es volvernos profesionales, nos gusta lo que hacemos, queremos dedicarnos en serio a esto, pero ha sido como un monstruo que no podemos dominar, sube desmedidamente. Ni siquiera tomamos las riendas del negocio y sigue en ascenso.

—Suenan interesantes. ¿Cómo puedo buscarlas en la red?

—Sisi Shine es el seudónimo de mi amiga.

—¿Y tú también sales?

—Sí, pero yo sigo siendo Ashley delante de la cámara. ¿Nos ponemos de una vez con el árbol? —pregunté cambiando el tema porque no quería abrumarlo con mis asuntos, que tal y solo era cordial y ya estaba aburrido con mi conversación. Yo con mi canal *amateur* de *Youtube* y él con su empresa *online* tan seria y redituable.

—Como gustes, creo que sí, tenemos que apurarnos si queremos que se sorprendan cuando lleguen. Mi idea es la siguiente —dijo desplegando su *iPad* y mostrándome sus anotaciones—. Hoy vamos a dejar todo listo y en su sitio, mañana nada más nos ocuparemos de preparar los alimentos y de vestir la mesa.

Me le quedé mirando al chico de Alaska sorprendida, veintiséis años, con una carrera emergente, exitoso, guapísimo. ¿Cómo es posible que siguiera soltero? De seguro por la razón que la estaban la mayoría de los hombres como él, no tenía necesidad de amarrarse a una chica, estaba en la flor de la vida y se notaba que le gustaba disfrutarla.

Un día anterior había sido atrevido, ante mi contundente intervención para frenarlo, gracias al reglamento de mi abuelita, se volvió altanero y al segundo día de conocerlo, me sorprendía con un sinfín de virtudes y habilidades que le daban puntos a favor nada despreciables. Me cautivó lo

minucioso y estratégico que era, incluso para disponer la cena navideña, en mi mente me di de topes contra la pared, lo había juzgado duro tras la primera impresión y tal como había dicho Wendy, David era un chico con muchas cualidades. Y sí, se había pasado unas cuantas rayitas al haberme mirado a los ojos y sugerirme, descaradamente, que si tenía frío podía darme calor. Ya no quería culparlo por su atrevimiento, por su sobrada confianza, por ser un coqueto innato, tal vez había sido muy directo y confiado, pero no había sido irrespetuoso, me había invitado y yo le había dejado las cosas claras. No haría más aspavientos al respecto, siempre que de ahora en adelante se comportara.

Comenzamos a sacar las esferas plateadas que colocamos con emoción en el árbol, no sé en qué momento el espíritu navideño se me metió dentro, dejé de sentir el frío calándome los huesos, como si un fuego desconocido me mantuviera caliente. Cuando terminamos de poner la estrella en la punta del pino quise encenderlo y David me lo impidió.

—Hasta que el salón esté ambientado, no quieras romper la magia. —
Su sonrisa juguetona y sus dos hoyuelos me derritieron.

—Pero tenemos que probarlo, qué tal y no encienda después —sugerí.

—Confía en mí.

Comenzamos a preparar el ambiente, verdaderamente tenía energía el sexy leñador, no paraba, hasta nos habíamos saltado la hora del almuerzo. Tras dar tumbos de aquí para allá, sorteando desaciertos y brincando de emoción con los aciertos, terminamos de decorar la estancia, me dispuse a darle luz al árbol y él volvió a negarse haciendo un mohín con sus labios sensuales, sentí una corriente eléctrica subir por mi espina dorsal y explotar en mis costillas, sacudiéndome completa. Aguanté dura como piedra para no terminar de darle la razón y verme como una mujer insatisfecha, necesitada de afecto.

—¿Por qué no quieres encender el árbol?

—En mi familia tenemos la tradición de hacerlo cuando todos estamos

juntos, luego de la cena navideña. —Insistió en esperar a que llegaran nuestras hermanas y sus amigos y que fuera el momento señalado.

—Me gusta, será una tortura esperar, pero valdrá la pena la recompensa.

—Gracias —dijo mirándome a los ojos y de nuevo me sacudió la fuerte corriente eléctrica, me mantuve firme para no demostrarlo.

—Eres eficiente. Ya se agotaron todas las tareas de la lista. Terminaré de acomodar los víveres en la alacena —dije para separarme de él, necesitaba poner distancia de inmediato.

Una llamada nos entró a cada uno al móvil casi a la vez, me retiré para darle privacidad y para contestar la mía. Era mi hermana.

—¡Oh, Ash, hermanita, te vas a enojar! —exclamó con gran aspaviento.

—¿Qué ha pasado?

—La compañía nos está mandando a Chicago. No podremos estar para Navidad. Recibieron un pedido de última hora tras una cancelación y es algo demasiado jugoso para rechazarlo, Wendy ahora mismo está hablando con David. —Miré en la dirección de él y lo vi desorientado mientras escuchaba—. Es importante para mi carrera, espero que lo puedas entender. Me siento fatal por dejarte después de que has volado hasta aquí para pasarla conmigo. ¡Por Dios! ¡Si mamá y papá se enteran me recriminarán! Sé que es Navidad, que es tiempo para la familia, pero mi carrera depende de esto.

—No será la primera Navidad que pase sola, no te angusties, puedo regresarme a Los Ángeles con nuestros padres, aún hay tiempo y puede que consiga cambiar el boleto.

—No tiene que ser así, Ashley, quédate, por favor. Pasaremos juntas el Fin de Año, iremos a *Times Square*, recuerda tu cápsula para el canal. Estará David en el departamento, al menos no estarán solos, se tendrán el uno al otro. Así se conocen, Wendy es una gran amiga, es lindo que nuestros hermanos

también sean amigos, somos casi como familia. —Comenzó a sonar desesperada, no quería que me fuera. Mis padres se pondrían intensos si sabían que por trabajo me había dejado sola, o peor, en compañía de un extraño. A mamá y a papá no les gustaba que Helen trabajara en exceso.

—¿Me pides que pase la Navidad con un recién conocido?

—Es mejor que pasarla sola. ¡Oh, me siento la peor persona! No lo hago por el dinero, lo sabes, no quiero dejar a mis compañeros, somos un equipo y necesito que la compañía vea mi potencial, es mi momento.

—Lo entiendo, ya te dije que no te agobies. No sé si pueda quedarme, lo pensaré y te digo al rato cuando vengas a cenar.

—Esa es otra, llegaremos tardísimo. Nos quedaremos ensayando hasta las once de la noche, luego iremos al departamento por nuestras cosas y a dormir un par de horas. Nuestro vuelo sale a las siete de la mañana. Lo siento.

Mi hermana colgó y yo me quedé reorganizando mis planes, me debatía en si quedarme o irme, Cecilia y yo teníamos trabajo pendiente que podríamos adelantar, en definitiva, mi hermana cancelaba nuestra celebración por trabajo. Sin pensarlo decidí marcar a la aerolínea, cuando reparé en David, sentado frente a su obra maestra, el árbol de Navidad. ¡Madre mía! ¡Lo que habíamos trabajado! Sobre todo, él, que había venido con la intención de que su hermana no pasara la primera Navidad lejos de la familia y ella lo dejaba plantado por cuestiones laborales. Mi estómago gruñó de hambre y recordé que ninguno de los dos habíamos almorzado por preparar una decoración que de pronto se volvía innecesaria.

—Lo siento, estabas tan emocionado con el pino —le dije totalmente empática.

—Parece que por más que me esfuerce no podré alegrar a Wendy con nuestra Navidad, pero lo entiendo. Jamás podría enojarme con ella, está persiguiendo su sueño.

—¿Qué harás?

—¿A qué te refieres?

—¿Regresarás con tu familia o te quedas?

—Volar ahora será una locura, los aeropuertos están atestados. Además, ya tomé una decisión y tendría que regresar a más tardar para año nuevo, mejor paso la Navidad aquí, así me voy acostumbrando a la ciudad y a mi nueva vida. Wendy se la pasa viajando.

—No entiendo —dije desconcertada—. ¿A tu nueva vida?

—No solo vine para pasar la Navidad con mi hermana, me vine a vivir a New York, mi negocio está en expansión y desde aquí me es más fácil viajar a los diferentes puntos en los que me contratan que desde Alaska. Estaré aquí un par de meses en lo que consigo un sitio para mí.

—¡Oh! Pensé que solo estabas de visita —dije desayunándome la noticia.

—No sé por qué te di esa impresión, acabo de llegar, pero mis intenciones son quedarme.

—Hablaré para cambiar mi vuelo, pretendo regresar a Los Ángeles.

—Adelante —dijo y por más que se esforzó por parecer tranquilo se veía decepcionado, más al escuchar de mi plan de huida que al constatar la cancelación de los bailarines.

Miré la decoración del salón alusiva a la fecha, el pino navideño rogando por ser encendido para un público que estaba listo para partir a Chicago, la cara de David era un poema, o mejor aún, era filme hollywoodense de esos que hacen para las navidades, justo cuando el protagonista se queda con el corazón roto previo al desenlace. Me retiré a mi habitación para hacer la llamada, pero no pude dejarlo con todos aquellos adornos y alimentos guardados en la alacena. Así que volví al salón y le pregunté:

—¿Y si encendemos el árbol? Así al menos Wendy podrá verlo antes de irse.

—¿Conseguiste cambiar tu fecha?

—Fue imposible, ya no hay lugar —mentí, una mentira piadosa, tampoco quería admitir que me quedaba por él. Quise evitarle pasar solo la Navidad, yo había vivido esa experiencia y era detestable, más para alguien que tenía arraigados esos valores.

—¿No te arrepentirás de pasar tu Navidad con este hombre de Alaska que aún trae la escarcha pegada al trasero? ¿O cómo fue que me llamaste ayer? Cachorro de vikingo.

—Sabes que no hablaba en serio —dije, pero no contesté su primera pregunta, ni yo lo sabía.

David aseguró que iba a encender el árbol y antes de hacerlo se puso formal, mencionó:

—Esto amerita un brindis. Podemos ir descorchando una de las botellas de vino, no creo que nos las terminemos todas.

—Vale —dije y antes que se pusiera de pie añadí—: Podemos cambiar el menú de la cena navideña. ¿También eres vegetariano?

—Para nada. ¿Qué te apetece?

—Ya que estamos celebrando una Navidad con todas las de la ley...

—A excepción de los invitados que nos dejaron plantados.

—Claro. Me gustaría cenar un delicioso pavo. Wendy aseguró que eres bueno en la cocina y yo también me defiendo. ¿Qué dices?

—Estaré feliz de complacerte —dijo y esa palabra pronunciada por su sensual voz grave, volvió a erizarme completa. Volví a esforzarme por disimular o estaría perdida. Tomé mentalmente el reglamento de mi abuela con una mano y me pegué hipotéticamente con él en la cabeza para que me entrara de una vez, pero mis hormonas estaban totalmente descontroladas.

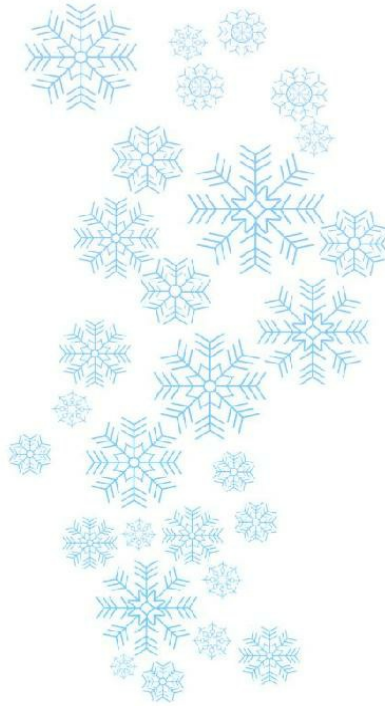
—Tendremos que levantarnos mañana temprano para ir por el pavo — le recordé para salir de mi fuga mental.

—Eso sería un error, iré ahora mismo a conseguirlo, mañana los establecimientos estarán más llenos que hoy. No querrás quedarte sin el pavo o encontrar uno que lleve congelado varios siglos. Iré solo, no querrás salir al frío. Ve preparando el vino para mi regreso, aún tenemos que encender el árbol.

—Si vamos juntos creo que podré soportarlo —dije y observé mi reloj, daban las cinco, con cada hora que transcurriera el frío sería infernal.

—Abrígate bien —dijo sonriendo—, no querrás resfriarte previo a nuestra celebración.

3



Y ahí estaba yo, con ese hombre que acababa de conocer, en

pleno Manhattan a las seis de la tarde buscando un pavo. Sugerí el *Morton Williams Supermarket*, allí podríamos completar la lista. Era el mercado preferido de Helen por la variedad de productos orgánicos y otros internacionales que tenía. Pero David se debatía entre ir por el pavo a una carnicería local o comprarlo en el supermercado. La cantidad de gente a los

pies de los rascacielos era abrumadora y al chico de Alaska se le ocurrió agregar otros ingredientes a la lista, los que necesitaríamos para una de las recetas de su madre. Decidimos separarnos para comprar, nos veríamos en un punto al conseguirlos. Me dirigí al supermercado y él a la carnicería.

Cuando completé mi parte del listado, salí a deambular por los distintos establecimientos comerciales, la gente seguía en las compras de última hora. Tuve deseos de adquirir algún detalle para David, y me sermoneé por ello. ¿Qué me estaba pasando? Estaba transgrediendo el reglamento de mi abuela para conquistar a un hombre, lo conocía hacía un día y lo único que sabía de él era que era el hermano de Wendy, que adoraba a su hermana y a sus padres, que era el hijo de una chef, que respetaba las tradiciones familiares, que amaba la Navidad, que tenía un próspero negocio por *Internet*, que tenía raíces escandinavas por parte de madre, que si eras una mujer fácil no dudaba en desvestirte y no solo con la mirada y que era endemoniadamente sexy. ¿Sobreviviría la Navidad? Mi abuela y sus tres reglas para conseguir el amor de un hombre me gritaban que huyera de New York o iba a quedar subyugada por ese dios nórdico, y cuando marchara a Los Ángeles me iba a ir con el corazón roto en mil pedazos. *¡Oh, Ashley, estás muy mal, ya estás preocupada por extrañarlo!*

Terminé por no comprar el dichoso regalo, solo una caja vacía, donde metí mi collar de caucho con un dije redondo de acero inoxidable que decía arriba Los Ángeles, abajo California y en medio tenía un dibujo de la ciudad. ¿Un mensaje subliminal? Cuando estuve lista le hablé al móvil y nos encontramos en una de las esquinas de *Central Park*. Él también había terminado y solo pensamos en volver al apartamento y refugiarnos. El frío y el hambre ya me torturaban.

De regreso estaba muy cansada, me dispuse a encerrarme en la habitación para asimilar las decisiones que había tomado en el día, pero

David se puso a preparar el pavo y no pude dejarlo hacerse cargo sin mi ayuda. Después de meterlo en el refrigerador, con las especias aromatizando su carne, hicimos una cena improvisada que consistía en una deliciosa pasta, descorchamos el vino y con toda la ceremonia que lo ameritaba, David encendió el árbol y sus luces intermitentes iluminaron la estancia. Chocamos nuestras copas y nos sonreímos.

—Esto es muy irreal —dije.

—Si tú lo dices, a mí me parece una velada perfecta. Mañana estaremos solos, todo el día y toda la noche, y así por casi una semana. ¿Estás lista para eso? —Me ericé desde el cuello a la punta de los pies.

—Hoy la hemos pasado bien, no creo que todo se salga de control. Te has comportado estupendamente, ya no me pareces un lanzado que pretende llevarme a la cama.

—Yo mencioné darte calor y sigues con lo de la cama. Admite que lo pensaste —me instó y acompañó su frase con unas sonoras carcajadas.

—Retira tu acusación, no soy una necesitada.

—Perdóname, solo quise molestarte, estabas muy cabreada con la chimenea y se me hizo gracioso.

—No sé si pueda perdonarte, tendré que valorarlo. —Fruncí el entrecejo, pero terminé por reír—. Además, fuiste atrevido, eso de sentarte a mi lado para darme calor no se le dice a la hermana de la amiga de tu hermana, valga la redundancia.

—Tienes razón. No sé por qué dije esas cosas. Soy un idiota, perdóname. Tendré que aprender a comportarme delante de una chica linda.

—De seguro pensaste que sería otra mujer fácil con la que anotarte otro tanto.

—No. Esa no fue la impresión que me causaste. Perdona si te hice llegar a esa conclusión. Me pareciste bonita y quise coquetear contigo, lo

reconozco, pero...

—¿Lo admites? —Casi brinco de satisfacción, solo quería restregarle en la cara que tenía razón.

—Eres preciosa y de seguro lo sabes, pero no lo tomes a mal, no quiero que te sientas incómoda conmigo. —Apretó los labios y luego los soltó en un gesto endemoniadamente sensual, clavándome tan profundo la mirada que las mariposas revolotearon arrebatadas en mi interior, chocando unas contra otras, suplicando para que David siguiera por ese camino, de una forma decente y que se propusiera conquistarme, sin prisas y sin el deseo mezquino de solo acercarse por un mero interés sexual. Me quedé de piedra—. Eres la hermanita de la amiga de mi hermana y prometo respetarte. Creo que debemos volver a comenzar. David Jenkins, amigo sin segundas ni ocultas intenciones. Reconozco que quise ligar al principio y me retracto, eres de las chicas con las que vale la pena tener una amistad, contigo podría reírme por horas —dijo y estiró la mano.

Me quedé en choque emocional, ahora me mandaba a la zona del amigo sin previo aviso luego de decirme que le parecía hermosa. Un cosquilleo en forma de decepción me saltó en el estómago amenazando con acabar con mi apetito. *¡Oh, David! ¿Qué estás haciendo conmigo?* No le tomé la mano, puse los ojos en blanco, luego le sonreí para no resultar tan evidente.

Desde fuera accionaron la cerradura y entraron mi hermana, Wendy, Tom y Ericka. Llegaron arrasando con la comida que había sobre la mesa, sus risas y su algarabía se apoderaron del comedor y rompieron el momento incómodo que se había apoderado de nosotros.

El chico guapísimo de Alaska se puso de pie con su elegante andar y alcanzó a Wendy en la cocina para traer más platos, vasos y cubiertos.

—Preparamos de cenar para ustedes, no sabíamos si habrían comido algo. Pensé que llegarían más tarde, cuando ya estuviéramos dormidos y

encendimos el árbol, para que lo vieras antes de viajar —le dijo a su hermana y el sonido de su voz, después de su última declaración me había puesto a temblar.

—¡Oh, Dave, mi sol, gracias! Venimos famélicos. El árbol es bello, me sorprendiste—. Lo besó en la mejilla como agradecimiento y se fundieron en un abrazo fraternal de lo más enternecedor. Lo que rompió mi burbuja fue la pregunta que le hizo en voz baja, la que no pasó desapercibida para mí, no les quitaba la atención—: ¿Hemos llegado en mal momento, estaban en medio de algo?

Lo vi sonreírle con complicidad y no alcancé a escuchar la respuesta de David, porque Helen me interrogó sobre lo mismo.

—¿Interrumpimos?

—No, absolutamente —dije exasperada ante las miradas atónitas de Tom y Ericka—. ¿Qué podrían interrumpir? —Y luego cambiando el tema y serenándome agregué—: El día de hoy fue extenuante, me iré a descansar.

—¿Seguro que no llegamos en mal momento? ¡Maldición! Se veían tan tiernos y cercanos con esas copas de vino tinto en la mano —dijo ante las miradas cómplices de Tom y Ericka. ¿Ahora se interesaban en nosotros, en unirnos?

—Calla. ¿Qué dices? No es lo que imaginas, me dejarás en vergüenza.

—¡Qué lástima! —dijo mi hermana—. Se veían lindos.

Las sonoras carcajadas de Ericka en complicidad me descolocaron, yo solo quería cerrarles la boca a los tres, Tom no se quedó atrás.

—Ashley, lo dices como si el chico te diera repelús —me reprendió Tom—. No me negarás que es guapísimo. Hasta yo le caería encima si el bombón no fuera tan heterosexual.

—¡Mierda! —solté y terminé por reír por la mirada coqueta que le soltó Tom mientras David seguía distraído.

—Nena, ¿no te has dado cuenta de cómo te mira? —insistió Ericka.

Sonreí disimulada, mientras los tres me caían en pandilla para recalcar me los atributos del dios nórdico y yo los mandaba a callar aterrada porque Wendy y David se aproximaban a la mesa. Los acompañé el resto de la cena y agradecí porque delante de él no se atrevieron a continuar con sus comentarios mordaces.

Cuando, entre todos, lavamos los platos y dejamos la cocina y el comedor en orden, decidí despedirme. Todos irían a dormir temprano, a excepción de David que se tomaba una cerveza en el sofá frente a la chimenea. Ya habíamos pasado demasiado tiempo a solas. Necesitaba poner distancia para, lejos de su embriagador efecto, analizar cada paso dado en el día.

—Les daré un abrazo a cada uno porque mañana de seguro se irán de madrugada. Chicos les deseo muchos éxitos en sus presentaciones en Chicago, sé que fue inesperado, pero reconozco que es una oportunidad que les emociona, así que les felicito y les deseo que brillen en el escenario.

—Si quieres puedes viajar con nosotros —agregó mi hermana—. Puedo ayudarte con el boleto, me siento tan mal por dejarte en Navidad luego de que volaste desde Los Ángeles. Incluso podrías hacer algo para tu canal de *Youtube*.

—¡Oh no, Helen! No te agobies. Además, ya tengo planes con David, tenemos este magnífico árbol y un pavo ya casi listo para meterlo mañana al horno.

—Por mí no te detengas, haz lo que te haga feliz —dijo David y casi me molestó su total indiferencia.

¿En verdad le daba lo mismo y era yo quien se aferraba a quedarme pegada a él como una sanguijuela? ¡Por Dios que si no captaba la indirecta me iba a sentir terrible! Él había dicho que había venido a New York para vivir. No quería que aguardara en el departamento por pena a dejarme sola.

—Ya tengo planes para Navidad, vayan a Chicago y pásenla bien —
resumí y me sentí un poco nefasta.

—¿Un pavo? ¿En nuestro refrigerador? —fue todo lo que dijo Wendy
—. Pobrecito, tendré que abordar ese avión cuanto antes para no ver esa
barbarie.

—Ashley y yo la pasaremos en grande, si ustedes se van no tienen voz
ni voto en el menú —arremetió David y me volvió el alma al cuerpo a pesar
de su tono amistoso.

Recapitulé, regla número dos de mi abuelita. *El arma secreta para
dejarlos babeando por ti es ignorarlos al principio.* ¿Será que David tenía
conocimiento de esta sacrosanta regla ancestral y por eso todas aquellas frases
con las que pretendía simular escaso interés por mí? Porque por extraño que
pareciera, me sentía víctima de ese consejo y me retorció en mi interior de
forma masoquista. Tampoco era que quisiera de vuelta al David que solo
quería llevarme a la cama, pero ¿un amigo? ¡No, no, no! Tampoco lo quería en
esos términos. David me gustaba, demasiado, me hacía vibrar por dentro,
como hacía tiempo ningún hombre lo había logrado conseguir.

Wendy regresó de su habitación con sábanas, una almohada y un
edredón que le dejó caer con violencia encima a su hermano. Él recibió el
paquete y se levantó para armar el sofá cama, justo frente a la chimenea, entre
los dos Jenkins colocaron la ropa de cama. Wendy le dejó otro beso en la
mejilla y le dijo:

—No sigas bebiendo, mi sol.

—Es la última. A no ser que alguien quiera acompañarme. —Todos
pasaron y me miró inquisitivamente—. ¿Te apetece una cerveza?

—¿Estás de broma? Tengo las manos y los pies congelados, no puedo
tomar nada frío, necesito cuidarme la garganta.

—¿Si deseas acompañarme te puedo hacer el mejor café de tu vida?

—Es tentador, pero tendré que renunciar, no quiero desvelarme. Disfruta de tu cama —se me escapó. *¡Mierda!*

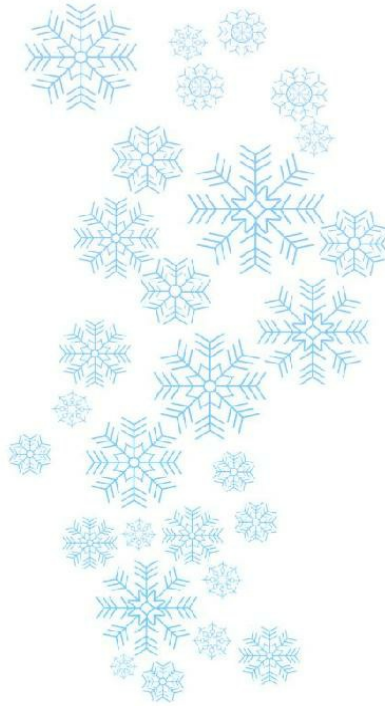
—Ya que me han dejado solo buscaré en qué entretenerme, miraré en *Internet* departamentos en renta.

—Si encuentras algo más grande que esto, cerca de la zona, donde estemos cómodos todos, podríamos mudarnos los cinco. ¿Qué dices? —preguntó Wendy.

—Los adoro, chicos, pero quiero probar por mi cuenta. He vivido solo desde la universidad —contestó.

Y me lanzó una mirada demasiado provocativa para sostenerla por más de dos segundos. Amigos, simplemente amigos. Me concentré en esa frase, abracé a los que iban a viajar temprano y me fui a dormir.

4



Al amanecer, mi
hermana me dejó
un beso en la
mejilla y se fue

emocionada. Adormilada seguí de remolona bajo las mantas, acariciando el sueño, sin pensar. Se sentía delicioso el calorcito del lecho, me habría quedado ahí por horas. El sonido del picaporte me puso en alerta, escuché unos discretos pasos sobre el piso de madera de roble, sentí la presencia de alguien que se coló en mi cama, me abrazó por la espalda, me dio un beso en

el cuello que terminó por despertarme y se acurrucó a mi lado, haciéndome la cucharita. *¡Oh Dios, David, has perdido la cordura! ¿Amigo sin segundas intenciones? ¿En serio no querías sexo fácil conmigo? ¿Por qué te crees con el derecho de invadir mi cama sin siquiera pedirme permiso? ¿Tan obvio fue que con tu intención de mandarme a la zona del amigo me quedé desconcertada?*, pensé, pero más lo estuve por su atrevimiento.

Poniendo un paréntesis a las reacciones de mi cuerpo ante el calor que emanaba del suyo, al cosquilleo del beso que me recorrió desde el sitio que tocaron sus labios hasta el resto de mi anatomía, a sus duros pectorales contra mi espalda y su deliciosa respiración sobre mi oreja, así como el delicioso aroma a bergamota y menta que se colaba por mis fosas nasales, hice hincapié en la respuesta que mi parte más sensata, por dignidad, tuvo ante su descaro.

Esperé sin siquiera moverme, con los ojos cerrados, estaba asombrada a la enésima potencia por su invasión, pero quería tener constancia de hasta dónde estaba dispuesto a llegar, así que aguardé. Si se atrevía a ponerme una mano encima —más allá de su atrevimiento— o a invadir mi cuerpo sin mi consentimiento, me iba a sentir decepcionada y tomaría el siguiente vuelo a Los Ángeles, luego de ponerlo en su sitio. Otra chica en mi lugar tal vez no sería tan remilgada, aprovecharía el momento de estar encamada con ese dios nórdico y disfrutaría de ese contacto íntimo, piel con piel, que en secreto añoraba. Yo no servía para eso, conocía mi corazón demasiado, incluso ya tenía sentimientos hacia él, a pesar de la premura del tiempo. No quería regresar a mi casa después de estas vacaciones con el alma destrozada. Aguardé porque manifestara sus verdaderas intenciones. Los minutos transcurrieron y él no me soltaba, permaneció muy quieto.

Se quedó dormido mientras respiraba el olor de mi cabello, tan cómodo y me reproché por no sacarlo a patadas. Pasaron mil ideas por mi mente, por supuesto que David se creía con el derecho de irrumpir en la

habitación y propasarse conmigo, yo había tenido la opción de regresarme a Los Ángeles o de volar a Chicago con mi hermana y había rechazado ambas. Era una declaración de mis intenciones, repasé la lista de mi abuela:

I. El hombre debe estar más enamorado que la mujer para que funcione. Aquí era imposible hablar de amor, nos conocíamos hacía dos días.

II. El arma secreta para dejarlos babeando por ti era ignorarlos al principio. Arma que él utilizó para distraerme con aquellas palabras acerca de la amistad y el respeto, ni siquiera aguardó a la noche para avanzar. Parecía que había fijado la alarma para el momento en que las aves abandonaran el nido, y así tener vía libre para asaltar mi lecho. Yo había transgredido esa regla por completo. Aunque el primer día le puse un estate quieto, el segundo le había dejado en claro a David que no me molestaba quedarme casi una semana encerrada en un departamento de Manhattan con él.

III. Darse a desear, pero nunca a probar y jamás sucumbir a sus encantos o dejarlos saciar su hambre hasta después de la boda. Esta última estaba a punto de romperla, no podía negar que tener a ese hombre abrazándome me revolvía todas las hormonas. Mi deseo me pedía girarme, arrebatarme un beso que calmara la sed que había vuelto árida mi garganta y dejarlo apoderarse de todos los rincones de mi cuerpo.

Aunque lo negara y pareciera imposible, sentía algo por él, como si lo conociera de tiempo atrás, como si toda mi vida lo hubiese esperado. Confundida, sin saber si las reglas de mi abuela, pasadas de moda, se adaptaban al presente, pero convencida de que entregarme a David, sin seguir al menos los lineamientos básicos de una relación como tener una cita, salir un tiempo, me conducirían a un corazón roto, terminé por actuar. Giré entre sus brazos y quedamos frente a frente, a la par abrió los ojos y salió de su embeleso.

—Mete a tu amiguito en el congelador de donde lo trajiste y déjame en

paz —le dije firmemente.

—¿Cuál es tu problema con el sexo o es que te resulto repulsivo? Si es eso dímelo con todas sus letras y no vuelvo a molestarte. No soy un maldito acosador y de pronto me has hecho sentirme como uno. Creí que había algo entre nosotros, una especie de química, que te atraía.

—Tu radar está defectuoso. ¿Qué te hizo pensar algo tan absurdo? —mentí despiadadamente. Estaba a punto de desfallecer, sus ojos sobre los míos, su aliento rozándome, su calor quemándome.

—¿En serio quieres que te lo diga? Sé cuándo le atraigo a una mujer. Te acaricias los labios mientras hablamos, te los humedeces, haces girar uno de los mechones de tu cabello, te tocas la nariz cuando lanzas algún comentario cortante queriendo ponerme freno.

—¿Ahora eres psicólogo?

—Soy especialista en Mercadotecnia y entiendo un poco el comportamiento humano.

—Por eso no has dejado de venderte desde que nos conocimos —lo interrumpí—. Ya bájale dos rayitas a tu paranoia que no me gustas, al menos no como tú quisieras. Podemos ser amigos si te complace, solo amigos sin derechos ni segundas intenciones. Recuerdo que te jactaste de restregármelo en la cara, me brindaste tu amistad y respeto. ¿Tan pronto cambiaste de opinión?

—Te ofrezco una disculpa. Yo... creo que soy un idiota, jamás me había pasado algo así. Perdóname de veras, me siento como el peor de los imbéciles. Intenté dejar de flirtear, pero luego creí interpretar ciertas señales, por lo visto estoy perdido en una nube.

—¿Señales? Pero, ¿cómo se te ocurre meterte a mi cama sin siquiera preguntarme si lo quería? ¿De dónde sacaste la seguridad para creer que me entregaría sin siquiera esforzarte? ¿Eso quieres que sea para ti, sexo fácil? —

Sabía de dónde había sacado la seguridad, era irresistible y de seguro las mujeres caían rendidas a su paso.

—Ashley, discúlpame —dijo y se puso de pie, estaba totalmente vestido para salir, bastante abrigado de hecho—. No me metí a la cama con la intención de tener sexo fácil, todo lo contrario, quiero seducirte y que te entregues a mí en el momento que te apetezca. —*¡Madre mía!* Eso me desarmó por completo, me dejó sin fuerzas—. Me atraes mucho, no lo voy a negar más. Si esto es incómodo para ti me largo ahora mismo. No quiero causarte ese efecto. ¿Será que en verdad tengo el radar defectuoso? Dímelo, nena. Mírame y asegúrame que estoy perdido y equivocado. ¿La química que percibo entre nosotros ha sido una mala trepa de mi mente?

—David... —¿Qué le iba a decir? También lo deseaba, pero lo conocía hacía dos días, no debía, no podía sucumbir a un hombre solo porque me atraía su físico.

—Te estuve esperando para tener un día maravilloso, pero al ver que estabas cansada pensé que no te molestaría que te abrazara un rato mientras terminabas de despertar. De hecho, estaba por llamarte, tenemos el tiempo exacto para desayunar y salir. Hice unas reservaciones por *Internet* para patinar en la mañana en el *Rockefeller Center*. Pienso que es una de las experiencias más bonitas de New York y ya que has venido en invierno no deberías perdértela. No pienses que mi idea contigo durante esta semana es metidos en el cuarto sin dejar de tener sexo, que no estaría mal, pero me encantas y quiero que estos días sean inolvidables para ti, para que desees volver.

Me enseñó las reservaciones en su móvil y quedé atónita, no teníamos mucho tiempo, ahora la que me sentía rara, extraña, o quién sabe qué, era yo. Quedé conmovida con su revelación, pero no contesté, salí al comedor y vi la mesa puesta con un delicioso desayuno. Se había esmerado, había proteína

distinta al pavo y la recordé de la lista, todo lo había planeado desde que supo que nos quedaríamos solos. Había lonchas de carnes frías, pan tostado, mantequilla, mermeladas. Destapé una sartén con unos huevos revueltos con tocino con un aroma delicioso. Lo vi acercarse a la cafetera a colar un café que pronto llenó la pequeña zona que servía de comedor, seguida de la barra y la diminuta cocina.

—Lo siento por estar siempre a la defensiva. Te agradezco el desayuno, calentaré los huevos, se han quedado helados —dije temblorosa, ignoré el tormento de responderle sobre la química que sentíamos y obvié mi reprimenda sobre colarse en mi cama. No lo podía creer, que me quedara tan campante aceptando sus atenciones luego de aquello.

Por supuesto que no se engañaba, David me encendía de adentro hacia fuera. En ese momento, tomé metafóricamente la lista de mi abuela y la hice añicos, sabía que me arrepentiría a futuro, pero decidí dejar caer mis escudos. No dejaría de ser yo misma, pero necesitaba de aquello, de esa semana alocada con aquel hombre que sacudía mi interior con una fuerza abrumadora. Después me arrepentiría, lo sabía, pero lo deseaba y ya no quería seguir reprimiéndome.

—Si los prefieres al momento puedo preparar otros huevos, no pensé que se te iban a pegar las sábanas de nuevo.

—No es necesario, solo los calentaré. Veo que te gusta madrugar —dije mirando la sala completamente arreglada, no quedaban rastros de su cama improvisada.

—Ya te dije que tengo mucha energía.

—Algo raro para alguien que viene de Alaska, pensé que eran personas más propensas a estar relajadas.

—Te sorprendería la vida tan activa que tenemos en Anchorage, mi familia conoce a mucha gente, nada raro porque vivimos ahí desde hace años y

siempre tenemos motivos para reunirnos con los amigos. La vida cultural en la ciudad es algo ajetreada.

—Pensé que con el frío se la pasarían resguardados.

—Cuando las condiciones ambientales son más duras, te vuelves uno con la naturaleza. En mi caso, adoro las actividades al aire libre y dar batalla, estar en forma y siempre listo.

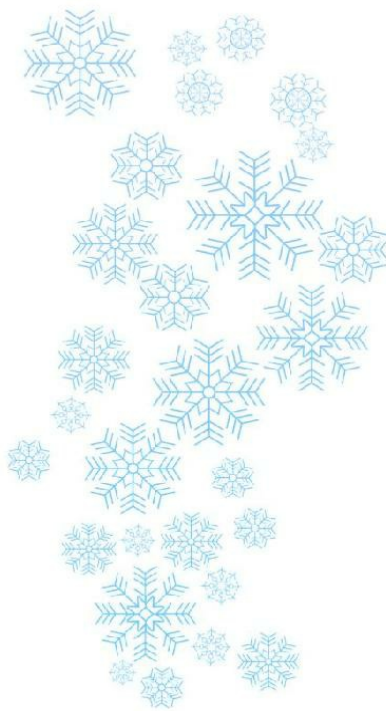
—Me apuraré para que no perdamos la reservación, voy a vestirme — dije, yo también quería dejarme seducir y el paseo romántico me parecía acertado.

—Tenemos tiempo para desayunar fugazmente, pero no te excedas y no olvides abrigarte bien para cuando salgamos.

—Te advierto que no sé patinar.

—Será divertido enseñarte.

5



Dejarme conducir
por David en la
pista del
Rockefeller

Center fue una experiencia mágica, tal como él había mencionado. Las banderas de los diferentes países ondeando sobre nuestras cabezas, la hermosa escultura dorada y la gente feliz y emocionada a la vez. Ni las caídas que me di, que me dejaron las piernas y los glúteos echando chispas, disminuyeron la sensación de dicha de patinar sostenida por sus fuertes brazos, que pretendieron atraparme cada vez que me precipité sobre el suelo. Su sonrisa sería inolvidable y me haría volver a New York si después de esta

semana aún deseaba tener mi compañía. Y mientras daba vueltas tratando de mantener el equilibrio, unos copos de nieve comenzaron a caer y los visitantes comenzaron a emocionarse por la blanca Navidad que el clima nos prometía. Nuestra hora y media estaba por concluir y nos dirigimos a tomar un chocolate caliente, acompañado por galletas horneadas.

—Gracias, Dave —le dije con cariño. Lo vi sonreír.

—¿Tienes mucho frío?

—Un poco, aunque el chocolate ayuda. ¿Me podrías abrazar? — imploré. *¿Qué diablos ha salido de mi boca?* Sonrió. *¡Madre mía! ¡Esos hoyuelos!*

—¿No me acusarás de acosarte y me soltarás algún insulto? ¿Estás segura? —inquirió juguetón, pero el brillo en su mirada lo delataba, se moría por satisfacer mi deseo.

—Me encantaría —admití.

Se me acercó y me cubrió con su poderoso brazo. Mi cuerpo tan cerca de suyo de nuevo era placentero, mil fuegos artificiales se encendieron en mi interior y estallaron cuando me miró al centro de los ojos, amenazando con interrogarme y desentrañar todos mis secretos. Lo cierto era que con David me sentía como si tras mucho andar hubiera llegado a casa, al refugio ideal, al sitio donde estaría segura, donde la dicha me aguardaba y no quería correr, no podía perderme en una nebulosa que abdujera mi sensatez, pero la realidad era que ya había sucedido.

Nuestros rostros quedaron muy cerca, tanto que no pude evitar cerrar los ojos y continuar aproximándome a la par que él también lo hacía. Me estremecí al sentir sus labios con sabor a chocolate posarse sobre los míos con delicadeza, después abrió su boca y succionó la mía a profundidad, me acarició con su cálida lengua por dentro y por fuera, con un deseo que ahogó en un gemido ronco devastadoramente sensual; nos abrazamos aún más y

terminamos por contenernos al recordar que estábamos en un sitio repleto de gente. Respiró hondo y me dio un beso sonoro sobre los labios, me miró con ternura y preguntó:

—¿Crees que sea casualidad o destino que nos hayamos quedado solos en el departamento?

—No lo sé.

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ya sufro al pensar que te irás.

—No hablas en serio —intenté desmentirlo.

—No me retes, ni me contradigas más. No soy un mentiroso. Precipitado tal vez, pero sé reconocer cuando una mujer me vuelve loco. Quisiera tener más que una semana para conocerte. Quédate unos días más.

—No será posible. Tengo fechas pactadas con el canal.

—Lo dices como si fuera algo que no pudieras posponer.

—Te había dicho que queremos ser más profesionales, no quiero quedar mal con mi amiga.

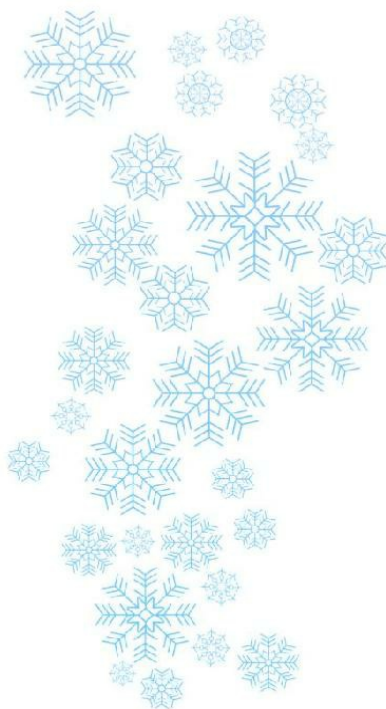
—Entonces tendremos que apresurar las clases de patinaje si quieres irte de New York quedándote firme sobre los patines.

—Un día más no estaría mal.

—Pensaré si buscamos una fecha para *Central Park* o lo dejamos para una siguiente visita y así te obligo a querer regresar.

—No creo que tengas que obligarme —le dije y no pudo aguantarse, volvió a besarme hasta dejarme sin aliento.

6



En un departamento
en Manhattan, a
solas con un
hombre

endemoniadamente sensual, que me deseaba con demasiado ímpetu, que me hacía temblar y que yo deseaba con la misma fuerza, ¿qué podría salirse de control?

Regresamos a tiempo para meter el pavo al horno, nos servimos una copa de vino y vestimos la mesa con los manteles rojos y dorados. Cuando ya no quedaba nada por hacer, tomé un baño caliente y me puse un vestido negro

ceñido al cuerpo, me dejé el cabello suelto, con unos leves rizos hacia las puntas y me puse unas gotas de perfume. Salí con timidez, con miles de ideas de lo que esa noche podría pasar cuando lo vi caminar hacia mí con un traje negro impecable. Se veía muy atractivo. Una punzada me pegó a la altura del estómago, no podía solo disfrutar el momento y olvidarlo todo, mi mente no dejaba de hacer énfasis en que la semana iba a terminar y yo regresaría a Los Ángeles dejando a David atrás. Él me tomó de la mano y me condujo a la mesa, me sirvió una copa y me embriagó con una dulce charla gracias a la que terminé de conocer otros detalles sobre su infancia, sobre sus estudios, sus padres, sus aficiones y más.

David había nacido en Alaska y era amante de la vida al aire libre, al igual que su padre, sabía vivir a la intemperie en condiciones hostiles gracias al medio donde se había desarrollado y a la influencia paterna. Practicaba varios deportes de invierno y su preferido era el *snowboard*. Su otra pasión era el mundo en línea, y su carrera, la que había estudiado en Washington. La cocina era otro de sus talentos y pasiones, desde niño se había descubierto con un sartén en la mano, compartiendo con su madre innumerables recetas que se fueron convirtiendo en suyas también. Esta era la primera Navidad que pasaba lejos de su familia, adoraba viajar, era un estupendo bailarín y no temía enfrascarse en nuevas aventuras.

—La comida está exquisita —le dije—. Eres un estupendo cocinero. Tendrás que darme la receta del pavo, te has sacado un diez.

—Mi madre se encargó de que los alimentos que lleváramos a nuestra boca no solo llenaran nuestro estómago. Mamá dice que el amor se conquista con una buena cena.

—¡Oh! ¿Cómo no me enseñaron eso a mí? Me habría esmerado en ser más hábil en la cocina—. Y me quedé recordando que solo me habían enseñado las tres reglas de mi abuela, enamorar con la comida había quedado

fuera de la lista, cuando parecía una magnífica estrategia para conquistar. Anotado.

—Creo que tienes potencial, me encantaría enseñarte, pero tendrías que volver a New York.

—¿Otro motivo para regresar? —pregunté y él asintió.

Entonces me di cuenta de algo que hasta entonces había pasado desapercibido para mí en mis años de disponibilidad en el mercado, que el amor llega, así de simple, a veces no importa que sigas o no todas las reglas, el amor hace su entrada y arrasa cuando está listo, cuando es su momento.

Pasamos al postre y él continuó hablando de su vida en Alaska y de sus aficiones por las actividades al aire libre, la imagen del leñador ardiente obnubiló todos mis sentidos. Me tomó una mano y la rozó suavemente, mientras seguía acariciándome con sus palabras. El sabor dulce del tiramisú en mi boca, mi mente poseída por David, sin más comparaciones ni con el leñador, ni con el dios nórdico, ni nada, solo él como en verdad era. Nos besamos ya sin frenos, podíamos consumirnos a besos sin que nadie nos detuviera y lo dejé transgredir el tercer principio. Ya no me importaba la longevidad de nuestra relación, si tendría que contentarme con tenerlo solo una semana haría que cada minuto contara, después me bastaba la vida para hacerlo converger, y lo quería a mi lado si él también lo deseaba.

Sus labios sobre los míos, sobre mi cuello, sobre mi escote. Sus manos en mis caderas arrimándome sin piedad, su pelvis contra mi pelvis, hasta que el choque entre ambas me hizo sentir más viva de lo que me había sentido en años. Nuestros cuerpos entrelazados en medio del salón, víctimas del calor que emanaba de la fricción de nuestras pieles aún enfundadas en sus vestimentas, las que hacía rato comenzaban a estorbar. Su mirada sobre mis ojos, desentrañando todos mis secretos. Ya el frío no me castigaba. David me soltó un instante, tiró unas mantas frente a la chimenea donde la leña crispaba

y desprendía calor, entonces vi los maderos consumirse por las llamas y me quedé sin entender a dónde había ido a parar el artefacto luminoso que imitaba a unos troncos apilados ardiendo. Y mientras volvía a envolverme en sus brazos, le pregunté casi sin aliento.

—¿De dónde salió ese fuego?

—Desinstalé la chimenea eléctrica, solo estaba superpuesta, cuando regresen los bailarines puedo devolverla a su sitio. La chimenea original está en perfectas condiciones. Traje la madera para ti —me susurró al oído.

—¿Cuándo?

—Muy temprano fui a comprarla, querías fuego y yo quería dártelo —dijo sin soltarme.

—Si deseabas sorprenderme lo has logrado, una vez más.

Había traído el fuego a nuestra loca Navidad. David me hizo iluminarme desde adentro hacia afuera, me robó un beso y otro, esos que provocaban en mí un efecto excitante y desgarrador a la vez, mi deseo se revolcaba con la pérdida de tener que dejarlo, tarde o temprano, al final todos mis intentos de relaciones fracasaban. ¿Por qué este sería la excepción? Decidí romper todas las reglas que me dominaban de manera contundente.

Los besos se detuvieron, nos miramos a los ojos y algo cambió. Nuestra prisa por devorarnos se detuvo, nos perdimos en una mirada larga, era como si deseara decirme algo verdaderamente importante, pero no me atreví a presionar. Sus labios no se aventuraron a despegarse. Me tomó el borde del vestido con aquel pronunciado escote y lo bajó lentamente, descubriendo palmo a palmo cada centímetro de mi piel. Se deleitó en mis senos y luego de dedicarles especial atención continuó bajando la delicada tela hasta la cintura, donde su lengua hizo una tibia parada que me arrancó otro suspiro. Deslizó el vestido a lo largo de mis torneadas piernas, las que recorrió con sus ávidas manos, hasta que lo dejó sobre el piso. Sus ojos me recorrieron complacidos,

como si cada trozo de mi anatomía satisficiera sus expectativas.

No se contentó y quiso seguir explorando, escuché el clic que hizo el broche de mi sujetador cuando lo quitó y sin moverme, dándole total libertad de actuar, me quedé de pie mientras el encaje de mi ropa interior rozaba mi piel antes de ser lanzada con efusión sobre el sofá. También deseaba conocer qué había debajo de su traje, el que de la mano de ambos fue cayendo pieza a pieza por cada rincón, desde la corbata que le desaté con mis dedos temblorosos, hasta los pantalones. Su ropa íntima fue a parar junto a la mía. Nos miramos el uno al otro y sentí seguridad al ver que sus ojos me recorrían completa, conocía el efecto que mi cuerpo desnudo provocaba en un hombre, no dejé que la duda se me colara, podía ver el deseo potenciado en la superficie de sus ojos.

Nos tumbamos desnudos sobre las mantas.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—No.

¿Cómo podría tenerlo con su enorme cuerpo sobre el mío, quemándome con su calor corporal, acariciándome con aquellas manos templadas?

—¿Te asusta pensar que vamos muy rápido? —preguntó, su voz era muy sensual.

—Un poco.

—Ojalá no estuviéramos encerrados los dos en este departamento, teniéndote aquí es difícil detenerme, más al saber que solo te tendré una semana.

—No tiene que ser así, podríamos visitarnos —sugerí y de inmediato me arrepentí.

—Estoy dispuesto a volar a Los Ángeles, me encantaría hacerlo —susurró acompañando sus palabras de una incursión de sus dedos sobre mis partes más húmedas y gemí de dicha y excitación.

Sus caricias oportunas, sus tiernas palabras en mi oído, haciéndome promesas sin garantías, sus besos calientes escurriéndose sobre mi torso, por mi ombligo e incluso más al sur, me volvieron dócil, me dejaron con cada fibra de mi cuerpo completamente relajada, mientras me perdía en el vaivén de su lengua en lo más secreto de mi intimidad y quedé dispuesta para entregarme. Devoró mis pétalos con desmedidas ansias, una vez más robándome la cordura. Cerré los ojos, me perdí en la cadencia de la fruición y cuando se despegó ligeramente casi me hace rabiarse, no quería que me robara ni un instante de ese dulce deleite al que tanto me había costado entregarme, cuando separé los párpados descubrí que lo hizo para ponerse un condón y a toda prisa regresó a mi encuentro. Mientras me miraba directo a las pupilas, se introdujo lentamente en mi interior, mi cuerpo tembló al recibir cada pulgada. David comenzó a moverse muy despacio y me invitó a seguirlo, mientras nos íbamos conociendo en el sexo y encontrábamos nuestro propio ritmo.

—¿Te gusta, cariño? —gimió cerca de mi oído y el roce de su aliento me hizo sacudirme por dentro, aún más, en un placer infinito.

Dejé de pensar en la caducidad de nuestro encuentro y me fundí aún más con sus caderas. Recorrí el largo de su espalda y terminé con las manos en sus duros glúteos, aquella sensación me desbordó de goce, lo empujé con furor hacia mí dejándole en claro que necesitaba acabar, pero se rehusó a precipitarse, continuó moviéndose exactamente igual y era tan delicioso, como una dulce tortura que amenazaba con hacerme perder la conciencia, que me situaba en la cúspide, pero que me impedía lanzarme en picada y descender. Lo hacía a propósito, en vez de apresurarse desaceleraba con toda la intención de llevarme al límite de mi resistencia.

Unos mordisquitos en mi hombro, justo en el hueso, casi me roban el orgasmo, pero no fue hasta que me chupó con esmero el labio inferior y luego la lengua, quedando nuestros rostros muy cerca, mirándonos al centro de los

ojos, que me perdí por completo en espasmos sucesivos que fueron de violentos a sosegados. Mis músculos quedaron abatidos, relajados, pero sin intención de dejarlo escapar, me apreté aún más a él con las piernas alrededor de su cintura y le dije con la voz apagada:

—¿Así lo hacen en Alaska? Es muy dulce, me encanta, pero quiero más, quiero todo.

Me silenció con un beso. Sin contestarme, se alzó conmigo pegada a su piel y lo sentí más profundo. Se acercó a la pared, recostó mi espalda con delicadeza y sin despegarse de mis labios siguió haciéndome suya. Desde mi posición, podía ver su rostro extasiado de placer, delineado por su dorado cabello, sus hombros, la caída de su espalda. Mi dios nórdico estaba clavándose literalmente contra la dureza del muro, se volvía cada vez más enérgico, tanto que perdí las ganas de hablar, mi voz ya no me respondía, solo era un mar de sensaciones desde mi clítoris hasta mi vientre, desde la punta de mis senos hasta la garganta. Me besó las mejillas, el cuello y volvió a sacudirme contra la pared, sujetándome con fuerza por los glúteos, tan salvaje y tan tierno al mismo tiempo, con ese sello único que reconocería en él en lo adelante, con esa mirada que me anunciaba que estaba por terminar dentro de mí y regalarme hasta la última gota. Ya no pude más, terminé de perderme, solté todo, me deshice en sus brazos sin control de mi cuerpo.

Removió lo que había permanecido dormido en mí y me quedó claro que ya no bastaría con una semana, si él lo quería, lucharía por conservarlo, por todo el tiempo que eso fuera posible.

—Deseo que nunca olvides nuestra primera vez —me susurró mirándome a los ojos y me llevó a las calientes aguas de la bañera que ya tenía preparada para mí. Él pensando en sexo y yo en no perderlo, él haciendo alusión a que esta no sería la única vez que nos daríamos placer y yo enamorándome sin sentido—. ¡Maldigo mi mala suerte! —murmuró David.

—¿Por qué lo dices? —balbuceé sin aliento.

—Acabo de conocerte y ya te tienes que ir.

Dejó caer unas bombas de burbujas de *Lush* que emergieron a borbotones e inundaron el cuarto de baño con olor a lavanda y se sumergió a mi lado. Se coló debajo de mí y me hizo reposar la espalda sobre su musculoso pecho. Nos relajamos un rato hasta que el compás de sus caricias sobre mi antebrazo fue subiendo de tono, me dio un beso en el cuello y desplegó mordisquitos sobre mi clavícula, me giró de improviso hasta que quedé a horcajadas encima de él. Mi sexo rozando el suyo y los calores no solo por la temperatura del agua invadiéndome. Me atrapó las caderas y me invitó a acompañarlo en su movimiento dulce y sensual que me hizo perder la cabeza.

—Es cierto que tendré que irme pronto —se me escapó con un suspiro.

—Podrías quedarte si quisieras. Estoy buscando un apartamento para mí, podríamos quedarnos juntos —sugirió mientras rozaba con su dureza la abertura de mi entrada y me robaba otro gemido. De seguro su mente estaba más perdida que la mía por el calor del momento, pero cuando «su cabeza» se enfriara pensaría con claridad. No era lógico que me pidiera algo así a tan poco tiempo de conocernos.

—No hablemos de ese tema, no ahora —dije con la voz entrecortada. No podía centrarme en algo tan serio mientras era víctima de la explosión de sensaciones que su presencia me hacía sentir, también diría una estupidez de la que me arrepentiría más tarde. Ahora solo quería que me poseyera de una vez y que dejara de torturarme con aquel juego preliminar, sus manos contra mis caderas y nuestras intimidades frotándose una contra otra de manera lenta y desquiciante.

—¿Estás lista? —preguntó mientras me levantaba lo suficiente para acomodar su miembro en mi entrada y yo asentía con los labios entreabiertos.

—Quiero tenerte siempre cerca. —Me empujó contra sí hasta que nuestros cuerpos quedaron completamente conectados. No le di créditos a sus palabras, las atribuí al frenesí de la pasión.

Su torso cubriendo el mío, sus manos en mis caderas, las mías sobre sus hombros y nuestros ojos clavados en los del otro.

—¡Dave, me encantas! —Mi boca traicionera no mentía.

—Tú me vuelves loco.

—Terminaremos haciéndolo en cada rincón de este departamento.

—Tenemos una semana para eso —me susurró y luego de un ronco gemido mientras me seguía embistiendo aclaró—: y la vida entera, si tú también lo deseas. ¿Lo quieres? —Su pregunta se quedó suspendida encima de los vapores que emanaban del agua caliente y de nuestros fogosos cuerpos. Las estocadas fueron cada vez más intensas y cerré los ojos para disfrutarlo. Me presionó para que le abriera mi mente—: Respóndeme.

—¡Oh, Dave! —exclamé abriendo los ojos y mirándolo al centro de sus pupilas, era tan erótico que me desbordaba por dentro, incluso aunque su expresión demandante me exigiera contestar.

—Dime —bramó poseído por el deseo, añorando que de una vez satisficiera su curiosidad, como si mi respuesta aceptando su propuesta lo catapultara al orgasmo. Solo esperaba por eso—. Habla de una vez.

—¡Oh, Dave, creo que voy a correrme! —solté. Tal vez no fue la frase que deseaba escuchar, pero la que logré emitir le aceleró los latidos del corazón, tanto que lo sentía rebotar contra su pecho y el mío próximo al suyo.

Mis movimientos descontrolados lo invitaron a cubrirme aún más con su cuerpo y apoderarse de mis labios hasta que juntos nos deshicimos exaltados hasta tocar el cielo con la punta de nuestros dedos. Nos besamos hasta que la sensación del clímax abandonó nuestros cuerpos, nos abrazamos hasta que nuestras respiraciones alcanzaron su ritmo habitual, terminamos de

lavarnos y abandonamos el tibio refugio.

La piel se me hizo de gallina en cuanto salí de la bañera. Me abrigó con las toallas y me metió desnuda y completamente relajada bajo las cómodas y acolchadas mantas junto a la chimenea que aún crispaba.

—Ha sido delicioso —dijo para referirse a nuestro encuentro—, pero no olvidaré que decidiste callar.

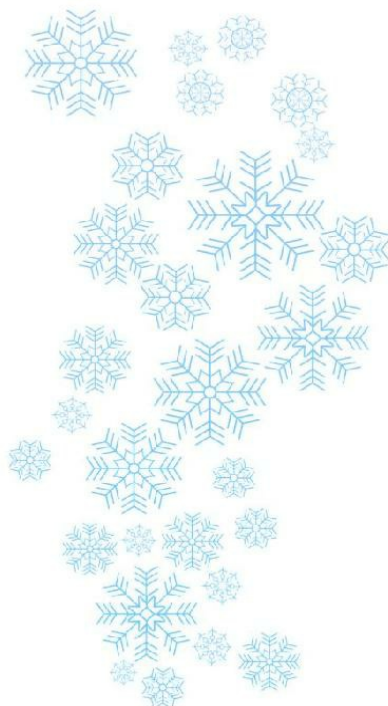
—No creo que debamos tomar en serio lo que se dice obnubilado por el deseo, en ese instante podríamos prometernos el cielo y la tierra y no sería real.

—Pues tómalo como una confesión previa al orgasmo, necesito saciarme de ti y estoy seguro que una semana no será suficiente. Si te apetece algún día, me gustaría que pasáramos al siguiente nivel, tal vez no que te vengas vivir conmigo de inmediato, pero podríamos intentar tener una relación a distancia.

—Lo pensaré.

Su revelación me provocó una sonrisa, yo sentía lo mismo, aunque me resistiera a aceptarlo, que me lo compartiera me producía un gran alivio. No quería que esta historia terminara como la mejor semana de mi vida en New York, deseaba que fuera un comienzo. Nos acurrucamos para quedarnos dormidos al calor de las flamas, yo de espaldas a él. David me pasó un brazo por la cintura y me arrimó a su cuerpo, me sujetó con fuerza para que no me escapara durante la madrugada y me embargó la fantasía de pertenecerle. ¿Cómo sería mi vida si fuéramos algo más que dos amantes a la luz del fuego en invierno?

7



Amaneció el
veinticinco y él
me observó
despertar. Abrí

los ojos y fue lo primero que vi. Recorrí con una mirada perezosa los varoniles rasgos de su cara, su nariz recta, sus pómulos acentuados y sus voluptuosos labios que se regodeaban en una sonrisa. ¡Esos hoyuelos! Bajé la vista hacia sus pectorales y el surco definido entre estos, deslicé la mirada hacia su duro abdomen y continué descendéndola hacia el sur. Disimulé mi sonrisa al reparar en su erección matutina, deliciosa, tuve que resistir los deseos de morderle la punta. Tendría que hacer algo para regresarlo a su estado natural.

Y a pesar de la elevación, él tenía el semblante relajado. Era tan hermoso, despertar a su lado fue una experiencia que nunca podría olvidar, descubrirlo agazapado a mi cuerpo, renuente a soltarme, con ese rostro que con una mirada me llevaba a la luna, hizo que mi amanecer fuera glorioso.

—Dormilona —me susurró simulando seriedad—. ¿Hasta cuándo pensabas despertar? Santa Claus vino anoche y ha dejado algo para ti.

Se me iluminó el rostro, recordé mi intento fallido de comprarle un obsequio, pero conociéndolo apenas no terminé por elegirlo, pensé que sería precipitado o que lo tomaría como un atrevimiento, ahora me arrepentía. Lo poco que conocía de él me tenía supeditada a una nube de delirios, sin pecar de ingenua, me atrevía a pensar que era perfecto. Cada uno de los detalles que había tenido conmigo en tan breve espacio de tiempo le otorgaban un diez en conquista y otro en seducción. Sus labios sensuales y sus dientes blancos y alineados, dejaron aflorar una franca sonrisa para mí, una en la que me perdí sin remedio. Esos benditos hoyuelos eran mi perdición, los besé de uno en uno.

Me cubrí con una de las mantas que habíamos usado la noche anterior para protegernos del frío. Caminé hasta el pino que aún seguía resplandeciendo. David me siguió sin inmutarse de su desnudez y yo no podía apartar la vista de su amigo erecto. Me obligó a detenerme y con un pañuelo me vendó los ojos. Me situó frente al árbol e hizo varios ruiditos que no pude descifrar. Hasta que se acercó para desatarme el nudo de la tela y su delicioso olor volvió a embargarme. Cuando lo vi di gracias al cielo por poner en mi camino a un chico tan atrevido. Llevaba un gorrito navideño rojo brillante con el ribete blanco y de peluche, bóxeres y chaleco a juego. No eran mi fantasía del leñador ardiente, pero se veía terriblemente sensual. La tela de sus pantalones cortos aún se levantaba en la parte frontal, como la carpa de un circo. Me tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos y dejara de

enfocarme descaradamente en su entrepierna.

Levantó una caja y me la entregó, era grande pero ligera, dentro había un conjunto perfectamente combinado de guantes, gorro y bufanda de punto grueso de color granate, le agradecí con un beso en los labios.

—¿Cuál es el mensaje? ¿Me vas a secuestrar y me llevarás a tu iglú en Alaska? —intenté hacer una broma.

—Quisiera, pero te llevaría a una cabaña en el bosque, con una gran chimenea y una cama, no necesitaría nada más para ser feliz contigo.

—Sin *Internet* dudo que pueda aceptar—traté de bromear.

—Vístete y abrígate bien, el mensaje es que vamos a hacer un muñeco de nieve, justo en *Central Park*, nevó de madrugada y todo ha amanecido blanco.

—No abuses. ¿Salir con este clima? ¿Al despiadado frío?

—Apúrate, antes que terminen de quitar la nieve de las calles, quiero que la disfrutes en toda su magnitud, desde aquí, iremos caminando.

—Si quieres puedo apurarme, pero eres demasiado tentador para dejarte pasar —dije poniendo mis dedos sobre el elástico de su ropa interior y tirando de él.

—Puedes demorarte todo lo que quieras, la maldita nieve puede esperar —dijo empujando la manta que me cubría la espalda, los hombros y el pecho hasta que fue a parar al piso de madera noble. La frialdad me recorrió la columna vertebral.

Se embebió de mi desnudez con una mirada que logró erizarme, adoraba la forma en que sus ojos se admiraban con mis atributos. Bajé decidida a apoderarme de aquel muñeco coqueto que seguía apuntándome, él gimió cuando mi puño rodeó su enormidad, me deleité en su firmeza y bramó eufórico cuando la calidez de mi lengua hizo contacto. Lo torturé lo suficiente hasta que eufórico de deseo me tomó en sus brazos, y en el centro del salón me

subió a horcajadas sobre su pelvis y se enterró deliciosamente en mi interior.

Mi cuerpo fue entrando en calor mientras subía y bajaba sobre su dura erección, sus fuertes brazos me guiaban en mi ascenso y descenso. Sus bellos ojos guardianes de mi deseo, sus benditos hoyuelos pronunciándose por el esfuerzo, sus sensuales labios entreabiertos apoderándose de los míos, sus fuertes piernas sembradas en el suelo, sosteniendo mi peso y mis movimientos verticales, el calor y la dureza de sus pectorales, su pulso acelerado.

Me sentí la mujer más afortunada entre sus brazos, si abría la boca para dejar escapar otro gemido le susurraría que sí, que yo también quería tenerlo así para el resto de mis días, que, aunque profanáramos cada rincón de ese departamento en Manhattan no sería suficiente. Quería mucho más.

—Ashley, estoy por correrme —dijo agitado y recordé la sesión de besos sobre su exaltada virilidad que lo había conducido al punto de no retorno. La premura de su necesidad hizo que algo también estallara dentro de mí.

—Yo también —gemí en su oído.

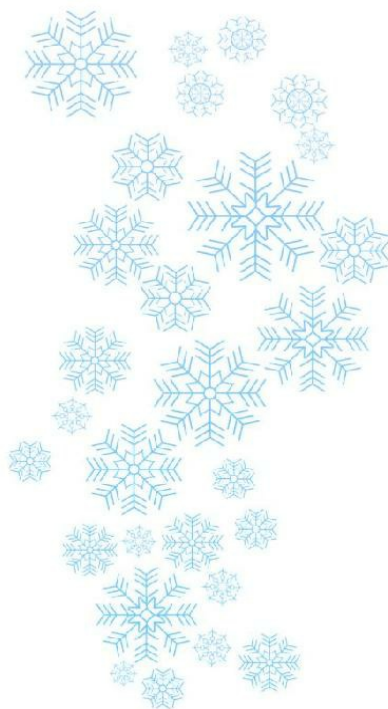
Me tomó con fuerza y me empujó con ímpetu contra sus caderas, como si mi peso corporal fuera el de una pluma y tras una lucha cruenta de dulces y certeras embestidas nos liberamos juntos y gritamos de éxtasis.

Connmigo aún en brazos, caminó hasta a la chimenea y se dejó caer sobre las mantas. Me quedé recostada sobre su pecho hasta recobrar el aliento. Cuando vio que estaba lista para que me pusiera de pie sin que me temblaran las piernas me apuró para que me vistiera, seguía con la idea loca de ir a hacer un muñeco de nieve a *Central Park*.

Me colocó la bufanda y el gorro con tanta ternura que me conmovió, nunca me había sentido tan arropada. Preparó el desayuno caliente y lo llevó a la mesa. Me instó a devorarlo antes que se enfriara, adoraba que fuera tan buen cocinero y que intentara enamorarme llenándome el estómago. David me

estaba malcriando demasiado. ¿Qué haría cuando aterrizara en Los Ángeles y regresara a mi vida normal? Quería a mi dios nórdico conmigo para siempre.

8



En *Central Park* la
nieve se nos
colaba por donde
podía, las copas

de los árboles estaban vestidas de blanco, esa masa congelada inundaba las bancas, las farolas, los caminos, los troncos y la gente no parecía temerle, como yo que aún tiritaba. Los adultos parecían niños haciendo muñecos gigantes de nieve. David comenzó a hacer el nuestro, mientras me negaba a colaborar e insistía en permanecer de espectadora. Me arrojó con violencia una pelota de nieve que terminó por encenderme y le correspondí, terminamos

azotándonos a bolazos y ya sin poder escapar de su ataque, corrí. Dave me persiguió mientras mis botas se quedaban atoradas y no me permitían avanzar, en unas diez zancadas me atrapó entre sus cálidos brazos y me tiró sobre el suelo, me cubrió de besos húmedos que se fueron calentando con el contacto.

—No te vayas —me pidió—. Si no lo haces por mí hazlo por New York, es una ciudad hermosa, aquí podrás tener tu canal y un sin fin de oportunidades. Haz la prueba.

—Es maravilloso, Dave y tú más pero no puedo, el canal somos mi amiga y yo, no podemos dividirnos. Aunque intentara adaptarme al clima, tengo mis reservas, todo va muy rápido entre nosotros, no sé si funcione.

—Si nos separamos no funcionará. No pensemos en eso ahora, disfrutemos la nevada.

Saqué del bolsillo de mi pantalón una pequeña cajita.

—Santa Claus también dejó un presente bajo el árbol para ti —murmuré muy cerca de su oído, sin dejar de abrazarme a su cuerpo.

Me miró con esos ojos traviosos que ya había comenzado a extrañar, la abrió y observó el collar de caucho con el dije de Los Ángeles, California.

—El mismo que reposaba sobre tu pecho el día que te conocí, gracias, bella. Este mensaje es muy directo. ¿Intentas persuadirme de volar a Los Ángeles?

—Pretendo que no me olvides —admití.

—Eso es imposible, en cuanto a la visita lo pensaré.

—Compárteme los planes para el resto de la semana, así puedo prepararme, llevo dos días viviendo emoción tras emoción.

—¿No te gustan las sorpresas?

—Prefiero saber qué haré al instante siguiente.

—¿Eres algo así como una maniática del control? Espero que no porque te volverás loca conmigo, no hay planes, mi cielo. Vivo.

—Parecía que lo tenías todo calculado.

—Soy práctico.

—Podemos planear el resto de las actividades y llevar una agenda.

—¿No crees que exageras un poquito? —bromeó.

—Tengo una grabación en vivo en el *Times Square* para Fin de Año y pretendo hacer unas cápsulas para el canal en diversos puntos de la ciudad.

—Entonces hagámoslas de una vez —dijo sacando su celular y comenzando a filmar.

Recitó de memoria la frase introductoria que solíamos usar Cecilia y yo cuando grabábamos y me quedé estupefacta, eso solo podía indicar que había visto algunos videos. Me quedé de hielo.

—¿Cuándo los viste? —Mi pregunta más que una interrogación fue un reclamo. Detestaba que no me lo hubiera mencionado antes.

—Cada noche antes de dormir veo tres o cuatro —admitió mirándome al centro de los ojos luego de soltar un profundo suspiro.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Sigues queriendo controlar, solo fui espontáneo, me gustan, son adictivos. Tu amiga y tú tienen potencial, me gustaría ayudarlas a expandirse, algo meramente profesional.

—¿Así tendrás un motivo para viajar a Los Ángeles?

—No, Ashley, mi motivo para viajar eres tú. Tanto así que te voy a complacer, hagamos esos planes para el resto de la semana. ¿Qué propones?

—Y si los hacemos en el departamento, calientes, junto a la chimenea.

—¿Te estás congelando aún?

—Tengo la nieve metida por sitios inimaginables.

—Tienes la nariz tan fría como un trozo de hielo. Vamos, tú y yo y solos en el calorcito del hogar es demasiado tentador. Antes de irnos ayúdame a terminar el muñeco de nieve.

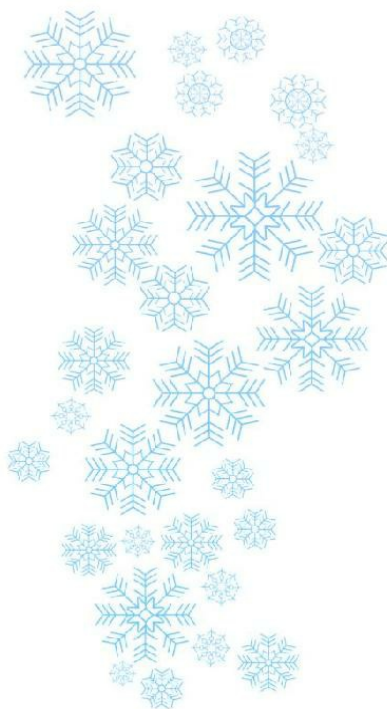
Él acabó de construir con soltura a nuestro propio *Olaf*, mi contribución quedó toda escurrida y sin chiste.

—¡Maldición, *Olaf*, no te enojas conmigo! —dije porque tras la última bola de nieve que le coloqué comenzó a inclinarse hacia la izquierda.

—Ponte a su lado, te tomaré una foto antes que se desplome.

Y justo al situarme a su lado, *Olaf* pereció en una caída apoteósica, habría que construirlo desde cero, así que le dimos cristiana sepultura y nos dirigimos a nuestro cálido refugio, mientras los copos de nieve volvían a caer sobre nosotros.

9



Al colocar la llave sobre la cerradura, ya nos estábamos

besando. Entramos al departamento, desechamos los abrigos, pateamos las botas, apartamos las bufandas, los guantes y los gorros. Solo deseaba envolverme en su piel templada, perderme en los escasos vellos de su pecho, en su mirada risueña. Antes de seguir desnudándonos mi celular me sacó de golpe del embeleso. Pensé que era mi hermana, así que al notar que era mi padre me sobresalté, ya me había hablado para felicitarme y con eso cubría la

cuota acostumbrada. Sus palabras me desorientaron:

—Nena, necesito que cambies tu vuelo y regreses de inmediato a la ciudad.

¡Demonios!, pensé. De seguro Helen le dijo sin querer que no me estaba quedando sola en el departamento de New York, que estaba muy bien acompañada por un espécimen del sexo masculino que me hacía rabiarse de lujuria.

—¿Hoy mismo, papá? No sé si pueda conseguir pasaje, es Navidad — intenté parecer lógica.

—Lo sé, corazón, pero tu madre tuvo un accidente, se cayó de lo alto de la escalera que tiene junto al librero. Subió por un libro y perdió el equilibrio desde el peldaño superior.

—¡Por Dios! Por supuesto, claro que iré de inmediato. ¿Cómo está ella?

—Se fracturó el brazo derecho y tiene distendido un tobillo. Ahora estamos en el hospital, en breve vamos para la casa.

—¿Puedo hablarle?

—Hazlo más tarde, la está atendiendo el doctor.

Nos despedimos y colgamos, Dave me miraba desolado, los planes no fueron necesarios.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

—Mi madre se ha caído, se ha quebrado el brazo y lesionado un pie. Me requieren, no podré quedarme el resto de la semana, me consuela saber que para Fin de Año tu hermana y los demás te podrán hacer compañía.

—No te preocupes por mí. Te ayudaré a conseguir boleto, ve a empacar.

Lo dejé encendiendo la chimenea y fui corriendo a preparar mis pertenencias. Metí todo como pude en la maleta que había traído. Cuando salí

David estaba con las manos en el teclado de su computadora portátil. Con las alas rotas me le acerqué por la espalda mientras aún seguía frente al ordenador, crucé los brazos alrededor de su tórax y me afiancé a él largamente. Se giró para quedar mirándome a los ojos.

—Ya tengo tu reservación, tenemos un par de horas, no pude conseguirlo antes.

—Eso está genial. ¿Cómo lo lograste?

—Parece que el destino quiere que te vayas. Espero no haber metido la pata y haberme portado bien contigo para que desees volver a verme.

—¿Se me nota en la cara que quisiera deshacerme de ti?

—¿Siempre me preguntaré qué habría pasado si nos hubiésemos quedado juntos la semana completa?

—Lo siento, de veras quería quedarme, pensé que esta sería la mejor semana de mi vida.

—¿Sabes que volaré a Los Ángeles para verte? Cuando tu madre esté mejor, cuando tengas tiempo para recibirme, avísame e iré. He tenido muy poco de ti, no me puedo conformar.

Nos besamos como si nos conociéramos de toda la vida y este adiós fuera para siempre, podría ser para siempre, mi temor era que con el pasar de los días, el fuego en el pecho de David se extinguiera y olvidara la flama que lo prendió, nuestro idílico romance de invierno.

Nos perdimos en un fuerte abrazo, como si nada pudiera separarnos, me colocó la mano detrás del cuello y me inclinó ligeramente para mirarnos a los ojos y decirnos muchas cosas sin despegar los labios. El deseo de pertenecernos era fulminante.

—¿Sé mía una vez más? —pidió acariciando mis hombros, mis senos, mis costillas y dejando un surco de besos por la línea central de mi cuerpo desde mi boca hasta mi ombligo, mientras iba arrebatando cada artículo

femenino que se interponía en su camino, mi blusa y mi sujetador.

Posó sus dedos sobre los botones de mi pantalón y comenzó a sacarlos de los ojales hasta el último, lo deslizó por mis caderas hasta desenfundarme de él y arrojarlo lejos. Me tomó por la cintura y me subió encima de sus muslos. Me abracé a su cuello y seguimos besándonos como si de eso dependiera nuestro aliento de vida.

Me aproximó con ímpetu a su pecho, me sujetó fuertemente y se elevó conmigo en sus brazos hasta hacerme aterrizar sobre el sofá que teníamos muy cerca. Mis bragas y el resto de su ropa fueron cayendo en cascada, hasta que nos fundimos piel con piel y buscamos nuestras bocas desesperadamente. Lo besé como si fuera apremiante que pudiera perderlo, saboreé el néctar de sus deliciosos labios. ¿Por qué la vida me daba esto? Una pequeña dosis de Dave para después arrebatármelo.

—Quiero volver a tenerte después de hoy, te buscaré, mi deseo por ti no se calma.

Él me susurraba al oído que me visitaría en mi ciudad natal, que deseaba que nuestra inminente pasión no quedara en una experiencia bonita para nuestras memorias, pero no podía dejar de ser realista, este tipo de romances no sobrevivían a la distancia en la mayoría de los casos. ¿Por qué el nuestro sería parte de la excepción?

Sus manos, como expertas navegantes recorrieron la mar agitada de mi cuerpo, me bordearon como a una costa virgen, haciendo un extenso reconocimiento y encallaron en mis caderas. Me empujó con fuerza contra su vientre. Nos movimos él uno contra el otro, desesperados por sentirnos. Lo deseaba con urgencia en mi interior, sin preámbulos y sin juegos eróticos. Estábamos al perdernos y cada fracción de segundo quería sentirlo profundo, pegado a mi cuerpo, sin dejar un resquicio por donde el aire se pudiera colar. Me leyó la mente, los dos éramos devorados por la misma emoción.

Sin dejar de besarme, se colocó un condón y cuando ya no soportaba la urgencia lo tuve como lo necesitaba, dentro, muy adentro. Ya no seguimos hablando. Me dejé vencer por la potencia de sus embestidas, me rendí por completo con cada sacudida, convencida de que, lo había logrado, no olvidaría ninguno de los encuentros en los que su cuerpo y el mío habían danzado juntos buscando el mismo objetivo, el placer infinito. Apreté mis manos contra sus omóplatos para empujarlo más contra mí, si aquello era posible. Los músculos de sus pectorales estaban completamente definidos por el esfuerzo, así como sus dulces hoyuelos, los que besé con ternura.

—¿Por qué diablos tienes que irte? —Se lamentó ofuscado sin dejar de arremeter con ímpetu.

Me sumía contra el mullido sofá con la potencia de sus embates y nuestras bocas se devoraban con igual ardor a la par que me deshacía por dentro, no sé en qué momento dejé de concentrarme en el sexo y me invadió un fuerte temor a no volver a verlo. Otro empuje y un dolor profundo se me coló en el pecho. ¿Por qué demonios me sentía así? ¿Por qué me miraba como si lamentara profusamente nuestra inmediata separación? Estuve a punto de sollozar, de permitir que una lágrima se escapara de mis ojos, pero no lo permití, no quería imprimirle más emoción a nuestra despedida, no quería quedar como una tonta que entregaba su cuerpo y abría una ventana a su alma, para que aquel dios nórdico entrara y arrasara con todo a su paso. *¡Dave!*

Sus movimientos fuertes, certeros, ascendentes, descendentes, circulares y únicos me estaban conduciendo a las puertas de mi liberación. *¡No puedo llorar!* Estuve a punto de empujarlo, de quitármelo de encima y lanzarme a correr para dar rienda suelta a las ganas tremendas de sollozar que me embargaban, pero sus profundas embestidas y las ansias desmedidas con las que me invadía la boca con su lengua tibia y experta, me obligaron a cruzarle las piernas por sobre sus caderas y apretarme más contra su torso.

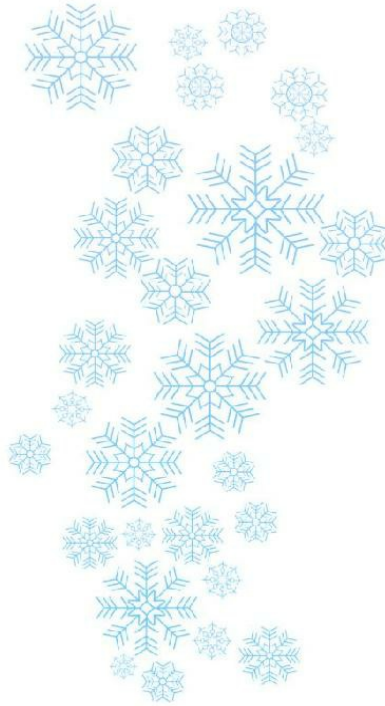
Las gotas de sudor en su frente, las flamas de la chimenea ardiendo, el suave sonido del crisar del fuego y nosotros entregándonos en una carrera desenfrenada hasta el final. Mi vientre y mi intimidad ardiendo, palpitando. Su sexo expandiéndose y contrayéndose en mi interior previo a su descarga. Seguimos corriendo acelerados, ávidos de alcanzar la meta, hasta que gritamos al unísono para calmar nuestras gargantas asediadas. Nuestros fluidos fueron disparados y caímos derrotados por el éxtasis en aquel trágico adiós.

Casi sin fuerza para ponerme de pie observé el reloj, algunos de mis músculos estaban engarrotados por la frenética lucha para saciarnos de un deseo que no parecía tener fin. De no ser por el motivo que me arrancaba de su lado, hubiéramos repetido como tantos momentos nos ofreciera el resto de la semana.

El peso de su cuerpo aún me sumía, no quería apartarme, pero si me seguía tardando iba a perder el avión. Lo besé de nuevo y le pedí levantarse. Lo hizo de mala gana, pero accedió. Nos vestimos a toda prisa y corrimos por la premura del tiempo. Hasta el último segundo pensé que por las condiciones meteorológicas iban a cancelar el vuelo, pero el destino se había confabulado para separarnos y ni el clima lo detuvo.

Insistió en acompañarme al aeropuerto y la decepción podía constatarse en sus ojos. No sabía si compadecerme o animarme, su angustia parecía genuina. Nos besamos hasta desgastarnos los labios y nos hicimos mil juramentos, ante las sonrisas de los presentes, al parecer en New York nadie se alarmaba al ver a dos jóvenes amantes casi tragarse ante la amenazadora partida de un avión, por el contrario, nos sonreían, embebidos del lazo que nos unía.

10



Volé por sobre los rascacielos con el alma en un hilo, volví a

telefonar a mi madre para saber cómo se sentía. Solo éramos Helen y yo, mi padre tenía un trabajo muy absorbente, así que tenía que acudir a apoyar a mamá a recuperarse. Parecía que el destino me había obligado a permanecer en New York para Navidad, en ese acogedor piso, junto al guapísimo chico de Alaska, el que me robó más que el aliento. Y después, el pícaro destino o la maldita casualidad, de la misma forma que me unió a él, me subió a un avión y

dejó la formidable semana de pasión a medio terminar. *¡Oh, Dave! Esto jamás me había pasado, engancharme a un hombre que acabo de conocer, ni siquiera me atrevo a mencionar la palabra amor,* pensé tras la separación. ¿Tendría mi abuela una receta para un corazón deshecho? La iba a necesitar o quedaría seca de extrañarlo tanto.

Aterrícé en Los Ángeles con más que escarcha en mi trasero a punto de derretirse, extrañaba al pobre de *Olaf*, al chocolate caliente, a la nieve y a mi leñador favorito.

Me fui a mi casa, atendí a mi madre con amor y no le conté sobre mi aventura amorosa en Manhattan. Jamás le ocultaba a mamá cuando me gustaba un chico y menos cuando comenzábamos a salir, pero esta vez era diferente, no podía siquiera mencionarlo sin disimular que estaba perdida. Cuando ya me iba a dormir, David me habló por *FaceTime* y casi el corazón se me escapa por la boca.

—¿Qué tal tu viaje, belleza? —me preguntó.

—Sin contratiempos. ¿Aún despierto? Para ti es tardísimo.

—Me entretuve haciendo planes. ¿Quería preguntarte qué fecha sería idónea para visitarte? No quiero ser inoportuno. —Sonreí al escucharlo.

—Jamás lo serías, puedes venir cuando quieras. Vivo con mis padres, pero puedo conseguir que te quedes con algún amigo, en el estudio de Cecilia, tal vez.

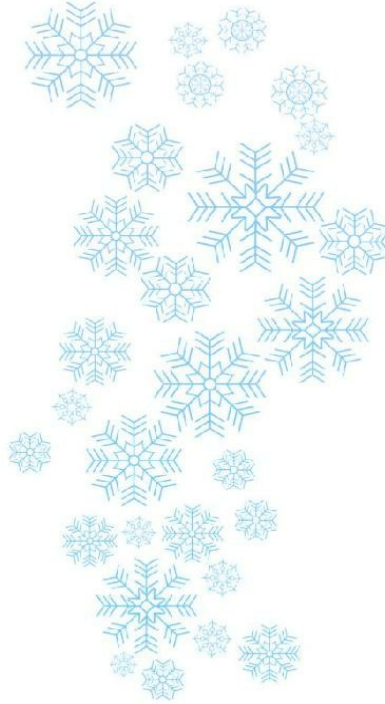
—¿Febrero te parece buen mes? Terminó algunos contratos y tendré más tiempo para dedicártelo. No querrás que me la pase pegado a la computadora. Quiero conocerte más y en tu medio será fascinante.

—Por supuesto —dije desilusionada. Pensé que no se estaba quemando en mi infierno, yo habría volado en enero a New York, pero no quise parecer desesperada.

Hablamos hasta las dos de la madrugada en mi horario local y nos

despedimos casi rendidos del sueño.

11



Los días pasaron entre los cuidados a mi madre lesionada, los quehaceres de la casa, mis confesiones a mi amiga sobre la razón que estaba perdiendo por el chico de Alaska y las grabaciones para el canal. Habíamos hecho varias cápsulas anunciando nuestro programa en vivo para recibir el Año Nuevo, modificamos los planes. Si mi madre no se hubiera caído, Cecilia hubiese emitido desde nuestro estudio, el nido *Top Secret* en Los Ángeles y yo desde *Times Square*, mientras la enorme bola luminosa bajaba.

Decidimos que a las siete de la tarde nos íbamos a conectar vía

YouNow enlazado a *Youtube* para comenzar a transmitir. Como ingrediente picante habíamos invitado a una escritora de novela erótica que no dudó en seguirnos la corriente. A las cinco llegué al nido, luego de desearles feliz Año Nuevo a mis padres y dejarle a mi madre, una de las primeras seguidoras del canal, el *iPad* listo para que se divirtiera con nuestro relajó. Al arribar al estudio, todo era una locura, me terminé de arreglar en un instante y le hice el pelo y el maquillaje a mi amiga antes que perdiera la paciencia con la plancha de cabello y el rizador de pestañas. A instantes de grabar, me dijo Cecilia:

—Te tengo una sorpresa, conseguí a alguien en Manhattan que transmitirá desde el Times Square.

—Sabes que odio salirme de lo planificado.

—Relájate, Ashley, es New York.

Percibí una arritmia en el corazón cuando escuché nombrar la ciudad. Cecilia sonrió con picardía y complicidad, de pronto mi estómago se tensó. *¡Dios mío! ¿Qué se trae esta loca? ¿Se habrá contactado con David o él con ella?* Yo le había comentado a David lo de la cápsula para despedir el año y a él le había parecido fenomenal. Recordé el sonido de su voz cuando hicimos aquel video en *Central Park* y él emitió la frase introductoria que usábamos al grabar. Sacudí la cabeza, no, no era imposible. Cecilia estaba completamente loca y David más que desquiciado, pero de ahí a que complotaran a mis espaldas para sorprenderme así, no lo creía, era mi deseo de que ocurriera que me tenía obnubilada. *¡David, David, David! ¿Qué me has hecho? No me decepciones y en febrero toma un avión y ven a verme, o terminaré por creer que el amor no es para mí,* grité para mis adentros.

Ya estábamos ante la cámara, con la invitada en su mejor momento, como tres parlanchinas sin callarnos ni para recargar las baterías. Cecilia había tomado en cuenta la diferencia de horario, así que diez minutos antes de que el año se acabara para los neoyorquinos, nos conectamos con Manhattan,

el chico salió en pantalla y comenzó hablar. Mi aliento se contuvo al constatar que la fantasía de mi mente, no era más que eso, una irrealdad. No era David. ¿Por qué lo sería? El aliado era un *youtuber* famoso de New York, no lo conocía, ni habíamos hecho ninguna colaboración, pero sabía de su canal y sobre su trabajo. Traté de animarme, despabilarme y ver la bola caer. En el momento más descontrolado se colaron en cámara Helen, Ericka, Wendy y Tom y formaron gran alboroto, esperé con el corazón acelerado, pero David no apareció.

Traté de enterrar mi nostalgia por el chico de la nieve entre la algarabía del estudio y de la transmisión del *Times Square*, mientras aguardábamos por nuestro final de año. Cecilia estaba hablando del amor, de la tradición de besar a las doce de la noche a esa persona especial, y yo quería matarla porque eso no estaba en el guion. Sentí la necesidad de restregarle que ella no era tan efusiva con su novio Eric, al que no besaría a las doce de la noche porque no estaba ni siquiera por los alrededores, pero como estábamos en vivo, guardé mis reproches para el detrás de cámaras.

Un mensaje llegó a mi celular por *WhatsApp*, era David, mi corazón bombeó acelerado:

Él: «Preciosa, quiero verte».

Yo: «Dave, ahora no puedo, estoy en vivo. Termino el programa y me conecto al FaceTime. Espero que no te duermas para entonces y si lo haces te hablo mañana a primera hora. ¿Estás solo? ¿Por qué no estás en Times Square con la parvada de falsos neoyorquinos?».

Él: «Quiero hablarte ahora, dicen que lo que haces el treinta y uno de diciembre a las doce de la noche marca lo que harás el resto del año».

Yo: «Pero, ¿cómo me conecto? No puedo dejar a Cecilia colgada

con el programa».

Él: «Insisto».

Yo: «Dave, dame unos minutos, resiste y no te duermas».

Él: «Imposible que cierre los ojos, me has robado el sueño, te estoy viendo en la computadora y te ves hermosa».

Yo: «¡Madre mía!, no hagas caso de los comentarios de algunos seguidores».

Él: «Sé por qué lo dices, veo que se deshacen en halagos hacia ti, no te preocupes, no soy celoso, puedo tolerarlo. Te estaré esperando a tus doce en punto».

Me recompuse de sus revelaciones, de su urgencia. El programa siguió adelante y fue angustiante, mi corazón estaba alterado por la ansiada llamada, solo podía imaginármelo delante de su ordenador, impaciente.

El reloj avanzó hasta la hora esperada, me apliqué cuando los confetis salieron disparados de la máquina con una explosión sonora que indicó que el año iba a terminar. En el estudio, Cecilia y la invitada empezaron a corear *¡Feliz Año Nuevo!*, mientras yo intentaba sonreírle a la cámara sin despegar los dedos del teclado de mi celular.

Yo: «Corazón, ¿eso quieres que hagamos el resto del año, que nos la pasemos como dos adolescentes mandándonos besitos en línea? Ya casi estoy contigo», le escribí.

Él: «No podré conformarme con eso», contestó.

Todas las cámaras se volvieron hacia mí y no entendí nada. ¿La frase de despedida estaba a mi cargo? Revisé mentalmente el guion. Quería desaparecerme, encerrarme en una habitación y conectarme por *FaceTime* como una adolescente enamorada, con el hombre que hizo que mi corazón explotara con la misma intensidad que el confeti. No tenía cabeza para despedir el canal.

David entró a la sala mientras la cámara me seguía y Cecilia hablaba del amor. Mi frase de despedida del programa se me quedó atorada en la garganta. Le perdí la pista a la loca de mi amiga, ya sabía que ambos estaban coludidos. Miré a David y recordé que me había dicho que estaba muy divertido haciendo planes. Venía irresistiblemente sensual, con una camisa y chaqueta gris, pantalón de mezclilla, que dejaba en evidencia el largo y la firmeza de sus piernas, con un pañuelo azul marino anudado al cuello, el que desató de inmediato para dejarme ver el dije de Los Ángeles. Corrí a sus brazos y me alzó al tenerme cerca. Los días sin él habían sido desastrosos. ¿Es posible sentirte así con alguien a quien apenas conoces?

—No quiero pasarme el resto del año hablando contigo por *Internet*, lo que quiero hacerte no se siente tan rico si lo hacemos a distancia —me dijo directamente a la oreja y me sonrojé. Su voz grave me hizo temblar entre sus brazos.

Se apoderó de mi boca y me abrigó con todo su cuerpo, sentir de nuevo sus pectorales sobre mi pecho terminó por erizarme la piel.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —pregunté deseando que fueran semanas.

—Eso depende de muchas cosas, de si funciona, de si nos soportamos, de si no nos aburrimos de hacernos el amor —mencionó y me derretí por completo, otro en su lugar habría dicho tener sexo—. Sabes que no me gusta hacer planes.

—¿Ahora resulta?

Miré hacia la cámara, me cercioré de que ya no nos enfocaba. Cecilia cerró el programa sin mí, agradecí por ello, más cuando todos se dispusieron a marcharse.

—Pueden quedarse en el estudio. Mi novio y mi familia me esperan, no van a terminar la fiesta sin mí —dijo mi amiga.

—No es necesario —dijo David—, pensaba secuestrar a Ashley y llevarla a mi hotel.

—No creo que lleguen tan lejos. Como deseen, no regresaré hasta el tres de enero, así que el nidito de amor es todo para ustedes. Diviértanse.

Cecilia se fue con una sonrisa y yo le dije a David sin dejar de abrazarlo.

—No te gusta hacer planes, pero bien que te confabulaste con mi amiga para sorprenderme.

—Y con tu hermana.

—Estás temblando.

—Estoy muy emocionado. Esto parece una locura, es una locura.

—¿Ya cenaste?

—No he comido nada —reveló.

—Prepararé algo, tenemos menú de nochevieja.

—Te ayudo. No tiemblo por hambre, estoy nervioso. Venir sin decirte no fue sencillo, quería ser romántico y sorprenderte, pero también me atacaba la duda de que te espantaras y me mandarás de regreso. ¿Crees que vamos muy rápido?

—Te arriesgaste y me has hecho feliz, estuve tentada de tomar un avión a tu encuentro, ya no podía más sin estar contigo.

—¿Estás segura?

Nos besamos y terminamos por olvidar la comida, lo arrastré a la habitación y lo empujé coqueta sobre el colchón.

—Esto, señor Alaska, es una cama.

—¿Por qué lo dices? —preguntó divertido.

—¿Te olvidas que lo hicimos en el sofá, sobre el piso, en la bañera, en medio del salón y contra la pared? Terminé con la espalda destrozada.

—No niegues que el sofá fue tu lugar preferido, pude notarlo.

—En eso te equivocas, no podría asegurar cuál fue mi sitio favorito. Todos recibieron similar puntuación.

—El piso, quisquillosa, tenía unas suaves mantas. La bañera tenía una temperatura deliciosa. En el centro de la sala te sostuve todo el tiempo, me ofenderé si insinúas que mis brazos no te dieron comodidad. ¡Y la pared! No te escuché quejarte de su dureza en ese momento, por el contrario, parecías disfrutarla.

Me lancé a sus brazos, el deseo me desbordaba y quería borrar la ausencia de sus manos sobre mi cuerpo los escasos días que nos habíamos distanciado. Sus ojos reflejaban la misma necesidad. Nos perdimos en nuestro apetito. No sé en qué momento David se me hizo adictivo, sus grandes manos abarcando terreno sobre mi piel, su mirada demandante, su energía vital escapándose por cada poro. A medio vestir, sus ojos juguetones me invitaron a recorrer la desnudez parcial de su cuerpo, la mitad de sus pectorales me dieron la bienvenida, pero no pude contentarme con tenerlo a medias. Decidí tomar la iniciativa y comenzar a desabotonarle la parte baja de la camisa, pasarle con prisas las mangas por sus hombros para liberarlo de ella, seguidamente me enfrasqué en desenfundarlo de los pantalones que presionaban sin clemencia su potente erección, mientras sus largas y fuertes piernas quedaban ante mis ojos, las que envolvieron las mías. Y a la par que lo dejaba como Dios lo trajo al mundo, para disfrutarlo completo, él se deshacía de mis ropas, con el mismo desenfreno.

Me dejé vencer por la sensación placentera que sus cálidos labios me ofrecían al reencontrarse con cada recoveco de mi cuerpo, su calor corporal era mío de nuevo y eso me volvía posesiva. Sucedió tal como la última vez, estábamos tan necesitados que corrimos en picada en busca de lo único que podía calmarnos, él uno al otro. David ponía mi mundo de cabeza con su mera presencia y mientras me apartaba las piernas para colarse con urgencia en mi

interior, lo escuché gemir mientras se enterraba hasta alcanzar la mayor profundidad.

—Como te extrañé, preciosa. No podías escaparte después de todas las fantasías que tejió mi mente al saber que íbamos a estar solos en aquel apartamento —me susurró al oído.

La química entre nosotros, su pícara mirada mientras me empotraba sin nada de delicadeza contra el mullido colchón hizo que se me colara dentro el anhelo de poseerlo para siempre. Lo necesitaba mío, solo mío. Siguió empujando dentro y yo solo le pedía:

—Más, necesito más.

—Y yo quiero complacerte, pequeña —me aseguró y pude ver en su semblante la convicción de llevarme a la luna.

—Así, no te pares. Sigue —dije empujándome contra su pelvis.

Cuando estábamos así, tan cerca que nuestras chispas encendían una hoguera, éramos uno solo. Sus deliciosas y fuertes embestidas me adherían a sus caderas y mis movimientos sincronizados a los suyos, nos volvían un solo cuerpo, sin límites entre piel y piel. Estaba tan sensible y mis entrañas tan necesitadas de su afecto que fue solo introducirse en mi canal y comenzar a sentirlo, me solté por completo, me sobrevino el primer orgasmo y aunque fue repentino, él no pudo disimular su sonrisa y la excitación que le producía tener ese efecto devastador en mí. Apretó sus caderas contra las mías y sujetó con sus fuertes manos mi trasero para conducirme a la gloria, embate tras embate, no me recuperaba del primer espasmo y me sobrevino otro orgasmo más potente que el primero.

Entonces lo supe, este hombre no había volado solamente para hacerme suya hasta dejarme abatida de placer, él deseaba más, quería poseerme para siempre y yo solo podía preguntarme, si ese furor era auténtico. ¿Cómo era posible que nos enamoráramos como dos adolescentes tan perdida e

irracionalmente?

—Mírame a los ojos —me pidió y dejé de reflexionar en lo que nos unía.

Su rostro empapó mis sentidos, sus tintados labios por el esfuerzo, el rubor que por el brío se apoderaba de sus mejillas y las atractivas hendiduras de las mismas, justo en el centro, que se pronunciaban más con cada gesto de placer que desfilaba por su cara. Ahí lo supe, yo tampoco quería que viniera para regalarme los mejores orgasmos que había tenido en mi vida, no quería perderlo, lo codiciaba para siempre.

—No hago otra cosa que mirarte —le susurré con un hilo de voz.

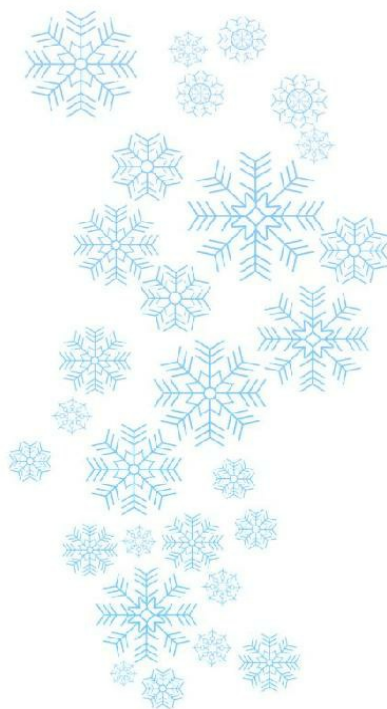
—Estoy listo para dejarme ir. ¿Y tú?

—Solo estaba esperándote. Estoy a punto —gemí.

—Quiero dejarte vacía, ahora dámelo todo. Tú puedes, nena.

Sus movimientos descontrolados y certeros me sumieron dentro de un profundo pozo en el que solo podía caer. Sus palabras me excitaron todavía más. También deseaba a rabiar que llegáramos juntos al final. Acerqué nuestros rostros y mirando el placer al centro de las pupilas me rendí por completo a las pulsaciones que emitió mi vientre que resonaron hasta mis costillas. Los músculos que recubrían mi intimidad, sacudidos por espasmos frenéticos y deliciosos como resultado de un enérgico clímax, aprisionaron su virilidad con fuerza, para reclamarle hasta la última gota de su simiente. Nos conducimos a la locura. David se abandonó en una caliente explosión que me inundó por completo. Nos liberamos juntos hasta quedar enteramente saciados.

12



Quince de enero y estábamos enfrascados en encontrar la fórmula para potenciar el canal. Lo había tentado y él había sucumbido, sin mucho esfuerzo de mi parte, para que pospusiera su regreso. Nos habíamos vuelto adictos a estar juntos a todas horas, de día, de noche, en el nido, en su hotel, donde nos sorprendiera la jornada. Y mientras hacíamos planes a futuro e intentaba persuadirlo para que abandonara sus intenciones de establecerse en New York, le servía de guía turística para que se enamorara de las bondades de nuestra ciudad y cada instante se convencía

más.

Estábamos felices en la pequeña sala del nido, como le llamábamos al estudio de mi amiga, donde grabábamos. Mientras Cecilia iba por los cafés y su chihuahua se arremolinaba en el regazo de David, él me preguntaba:

—¿Qué haremos mañana?

—Tenemos la cita de trabajo con el chico experto en redes que nos vas a presentar —le recordé.

—Eso no nos llevará ni una hora, será muy temprano. Me gustaría visitar alguna de las pistas de esquí y *snowboard* que hay cerca.

—Ni lo sueñes. ¿Qué apego le tienes a la nieve? ¿No saliste huyendo de Alaska por ese motivo?

—Sabes que no, tal vez una pequeña quisquillosa que repele el frío me hizo abandonar mi plácida vida.

—Tonto, ni me conocías entonces. Reconoce que extrañas tener el trasero escarchado —le dije y sonriendo le clavé los ojos, me gustaba demasiado y no podía quitarle la vista de encima.

—¡Vamos! ¡Será divertido! —me instó lanzándome una mirada sensual.

—Ni siquiera sé por qué me lo estoy pensando —admití presa de su fuerza magnética—. ¿No has visto las noticias? Podría ser peligroso, ha caído la mayor cantidad de nieve de la historia para estas fechas.

—Sí, más de trescientos toneladas lo que supone más diversión y lo que falta, aún estamos en enero. Hay tanta nieve que incluso están pensando hacer una avalancha programada para deshacerse del exceso, tenemos que ir antes, será un desperdicio. Cada invierno caen más de cuatrocientas toneladas de nieve, creo que este será apoteósico.

—¿Pretendes que la nieve vuelva a metérseme por lugares donde ni siquiera me da el sol?

—Lo pretendo y mucho. Imagínanos ahí, solos rodeados de ese

inmenso y deslumbrante paisaje cubierto de nieve, los picos empinados, el cielo azul sobre nuestras cabezas.

—Y un frío de los mil demonios. ¡No! Ni lo sueñes.

—No me iré sin disfrutar esa experiencia, me tocará buscar a alguien que me acompañe. —Le lancé una mirada insultante—. No me refiero a compañía femenina. Tal vez invite a Peter, hace tiempo que no nos vemos.

—Es increíble que de todas las mujeres del planeta vengas a enredarte con una que detesta todo lo que sea frío y pegajoso. ¡Eso es mala suerte!

—Sé que terminarás por amar la nieve, algún día te llevaré a Alaska y estoy seguro que cambiarás de opinión. Ahora vamos a trabajar. Ashley, necesito que estés muy atenta a mi explicación.

Mi amiga llegó con los cafés y se sentó en uno de los mullidos sillones alrededor de una amplia mesa redonda llena de equipos electrónicos, velas aromáticas e incienso. Su mini perra abandonó la comodidad de las piernas de David y fue a apoltronarse sobre su propietaria. Me sentí como la última opción para ese diminuto saco de pulgas que, recién conocía a David y, me enviaba al último lugar de la lista de opciones favoritas para reclinarse.

David nos daba recomendaciones para llegar a más gente mediante las redes sociales, Cecilia y yo lo escuchábamos con atención y tomábamos notas. Más que en sus palabras me concentraba en su espalda ancha, en cómo se marcaban los músculos de sus piernas bajo la mezclilla de sus vaqueros ajustados, en cómo la firmeza de sus pectorales y su abdomen se estampaba contra la tela según el movimiento de su camisa. El dueño de mis miradas notó lo que estaba haciendo, que yo estaba perdida, hizo un mohín con los labios y me reprendió con la mirada para que me enfocara en su explicación. Solo se ponía serio cuando le salía el lado de experto en hacer florecer los negocios.

Me encantaba verlo así, emocionado con el proyecto que para mí era tan importante. Dejé la agenda y el bolígrafo sobre la mesa de centro, lo asalté

sin previo aviso, sentándome sobre sus piernas y tomándole las mejillas entre mis manos para darle un beso sonoro sobre los labios. No podía disimularlo, que su estadía se extendiera porque estábamos «trabajando juntos para profesionalizar el canal», me tenía fascinada. Él sonrió por mi exitosa emboscada. Besé los hoyuelos de su sonrisa y lo miré a los ojos extasiada.

—*Hey*, búsquense una habitación —nos gritó Cecilia lanzándonos un cojín.

—Tú calla, te confabulaste con él a mis espaldas para que viniera, ahora tendrás que aguantarlo, más si terminamos por contratarlo —le dije.

—Con ustedes no se puede trabajar, parecen dos animales en celo —me contestó poniendo los ojos en blanco—. Creo que necesitan encerrarse un tiempo a solas entre cuatro paredes hasta que se les quite la novedad. Solo tienen cabeza para el sexo. ¡Qué envidia me dan! Son unos malditos suertudos. Me iré unos días hasta que se calmen. Me avisan cuando deseen avanzar en serio. Ahora me largo, amiga, al final creo que el interés de David en el canal es una treta para seguir adorando tus carnes —bromeó Cecilia.

—Tranquila, Cecilia, tenemos que avanzar —Dave trató de poner un poco de orden—, que en una semana tengo que viajar y tardaré en regresar y hay mucho de qué encargarse. Debemos dejar los procedimientos listos hoy, ya hemos trabajado demasiado en ellos. Mañana tenemos la cita con mi amigo Peter, necesitan el apoyo de alguien experto en informática y redes. Así como estamos, no tendremos qué presentarle. Vamos a enfocarnos los tres —dijo con voz seria, y a escondidas de mi amiga me lanzó un beso cómplice y me incitó a portarme madura.

—Entonces dejen de besarse y apretujarse como si no existiera. Exijo decencia en horas laborales —reclamó Cecilia.

—Nos comportaremos, deja de quejarte —admití devolviéndole el cojín.

—Los veo así tan acaramelados y no lo puedo creer, que acertada Helen. ¡Por Dios! Tendremos que abrir una cerveza y hacer un brindis por tu bendita hermana, es el mejor Cupido que he conocido —me dijo Cecilia con picardía, pero no pude compartir la emoción. Mi cerebro solo escuchó «Cupido» y buscó el dato que le había pasado desapercibido.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Cupido? —pregunté y me puse de pie para interrogarla, nos enfrentamos en un diálogo entre las dos, mientras David nos observaba sin atreverse a interrumpirnos, como si se sintiera impotente ante una avalancha.

—¿Helen no te dijo nada?

—¿Qué tendría que decirme? —inquirí.

—¡Diablos! Creo que metí la pata. Acabo de echar de cabeza a Helen, no me lo perdonará.

—¡Habla de una vez! Estoy harta de tus jueguitos.

—Mejor pregúntale a tu hermana.

—Por supuesto que terminando contigo le hablaré de inmediato, pero ahora dime lo que sabes.

—Helen te invitó para Navidad con la idea de que David y tú se conocieran.

—¿Por qué mi hermana haría eso? ¿Y por qué te contó sus planes dejándome completamente de lado?

—Ash, solo sé que Helen conocía a David y cuando él llegó a New York y convivieron, le pareció bueno para ti, los dos estaban solos. Me habló para pedirme mi opinión y hacerme varias preguntas. ¿Como si eran ideas de ella o en verdad era tu tipo? ¿Si seguías sin salir con otro chico? ¿Si tu ex no te había vuelto a buscar? Respondí a sus interrogantes, me pareció buena idea que lo conocieras.

—¡Calla! ¡Esto es algo que Helen tendrá que explicarme ya!

Cogí el teléfono entre mis manos y antes de llamarla, David me detuvo. Tomó el móvil de mis manos y lo colocó sobre la mesa de centro.

—¡Cálmate! —me rogó—. ¿Por qué de pronto tan exaltada? ¿Tan terrible es que tu hermana nos quisiera presentar? Que yo sepa estamos bien juntos, no fue una idea tan desatinada después de todo. ¿Por qué te enojas?

—¿Lo sabías? —averigüé desconcertada.

—Escuché a Helen y a Wendy hablar sobre eso, estaban entusiasmadas.

—¿Y cómo reaccionaste?

—Me mostré interesado, tu hermana llevaba un tiempo mandándome fotografías tuyas. Me parecías linda.

—Y por supuesto te encantó la idea de que estuviera disponible. ¡Patético!

—¡Nena, relájate! —dijo y detesté el sonido autoritario de su voz—. ¿No estás contenta con el resultado?

—Ahora mismo hablaré con mi hermana —resolví—, no me parece que se entrometa en mi vida de esa manera. No es el hecho de que nos hayan presentado, eso no tiene nada de malo, es que detesto ser la última en enterarme. Con razón te lanzaste a la primera en New York, Helen se encargó de hacerme parecer una tonta desesperada que no puede conseguirse un hombre por su cuenta.

—¡Diablos! ¿Qué tiene de malo que también me gustaras?

—Me hicieron parecer un polvo fácil para ti.

—Créeme que tampoco me iba a ir a la cama con una chica que no me llenara en todos los aspectos. El hecho de que sea hombre no significa que me voy a tirar a la hermana de quien sea o a cualquier mujercita que se me plante delante por necesitada que esté.

—A lo mejor no estaba tan mal sola, después de todo.

—¡Carajo! ¡Créeme, me impresionaste! ¡Eres especial!

Mi amiga también estaba desconcertada presenciando la pelea.

—Chicos, lo siento. Se veían tan lindos juntos que me emocioné y hablé más de lo que debía —intervino Cecilia.

—¿Más de lo que debías? Somos amigas, nunca hemos tenido secretos —le reclamé porque jamás me habría guardado algo así.

—Lo siento, Ash, solo quería verte feliz. Perdóname por conspirar a tus espaldas, aunque haya sido por una aparente buena razón, no debí entrometerme. Ahora me voy, creo que ustedes necesitan hablar y ya no tengo cabeza para los procedimientos, ni para nada. Nos vemos mañana.

Cuando nos quedamos solos, David me tomó las manos temblorosas entre las suyas.

—¿Qué importa más? ¿Cómo nos conocimos o que ahora estamos juntos? —me susurró.

—No lo sé, Dave. No me gustan las mentiras, ya una vez salí herida por confiar en un mentiroso.

—No culpes a tu hermana, ni siquiera a la mía. Ellas actuaron con buena intención. Dirige tu ira contra mí, soy el único que la merece. Un día me llegó a través de Wendy la promoción de uno de tus videos, quedé impactado por tu espontaneidad. Me dije: «¡Qué linda la hermanita de Helen, es un bombón!». Me volví adicto. Helen y Wendy solo querían ayudarme, tu hermana supo por la mía que llevaba meses como un tonto viendo tu programa de *Youtube* y que me desvivía en halagos hacia ti. Sí, me enamoré como un tonto a través de la pantalla. Solo quería conocerte y hacerte mía. —Sus palabras hicieron que un escalofrío me recorriera entera—. Desde la primera vez que te vi me quedé hechizado por tu belleza, tu gracia natural, tus ocurrencias, todo me gustaba. De haberme tropezado con uno de tus vídeos en la red no sé si me hubiera esforzado por conocerte, pero eras la hermana de Helen, y yo me moría por tenerte en frente para averiguar si en verdad eras tan linda, graciosa

y avispada. Superaste mis expectativas, tu sonrisa es aún más cautivante, tu mirada más intensa, tu pelo más sedoso.

Escuché su revelación hasta el final sin interrumpirlo. Nada fue fortuito, no nos puso el destino frente a frente, fue David quien movió los hilos. Fue él desde el principio, jugaba con ventaja, por eso se desvivía para que cada cita, cada velada y cada detalle fueran increíblemente perfectos. La magia se rompió como el estrepitoso ruido de un cristal al precipitarse sobre el despiadado piso.

—¿El viaje de todos a Chicago tampoco fue casualidad? ¿La idea de los bailarines era dejarnos solos para que me sedujeras, me llevaras a la cama y satisficieras tus bajos instintos?

—¿Bajos instintos? Mi deseo es genuino, ahora que te conozco puedo decir que eres perfecta para mí, estoy enganchado a esa cabecita loca que se hace telarañas innecesarias y que ve monstruos donde solo hay un hombre sorprendido, impactado por tu sensualidad, uno que puede llegar a quererte con su vida. Lo siento, tú puedes ser mi gran amor, si seguimos con este intento de relación. Ashley, no habría venido hasta aquí por un tonto capricho, no he querido otra cosa que conocer en verdad quién eres.

—Tal vez si me sigues conociendo te decepcionarás, no soy la chica de tus expectativas, no soy tan segura todo el tiempo, ni tan fantástica.

—Te equivocas, eres perfecta para mí, eres fuerte, valiente y decidida.

—Sé honesto. ¿Planearon dejarnos solos en el departamento para que te metieras en mi cama? —Acompañé mi acusación de una mirada lacerante.

—No, íbamos a pasar todos juntos la Navidad, como amigos. Recuerda la lista de compras para la celebración, ellos en verdad pretendían convivir con nosotros. Ese viaje no fue planeado.

—¿Planeado? ¿Planes? Esa palabra ya la he oído demasiado de tus labios. Premeditaste nuestro encuentro, le robaste la magia.

—¿La magia? La magia es lo que nos une, lo que sentimos tú y yo.

—¿Por qué no fuiste sincero conmigo?

—Estuve tentado de hacerlo en varias ocasiones, pero eras un poco dura conmigo, temía que sigieras poniendo barreras entre nosotros.

—¿Barreras? —Me encolericé—. Fue verte y quedar prendada de ti, me cautivaste desde el primer instante, pero solo quería a alguien que me ofreciera respeto, sinceridad, algo sólido. ¿Por qué no decir la verdad desde el principio? ¿O al menos después de la primera vez que te entregué mi cuerpo?

—Me resultaba difícil abordarte con tantas reglas implícitas y no vi nada malo en omitir ese hecho, pero no quiero que estemos enojados, te pido perdón.

—Tuviste tantas oportunidades de hablar, si lo hubieses hecho quizá te habría disculpado.

—¿Quizás?

—He aprendido a la mala que nunca se debe perdonar un engaño por pequeño que sea.

—¡Nena, lo siento! —exclamó angustiado—. Aún vivía en Alaska cuando Wendy me contó sobre tu existencia. Tu hermana no cesaba de hablar de ti, de tu bendito canal y por alguna extraña razón Wendy se contagió con ella. Fue verte y quedar impresionado. ¿Habrías viajado a New York de saber que había un hombre que deseaba conocerte?

—No lo sé, David. Tal vez sí.

—No, eso nunca lo sabremos.

—Creo que yo tampoco tengo cabeza para los procedimientos para el canal, ni para pensar en nosotros. ¿Qué tal si nos tomamos un descanso? Creo que debes viajar, nos vendrá bien dejar que transcurra un tiempo para que ordenemos nuestras ideas.

—¿Tan grave es la situación? Estoy dispuesto a pedirte disculpas de todas las maneras posibles por quedar como idiota babeando por ti y por haberme confabulado con Wendy y Helen para hacerte volar a New York.

—Deja el sarcasmo, no todo es un juego, en verdad los días a tu lado han sido hermosos, pero hubiese preferido saber.

—Quiero arreglarlo, por favor, déjame componerlo.

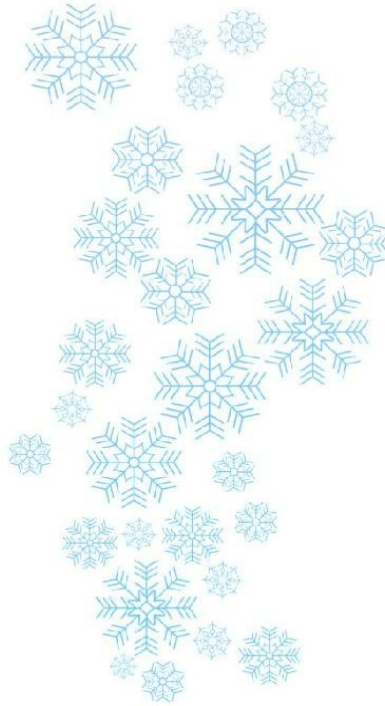
—Necesito un tiempo, hemos ido demasiado rápido, en verdad no sé quién demonios eres.

—Soy un libro abierto para ti, puedes buscar lo que sea, no hay más secretos en mi vida, soy totalmente transparente.

—Quiero estar sola.

—Como desees, princesa. Me quedaré a esperarte en mi hotel hasta el día de mi vuelo. Si quieres que me dé por vencido y que no luche por salvar nuestra relación, no me busques, no vengas y daré lo que tenemos por terminado.

13



Cuando abandonó el estudio sentí que el alma se me rompió de forma definitiva.

Llamé a Cecilia a su móvil y le rogué que viniera a animarme, ni siquiera le reclamé por sus omisiones, no podía pelearme con todo el mundo, necesitaba un hombro en el que apoyarme y era quien me conocía mejor. Siempre estábamos para rescatarnos en los peores momentos.

—¿Qué hiciste qué? —me abordó Cecilia cuando le relaté con lágrimas en los ojos que le había pedido un tiempo a ese hombre que se había

llevado lo mejor de mí.

—Necesito pensar.

—¿Pensar qué? David es increíble, ha volado desde New York solo para verte. ¡Y le has dicho que se vaya a su hotel! Me siento tan apenada con él, yo abrí la boca y destapé la Caja de Pandora. Es lindo por dentro y por fuera, es exitoso. ¿Qué tiene de malo que te haya conocido a través de la red y que haya deseado conocerte?

—Lo nuestro ha sido muy precipitado.

—A veces así es el amor, no conocemos sus derroteros. ¿Y si es el indicado? ¿Y si le estás cerrando las puertas? No hay otro camino para comprobar si es tu hombre que continuar conociéndolo, de no funcionar siempre lo pueden dejar.

—Creo que eso estoy haciendo.

—¿Y si ya estás decidida por qué lloras? —me confrontó.

—Es que no entiendo porque en menos de un mes me siento así, como arrastrada por una pasión irracional —expresé y mis lágrimas se desbordaron en una lluvia torrencial.

—Hay mucha atracción entre ustedes. Jamás he tenido algo así con mi novio, tan fulminante. Ustedes tienen esa deliciosa complicidad que deja sin aliento a los que están a su alrededor, que se antoja. Amiga, yo quisiera un hombre así para mí, que me mire como si fuera la única mujer en el planeta, uno que yo vea y me ilumine por dentro. No desperdicies tu suerte.

—Ustedes llevan años, es diferente, de seguro al inicio la química era fuerte.

—No, esa complicidad no la tenemos y esa atracción contundente no la sentí jamás, ni al principio, ni después. Tal vez me he conformado con menos de lo que en verdad necesito y deba revisar mis expectativas.

—Me he entregado a un hombre salido de la nada.

—Solo quiere conocerte e ir profundizando lentamente por si lo que tienen puede convertirse con el tiempo en algo más sólido.

—Es un extraño y he dormido con él.

—No seas paranoica. No es un completo desconocido. Wendy es una de las mejores amigas de tu hermana, Helen no te dejaría aventurarte con un extraño, ni conspiraría con él para que te sedujera. No lo compares con tu ex y sus engaños, ese malnacido no tiene nada que ver con Dave.

—Hablaré con Helen, quiero escuchar su versión.

—Me parece sensato. Hazlo. Tal vez estás siendo injusta con Dave. Ha venido para verte, no para encerrarse en un hotel a esperar que se te pase la rabieta de turno. ¡Reacciona, por Dios!

Y aunque sus palabras me sacudieran por dentro, adoraba su sinceridad. No sé por qué no llamé a mi hermana de inmediato, quería aplacar las partículas de ansiedad que aún me poseían. Me dormí aquella noche agazapada a mi almohada y recordé cada una de las reglas de mi abuelita, las que había transgredido por culpa del irresistible leñador caliente. No pude dormir aquella noche y a la mañana siguiente mis parpados amanecieron hinchados por el insomnio. No me escapé del interrogatorio de la señora Rice, me conocía demasiado como para obviar que mi cabeza era un hervidero.

—¿Qué pasa, hija? ¿Hasta cuándo me ibas a ocultar que hay alguien en tu vida?

—¿De qué hablas, mamá? —Puse en marcha la estrategia número uno, hacerme la desentendida. Comencé a preparar sus medicamentos para el dolor, aunque insistiera que ya no los necesitaba.

—No me puedes negar que estás enamorada, llevas unos días que me ayudas a toda prisa para salir a perderte por horas.

—He tenido mucho trabajo en el canal —insistí.

—¿Y los vestidos bonitos, las salidas constantes? Y no pregunto por la

hora de regreso, no me pasa desapercibido que prefieres quedarte en el estudio de tu amiga cuando vas a trasnochar.

—Mamá, soy mayor de edad.

—Sabía que eso ibas a decirme. ¿Y el brillo en tu mirada, tu inapetencia, las mariposas que vuelan en tu estómago y que se escapan a través de tu mirada también me las he inventado?

—Hay algo, pero tal vez esté terminado —*¡Mierda!* Terminé por reconocerlo. Creo que la estrategia número dos de restarle importancia también iba a fracasar. Mi madre abrió desmesuradamente los ojos y se reacomodó en el asiento. Me preparé para la parte intensa del interrogatorio.

—¿Qué hizo para decepcionarte? Porque estabas muy entusiasmada y de pronto tu carita de tristeza hace que se me apriete el corazón. ¿No funcionó? ¿Ya no me tienes confianza?

—No es eso, mami. A veces simplemente no sale bien.

—¿Quién es?

—Es el hermano de Wendy —*¡Oops!* ¿Por qué lo dije?

—¿Qué Wendy? —Sus ojos se abrieron todavía más.

—La amiga de Helen.

—¿La de New York? —Casi da un brinco de la mullida butaca.

—En realidad de Alaska, aunque lleva varios años residiendo en New York por trabajo.

—Pero, ¿cómo quedaste con ese chico? ¿Es de Alaska, es de New York? Estuviste solo unos días por allá.

Me llevé las manos a la cabeza, sí, mi madre ya se había percatado que era una locura y ella era experta en tocarme y hacerme hablar como un loro.

—Él está en Los Ángeles —solté y casi me corto la lengua.

—¿Aquí? ¿Vino por trabajo?

—Vino a verme.

—¿Y por qué no lo has traído a la casa? Es el hermano de Wendy y tu hermana habla maravillas de esa muchacha. Se llevará una mala impresión de nosotros, recuerda que somos muy hospitalarios.

—Mami, ¿te acuerdas de los consejos de abuela?

—Hija, ¿a qué viene esa pregunta? ¿No me digas que en verdad le has hecho caso?

—Los he transgredido todos y ahora me reprocho a mí misma por haberme saboteado si lo mío con Dave no funciona.

—¿Se llama David? —Asentí y mi madre sonrió. Me pidió que me acercara y me acarició la cabeza.

—¿En realidad crees que sus reglas funcionen?

—Tal vez en la época de tu abuelita y ni creas, es difícil apegarse a esos estatutos tan restrictivos cuando las hormonas convierten nuestra cabeza en un hervidero. ¿Entonces lo conoces hace unos días y transgrediste todos los consejos de tu abuela? ¿Incluso el tres? —preguntó frunciendo el entrecejo, no a modo de reproche y sí agobiada por el exceso de información.

—Sobre todo el tres.

—El hombre debe estar más enamorado que la mujer para que funcione. El arma secreta para dejarlos babeando por ti es ignorarlos al principio. Darse a desear, pero nunca a probar y jamás sucumbir a sus encantos o dejarlos saciar su hambre hasta después de la boda. —Mi madre los trajo a colación y repitió mis palabras—: Sobre todo el tres. ¿Y ha valido la pena?

—No podría dar marcha atrás, aunque quisiera. Dave es encantador.

—¿Y qué ha salido mal?

—Pensé que nuestro encuentro en New York había sido fortuito, creía que era el destino que estuviéramos juntos. Luego se perdió la magia cuando supe que en verdad coincidir fue premeditado, él me conoció gracias a Helen

y a Wendy que le mandaron el enlace a uno de mis vídeos, dice que quedó impresionado. Al final todos conspiraron para que nos conociéramos, pero la única que creía que éramos resultado del azar era yo.

—¿Y el azar es más bonito que el hecho de reconocer que un hombre al que en verdad le gustas ha movido cielo y montañas para pararse frente a ti a pedirte una oportunidad?

—¡Mami! ¿No me digas que igual estás de su parte?

—Por supuesto que no, siempre estaré de tu lado, pero lo que ha hecho se me hace romántico, arriesgado.

—Es un poco loco creer que amas a una chica que conociste a través de una pantalla.

—Ese es uno de los riesgos de pararte frente a una cámara, estoy segura que habrá otros corazones por ahí suspirando por ti.

—Eso no es amor, te creas expectativas de una persona que no son reales. Es inmaduro dejar todo y correr tras una mujer que ni conoces bien. ¿Y si fuera feo o desagradable para mí, o simplemente sí, aunque tuviera buena apariencia no me resultara atractivo? Me habría resultado incómoda su insistencia.

—Nena, ¿qué hice para que fueras tan sensata? Todavía creo que no me las merezco, ni a ti ni a Helen. Una relación es cosa de dos y por como te veo no creo que el tal David te sea indiferente. Obvio que tendrás por ahí algunos fanáticos y que la mayoría no despertarán tus bajas pasiones. ¿Si el chico de Alaska te gusta y te hace sentir que es el único que puede llevarte al cielo con los pies en la tierra solo con una mirada, deberías replantearte si vale la pena?

—Es muy guapo, encantador y cada vez que abre la boca consigue robarme una carcajada o sacar lo peor de mí, a veces es bastante insistente. Me enseñó a patinar, cocina increíble y le fascina hacerlo. Me ha sorprendido con un montón de detalles que se quedarán para siempre en mi memoria,

aunque hayan sido fríamente calculados.

—¿Y eso qué tiene de malo? Ya quisiera yo que tu padre fuera más detallista, y nunca lo ha sido, ni siquiera cuando se propuso conquistarme. Claro que no necesitó mucho esfuerzo, fue conocerlo y saber que no habría otro como él.

—Nunca deja de sorprenderme.

—¿Te respeta?

—Sí.

—¿Está enamorado?

—Es muy pronto para hablar de amor, pero no puede disimular que está loco por mí. Incluso a veces no sé quién ha perdido más la cabeza por el otro, así que el punto uno de los consejos de la abuela se vuelve confuso. Creo que nos gustamos en la misma medida.

Mi madre sonrió.

—¿Alguna foto?

Le mostré algunas donde estábamos juntos que tenía archivadas en la memoria del móvil, mi madre hizo aquellos gestos que conocía bien, que me indicaban sin palabras que la apariencia de David le había agradado.

—¡Jesús! ¡Es soberbio! ¡Me deja sin palabras!

—Lo sé, suele tener ese efecto en las mujeres.

—Parece escandinavo, tiene unos rasgos muy varoniles y seductores.

—Es por sus abuelos, llegaron hace años a Alaska y allí se asentaron.

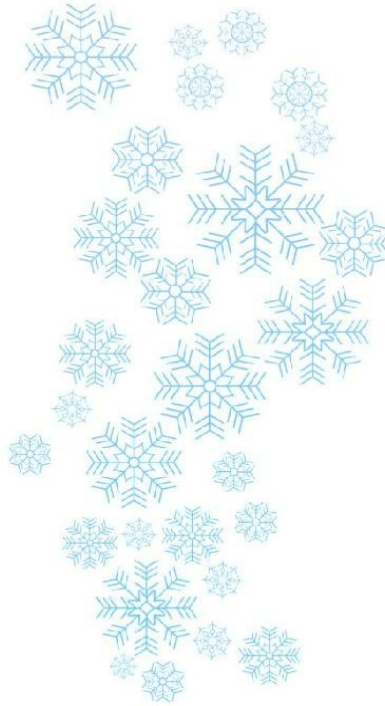
—Es bello, no sé por qué te lo piensas. Es como tener tu propio dios nórdico.

—¡Mamá! —Ya la había perdido, era el yerno que quería e iría por él.

—Tiene unos hoyuelos encantadores y te mira como si te fuera a cuidar por siempre. Y es soberbio, en eso no te quito la razón. No sé qué haces aquí y no corriendo a su lado —me susurró.

—Tienes razón, soy una idiota. Tenemos una cita de trabajo en un *Starbucks*, hoy nos presentará a un informático, por lo que sé no se ha cancelado, así que me prepararé a toda prisa. Tal vez si nos encontramos en un terreno neutral, podamos hablar sin tanta presión.

 Mi madre se alzó de hombros para no influir más en mis decisiones y me dejó partir.



Me vestí a toda
prisa, tomé
unos
vaqueros

desgastados que me quedaban ceñidos como guantes, una camisa blanca de algodón de mangas largas, un blazer gris y solo me puse en el rostro bloqueador solar, un polvo translucido, labial borgoña, máscara de pestañas y salí literalmente corriendo. Tomé el auto y conduje a más velocidad que la habitual. Mientras me acercaba a la cafetería que quedaba a una cuadra del sitio donde se estaba hospedando David, mi corazón se apretó y mi garganta

comenzó a temblar. Unos pitidos provenientes de mi móvil me desconcentraron, el maldito tono del *WhatsApp*, no tenía tiempo para ello, así que no lo revisé. Lo haría al llegar.

Arribé, me pedí un café y me senté a esperar al resto. Miré la hora, no era tarde, pero se me hizo raro que ninguno hubiera llegado. Me miré en el espejo que traía el estuche de mi polvo compacto para rectificar de ser necesario el delineado del lápiz labial, todo estaba en su sitio. Giré en dirección a la puerta principal anhelando su entrada. Tamborileé los dedos sobre la mesa y di otro sorbo al capuchino. Tomé el móvil y lo abrí para leer los mensajes que eran de Cecilia. El trago de la bebida se me quedó atorado en la garganta al observar las palabras escritas.

David había trabajado en los procedimientos gracias a los datos que le habíamos aportado en nuestras reuniones anteriores, nos había mandado un archivo con su propuesta para que lo revisáramos, había cancelado la cita con Peter debido a que este punto no había sido concluido.

Le hablé de inmediato a Cecilia.

—¿Por qué soy la última en enterarme del cambio de planes? —reclamé.

—Eso mismo iba a preguntarte. ¿No estás con él? Pensé que habían tomado juntos la decisión, pero igual me sorprendió. —Sus palabras me desconcertaron, tuve un mal presentimiento.

—No lo he visto desde ayer en la mañana cuando discutimos en el estudio —admití.

—¡Oh, Ash! Entonces creo que David no está contento. ¿Ya revisaste la propuesta?

—No.

—Es extensa y muy completa. Pensé que le habías ayudado, tampoco entendí nada cuando me la envió ayer como a las cuatro de la tarde. Tal vez es

su forma de zanjar el trato con nosotras.

—¿Qué más te dijo?

—Que era mejor posponer la cita con el informático, el tal Peter, hasta que la propuesta fuera sólida. Me dijo que es su amigo y que no hay problema con aplazarla unos días. Me dejó el teléfono del chico, que le hable para concertar la cita cuando me sienta lista.

—Iré a hablar con él. Nos vemos más tarde.

—Eso dices cada vez que se reúnen y terminas por perderte un par de días. ¿Habrá reconciliación con el leñador fogoso?

—Te prohíbo usar mis fantasías ardientes en voz alta, son confesiones que debes olvidar una vez que salen de mis labios.

—Corre, es un crimen que lo hayas dejado solito anoche, anda. Luego me cuentas los detalles escabrosos.

—Por supuesto que no.

—Como quieras, ya puedo imaginarme los fuegos artificiales que brotarán de ese encuentro. David está loco por ti y tú, mi amiga, estás desquiciada por él.

Con el café en la mano, me dirigí a la salida, terminé de tomármelo a media cuadra, arrojé el vaso en un contenedor de desechos inorgánicos y me colé en el hotel. Le hablé desde la sala de estar a su teléfono móvil y al no obtener respuesta indagué por él en la recepción.

—Buen día, señorita, con el señor Jenkins.

La mujer me miró inusitadamente, ella me había visto subir con David a su habitación a todas horas.

—El señor Jenkins abandonó ayer el hotel. —Masticó las palabras al esclarecérmele. Mi corazón desenfrenado comenzó a bombear sangre hacia los rincones más distantes de mi cuerpo.

—¿Sabe usted hacia dónde se dirigía?

—Lamento no poder ayudarla, no me dio esa información, solo lo vi tomar un taxi.

Respiré hondo para abatir la sofocación que amenazó con dejarme sin aire. Di las gracias con el escaso aliento que me quedaba, haciendo aplomo de mi civilidad y abandoné el lugar. Telefoneé a David en dos ocasiones más como posesa, sin entender nada. Recordaba que había accedido a darme el tiempo que le había solicitado y que me había afirmado que aguardaría por mí hasta el día de su vuelo.

Desesperada, sin saber a dónde dirigirme me quedé sembrada en la acera, mientras los transeúntes se cruzaban conmigo en ambas direcciones y los automóviles en la avenida me ensordecían con su ruido infernal. Le hablé a Helen, era a la única que podía pedirle razones de su paradero, mi esperanza radicaba en que Wendy estuviera informada. Cuando me confirmó que su hermana no le había mencionado nada me quedé más perdida aún.

—Si quieres le hablo ahora mismo y le pregunto —me dijo—. Está aquí.

—Le hablaré yo, quiero la información de primera mano.

—Pero, ¿qué ha pasado? Él se fue para Fin de Año muy emocionado, irradiaba felicidad.

—Terminé por descubrir que él, Wendy y tú fueron responsables de mi viaje de vacaciones a New York y no me gustó nada. ¿Por qué simplemente no me dijiste que había un chico que te parecía que podía resultarme simpático? ¿Por qué ocultarme que David me conocía de los vídeos? —Toda mi ira fue directo a parar a mi hermana.

—¿No me digas que se pelearon por eso? No puedo creer que seas tan estúpida.

—¿Y no puedo creer que no hayas confiado en mí? ¡Mierda! Eres mi hermana.

—¡Oh! ¡Lo siento mucho! No pensé que te fueras a enfadar por algo así, lo hice por respeto a David, él no paraba de hablar de ti, me dio pena contarte que el hermano de mi amiga estaba clavado contigo y más porque Wendy se fue de lenguas. David se lo confesó a su hermana y ella cometió la indiscreción de hablar del tema delante de mí.

—Tenía derecho a saber. Te fuiste a Chicago dejándome con un hombre que tenía una especie de obsesión conmigo. ¿No pensaste que podía ser incómodo para mí?

—David no estaba obsesionado contigo, no seas exagerada. Le parecías linda y no dejaba de hablar de tus cualidades y tus increíbles vídeos, pero de ahí a obsesión va un amplio trecho. Cuando decidió venirse a New York y lo traté, más allá de las videoconferencias de *Skype* en donde metía la cuchareta de vez en cuando mientras él hablaba por horas con su hermana, me pareció que si lo conocías también te podría gustar.

—La verdad es que me encanta.

—Antes no te dije nada porque él tenía una relación, pero supe que se dejaron cuando decidió venirse a Manhattan.

—¿Sabes por qué terminaron?

—Me dijo que no se sentía pleno, que no lo llenaba en todos los aspectos, que tenían objetivos distintos en la vida.

—Creo que tampoco querrá saber de mí. Se decepcionó por mi reacción, tal vez lo he perdido para siempre. No vuelvas a tener secretos conmigo, Helen. Todo esto se habría podido evitar, ha sido un malentendido tras otro. Tenía derecho a saber.

—Si te hubiera dicho que había un hombre súper sensual en mi departamento al que le parecías hermosa jamás hubieras volado a Manhattan.

—Eso nunca lo sabremos, ya hemos perdido la oportunidad.

—En verdad, me sentía en deuda con él.

—¿Cómo es posible? Tu hermana soy yo.

—Cuando entraste al canal y apareciste en los primeros vídeos me sentí emocionada por ti, tienes mucho potencial y me daba orgullo que, a pesar de los intentos de amigos y familiares por hacerte desistir, seguiste adelante. Veía los números de seguidores en aumento y los comentarios formidables que tenían, sin embargo, sentía que podían crecer todavía más de contar con mejor mercadotecnia. Ya conocía de la habilidad de David en su negocio, del éxito de su empresa. Wendy se encargaba de alabarlo constantemente y de enumerarme sus aciertos. Digamos que le pedí que ayudara al canal.

—¿Qué hiciste qué? —Terminé por gritar.

—A Dave se le hizo gracioso al principio, pero no en mal plan, le dio gracia que mi hermana menor tuviera un canal de *Youtube*, me pidió que le mandara el enlace para ver qué podía hacer por ustedes, pero no parecía muy convencido. —La escuché sin emitir ni un suspiro. Era información completamente nueva—. En resumen, le pedí ayuda para que impulsara el canal y él lo hizo sin ningún interés monetario, no quiso cobrarme un centavo, aunque se dedicaba a eso profesionalmente. Luego entendí que no accedió por la amistad que me unía a Wendy. Tras ver los primeros vídeos quedó flechado. Después que el metió sus manos, el canal creció y se fue de control. David tuvo gran parte del mérito de que el canal encontrara el camino a su público. Tú y Cecilia estaban eufóricas.

Recordé una de mis primeras conversaciones con él, cuando me había preguntado si el canal era rentable y estuvimos hablando del tema y no dio señales de tener conocimiento de aquello a lo que me dedicaba. Abrí la boca para sacar toda mi furia, otra omisión por parte de ambos, pero no podía enojarme con David, Helen solía sobreprotegerme desde pequeña, me quedaba claro por qué lo había mantenido en secreto.

—¡Helen, ya te había pedido que no te entrometieras! ¡Puedo

encargarme sola de mi vida!

—Lo sé, hermanita. Prueba de ello es que cuando contacté a David para solicitarle sus servicios ustedes ya comenzaban a despuntar por sí solas, solo quise darles un empujón. Si tu amiga y tú no fueran espectaculares en lo que hacen, el canal no habría despegado ni con el impulso de David. Reconozco que los tres, incluso sin saberlo ustedes, han hecho un estupendo equipo.

—¿Y por qué diablos no me lo dijiste? Tendríamos que haberle pagado y darle las gracias.

—No aceptó mi dinero y cuando quise ponerlo en contacto con ustedes se negó, pero sé por su hermana que las ha seguido de cerca, jamás dejó de apoyarlas. ¿Entiendes ahora por qué él no quería que supieras? No quería que te sintieras comprometida. Pero cuando rompió su relación y se vino a New York, a Wendy y a mí se nos hizo buena idea que se conocieran. David no tuvo nada que ver, fue nuestro plan desde el inicio, solo nos pidió discreción con la ayuda que había dado al canal, pero no podía ocultar que le emocionaba verte en persona. No me pidió que te negara la simpatía que sentía por ti, pero me sentía en deuda y decidí callar para ver cómo reaccionabas al conocerlo.

—¡Diablos! Helen, tengo ganas de matarte, te has entrometido tanto que has sacado mi vida de su eje, pero por otro lado no puedo enojarme, lo que hiciste ha traído grandes frutos para el canal, y David es la mejor experiencia amorosa que he tenido jamás. Cupido, tendrás que hacer de nuevo tu magia. No quiero perderlo.

—Hermanita, sabes que haría lo que sea por ti, pero creo que ya es hora de que te deje volar con tus propias alas. Sé que puedes hacerlo sin mí. De veras lo siento.

—Sé que todo lo que has hecho ha sido de corazón. Prométeme que ni para protegerme volverás a ocultarme nada. Helen, lo necesito.

—Lo prometo.

—Hablaré con Wendy, ojalá sepa algo sobre él.

—Te la paso, está en su habitación.

Cuando la hermana de David me habló al otro lado de la línea indagué por su paradero, le comenté que no respondía mis llamadas y que había abandonado el hotel.

—¿David no te contesta?

—No —repetí como idiota.

—Desde ayer como a las cinco hablé por última vez con él, tenía planes de viajar, me dijo que se iría en la noche u hoy en la mañana en dependencia de que consiguiera el boleto. Tal vez no te contesta porque puede que justo ahora está volando —me dijo en voz baja Wendy—. No tardará en comunicarse conmigo, nunca hace una locura sin darme el parte, le diré que lo estás buscando.

—No puedo creer que se fuera sin despedirse.

—No estoy contenta contigo, Ashley. ¿Qué le hiciste a mi sol? Estaba muy extraño, jamás lo había oído tan decepcionado.

—Tal vez si Helen, él y tú hubiesen sido más honestos desde el principio nos habríamos ahorrado tantos malentendidos.

—Cariño, pero si mi hermano ha sido maravilloso contigo. No podíamos decirte que colaboró con el canal, no quería que lo supieras, él es así, tiene un corazón de oro. No lo hizo para que se lo agradecieras. Fue el único requisito que nos impuso cuando quisimos emparejarlos, él solo quería comprobar que la atracción fuera genuina. Estaba segura que no ibas a poder resistirte, no es porque sea mi hermano, pero soy consciente del efecto que tiene en las mujeres, no es solo por su físico, Dave tiene un carácter adorable, siempre tiene una sonrisa en los labios y está dispuesto a ayudar a quien lo necesite.

—He sido muy injusta con él. Pídele que me espere, volaré mañana mismo a New York.

—No, no lo hagas. Dave no vino para acá —me soltó como si nada y yo quedé estupefacta.

—¿Se fue a Anchorage? ¡Diablos! ¡No quiero que busque consuelo con su ex! ¡Con el cabrón frío que está haciendo ahora en enero por allá! Me importa un carajo si termino convertida en una estatua de hielo, dame la dirección de tu familia.

—David no vive con mis padres, tiene su propiedad.

—Pues dame su dirección, mañana mismo tomo un avión y voy a buscarlo, tenemos que aclararlo todo.

—Contrólate. Tampoco regresó a casa, voló a San Francisco.

—¿Y qué demonios fue a hacer a San Francisco?

—¡Oh, Ashley! ¿Tengo cara de su asistente personal? Me pones en un predicamento. ¿Si él no te lo comentó por qué tengo yo que inmescuirme?

—Porque Helen y tú son responsables de este desastre, me lo deben.

—¡Mierda! Viajó para reunirse con uno de sus clientes. ¡No daré detalles!

—¿Por qué no me dijo nada?

—Tal vez con el cambio de planes entre ustedes tomó la decisión a última hora. Háblale al móvil en cuanto aterrice, no veo que puedas hacer otra cosa por ti. Él está devastado.

—¿Cuándo aterrice? Das por sentado que está volando, ni siquiera sabes si viajó ayer.

—Pues si viajó ayer y no te contesta entonces ya no tengo ni como ayudarte, a lo mejor no quiere responderte.

—Me dijo que me esperaría en el hotel.

—¿David quedarse quieto encerrado entre cuatro paredes? ¿Mi

hermano no puede estar a solas ni con sus propios pensamientos por más de cinco minutos y quieto menos? ¿Acaso no lo conoces ya?

—Me dijo que me esperaría hasta la fecha de su vuelo a New York y no aguantó ni siquiera a la mañana siguiente.

—Tal vez no pudo, quizá la espera se le hizo insoportable. Solo sé que me habló para desahogarse y lo único que me repitió en varias ocasiones fue que era un idiota, que jamás debió ilusionarse contigo como un adolescente, ni hacer todas las locuras que hizo por ti. Nunca lo había visto tan triste. En verdad mi hermano es una joya de persona, y la chica que se quede con su corazón será dichosa por el resto de sus días.

—Necesito verlo con urgencia. ¿Sabes dónde se quedará?

—¿Piensas ir tras él hasta San Francisco? Eso sería un completo desastre.

—Es lo que acabo de decirte.

—Te lo diría ahora mismo porque sé que, aunque lo niegue, lo que lo tiene destrozado es no verte.

—Por favor, Wendy.

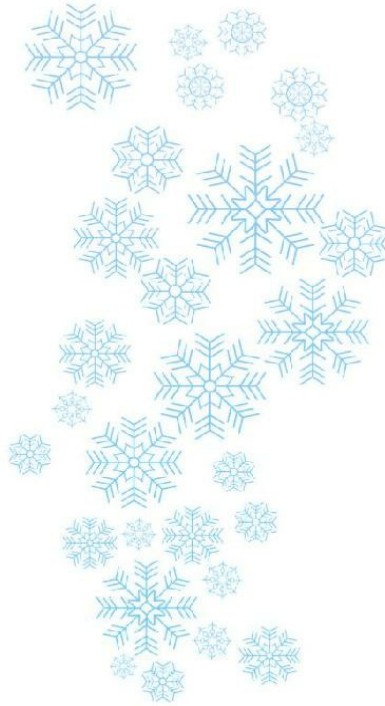
—No puedo entrometerme más, ya me odia por haberle insistido para que te conociera en persona. Solo te está dando el tiempo que le pediste. Salvo que cambie de parecer y vuele a New York desde San Francisco, sé que sus planes son utilizar el boleto que ya tiene de regreso desde Los Ángeles.

—Pero no me puedes dejar así, dime donde estará.

—No hagas nada sin hablar antes con él, si eres sensata sigue mi consejo.

Se despidió y colgó. Temía que se hubiera decepcionado y que esa chica que estuvo a punto de ser para él no pudiera recuperar su lugar. Me arrepentí por mis impulsos y por cómo se dieron las cosas. Solo me quedaba esperar, justo lo mismo que yo le había pedido a él cuando le exigí que se

fuera a su hotel, pero sufrir un trato similar me dejaba impaciente, como si los minuterios del reloj se hubieran dormido en el tiempo, estancando así el transcurso de las horas.



San Francisco. Sería capaz de ir ahora mismo, solo esperaba que su corto vuelo

terminara y me dijera donde podría encontrarlo. Aún estaba cerca de Los Ángeles, teníamos que arreglarlo antes que partiera a New York. Me llamaría en cuanto viera mis llamadas perdidas, regresé a la casa y en una maleta de mano metí dos mudas de ropa, mi maquillaje y artículos personales. Me quedé mirando la pantalla del móvil, esperando que resplandeciera por la intensidad de la llamada entrante. Tres horas después, convencida de que mis llamadas

perdidas no fueron suficiente motivación me decidí a insistir. Timbró casi diez veces hasta que él se decidió a contestar, con el alma en un hilo, abrí la boca para emitir la primera palabra, pero nada le siguió a continuación. ¿Colgó?

Me quedé desesperada, el corazón me bombeó a toda prisa. ¿En serio había metido la pata de forma irremediable? Quise enviarle un maldito mensaje de texto donde expresara lo importante que era para mí, para que habláramos y solucionáramos nuestras absurdas diferencias, abrí la aplicación y comencé a digitar enloquecida hasta que terminé por borrar cada palabra.

Mi madre tocó dos veces la puerta de mi habitación. Me desperecé de la tristeza antes de abrir la puerta. Su pie estaba mejor, pero seguía con el cabestrillo en el brazo, me sentía lo peor por dejarla, pero iba regresar pronto, solo quería arreglar mis asuntos con Dave.

—Nena, hay algo que debes ver. —Observó mi escueto equipaje—. ¿Piensas viajar?

—Me quedaré en el estudio unos días. Tenemos trabajo atrasado y será más fácil si me quedo allí. Si me necesitas me hablas al móvil y vengo a toda prisa. No me hagas sentir como que te abandono.

—Tranquila, sé que necesitas tu espacio y que estás deseosa por independizarte. Bastante ya te hemos retenido.

—Es temporal, en lo que consigo algo para mí. Cecilia prácticamente vive en el departamento de su novio, la habitación del estudio no se utiliza y me vendrá bien para reorganizar mis ideas.

—Entiendo.

—¿Qué ibas a decirme?

—Alguien te espera en la sala.

—¿Quién?

—Es mejor que lo veas por ti misma.

Mi corazón acelerado por la llamada sin contestar se desorbitó, me

invadió la loca idea de que era él. Dave adoraba las sorpresas. Tal vez por eso no había contestado. *¡Alto! David está en San Francisco y aunque hubiere transcurrido el suficiente tiempo para la ida y la vuelta, no creo que se regrese hoy mismo,* pensé. Y obviando la lógica, quise aferrarme a la posibilidad de que no había abordado aquel avión, que se había cansado de hacer corajes por mi rechazo y que tras no contestar mis llamadas había tenido un brote de lucidez. Atravesé casi corriendo la puerta de mi habitación y tras sortear los pasillos rumbo a la entrada me planté delante del visitante.

—Hola —me dijo el apuesto hombre con una mirada repleta de arrepentimiento.

—¡Diablos! Gavin, ¿tú? —solté sin remilgos.

—¿Te he sorprendido?

—¿Qué haces aquí? Te dije que no quería verte en mi vida —escupí sin rabia, ya la ira no me poseía como otras veces en que lo había tenido en frente, lo único que me consumía era la desesperación de que no fuera David.

Mi exnovio me miró a los ojos y se aproximó para depositarme un beso en la mejilla. Me quedé como una estatua, no le di un empujón porque comprendí que su presencia me resultaba indiferente, el dolor de nuestra ruptura y el rastro de decepción que dejó en mi alma se había disipado. Solo tenía cabeza para pensar en David, su paradero y sus sentimientos hacia mí, que ahora me resultaban confusos.

—Supe que estás saliendo con alguien.

—¿Quién fue tan veloz para irte con el chisme?

—Eso ahora no importa, Ash. Los celos me han trastornado, si cuando terminamos me cayó el veinte de lo importante que eres para mí, ahora no puedo resistirlo. Estoy dispuesto a hacer lo que me pidas. Eres mía, no puedes olvidar todo lo que hemos vivido, los buenos momentos que también han sido muchos. ¿Quién es él?

Quise restregarle en la cara que era uno maravilloso que solo me había dado satisfacciones, que había volado desde muy lejos para reunirse conmigo, que sin siquiera conocerme en persona había hecho más por mí y por mis sueños que él, con quien había convivido por tantos años.

—¡Lárgate ahora mismo! —fue lo único que dije.

Lo dejé plantado en la sala y regresé a mi habitación por mi maleta pequeña, le pasé por el lado ignorándolo por completo, no podía perder el tiempo con sus inseguridades, solo quería encontrar a mi dios nórdico y recuperar el aliento que había perdido.

—¿A dónde vas? ¿Te vas con él? Ya sé que es de New York.

Sus palabras me detuvieron a medio camino.

—Eres la única persona a la que no pretendo darle explicaciones. No soy tuya, te encargaste de dejarme en libertad y no te imaginas lo agradecida que estoy, porque gracias a nuestra separación me he dado la oportunidad de vivir experiencias que a tu lado no habrían valido la pena.

—¡Ash, detente! —dijo desorientado con autoridad, jamás imaginó que mi corazón le diera prioridad a otro hombre por encima de él.

—Creo que ya conoces la puerta de salida —le recordé dejándolo con la palabra en la boca, subiendo mi equipaje al auto, poniéndolo en marcha y desapareciendo de su vista.

Conduje por mis sitios preferidos de la ciudad, con el tanque lleno para despejar la mente, en lo que me llegaban señales de humo de la ubicación de David. Quería rodar o volar a su encuentro, pero el destino no era claro para mí y lo peor era que él no deseaba recibir mis llamadas. Recordé mis palabras cuando le pedí un tiempo. Seguí conduciendo sin rumbo. Terminé en una autopista abarrotada de autos embotellados que apretaban sus cláxones impotentes por el atasco, golpeé frenéticamente también el mío y me dejé derrumbar sobre el volante. ¿Cómo era posible que me sintiera así?

Habían transcurridos unos veinte días desde que lo había visto por primera vez en aquel departamento de Manhattan en que descargué mi ira contra una chimenea artificial, cuando mi enojo provocado por mi intolerancia al frío se topó con sus comentarios hilarantes en primera instancia y en segundo con su ofrecimiento de brindarme calor. ¡Sus ojos juguetones, sus indirectas atrevidas, sus atajos mordaces y aquellos benditos hoyuelos que tendría que seguir besando para sobrevivir! No había escapatorias, me había enamorado irremediablemente de David Jenkins. Lloré, porque terminaba de entenderlo cuando tal vez ya no tenía oportunidad con él.

El sonido de una llamada entrante me sacó de mi congoja, levanté la cabeza del volante y dirigí la vista al móvil que permanecía enganchado al tablero del auto. El nombre de David apareció como un milagro y mientras me daba manotazos para que las lágrimas no continuaran nublando mi vista la batería del teléfono murió. Me llevé las manos a la cabeza desconsolada, recordé que llevaba horas sin cargarlo y desquité mi ira contra el volante, tras dañarme los brazos me contuve, me desaté el cinturón de seguridad y asalté mi bolso de mano en busca del cargador, prácticamente lo vacié desparramando su contenido sobre el asiento del copiloto. De su interior salió todo tipo de cosas menos el bendito cargador. Un flash de la última vez que lo había visto y mis labios se abrieron para proferir un insulto.

—¡Maldito Gavin!

Tenía pendiente tomar el cargador sobre mi escritorio, justo cuando la visita inesperada de mi exnovio me hizo olvidarlo y salí huyendo. El tráfico volvió a reactivarse y tuve que tolerar algunas ofensas de los conductores por mi retraso, hasta que logré engancharme el cinturón, poner en marcha el vehículo y proseguir.

Apreté el acelerador y conduje desesperada hasta el estudio de mi amiga, ahí teníamos varios cargadores de repuesto. Dejé el auto en el

estacionamiento y literalmente corrí hasta el elevador con mi bolso y el móvil, ni siquiera saqué el equipaje. Rebusqué entre las gavetas del escritorio hasta que di con uno, lo ensarté en la entrada del móvil y después en la electricidad y esperé a que la carga fuera suficiente para que el teléfono resucitara para devolver la llamada.

El corazón no me latía, brincaba acelerado dentro de mi pecho y sus contundentes golpes contra mi esternón amenazan con partirme el tórax por la mitad. En cuanto el teléfono se encendió y se reactivaron sus aplicaciones lo llamé desesperada, cada vez más impaciente con cada timbre que daba sin obtener respuesta. El silencio del otro lado me devastó. Llamé tres o cinco veces más. No tenía sentido. ¿Por qué David me hablaba y luego volvía a sumirse en su papel de indiferencia? Colgué mientras analizaba la situación con la mente secuestrada por la fuerte carga emocional que estaba soportando.

Música de llamada entrante, el móvil ya lo tenía en la mano, divisé el nombre de Wendy en la pantalla, pensé unos instantes si debía contestarle, si lo hacía tal vez no dejaba libre la línea para David si volvía a intentar comunicarse. La inquietud y la certeza de que ella tendría noción de su paradero me hizo responderle.

—¡Ohhhh, Ashley! Gracias a Dios. ¿Sabes algo de David? ¿Se ha comunicado contigo? —Sus preguntas me abrieron un hueco inmenso en el estómago, uno que quemaba y aturdía mis sentidos.

—¿Yo? No sé nada desde ayer muy temprano, pensé que tú estabas al corriente. Lo último que supe es lo que me dijiste que tal vez voló a San Francisco para una cita de negocios.

—¡Carajo! Olvídate de San Francisco, no llegó, ni siquiera abordó el avión. Cambió de planes.

—Te dije que era impredecible.

—Eso lo sé, es mi hermano.

—Pues solo sé eso y la llamada.

—¿Qué puta llamada?

—Me llamó hace un rato, pero el celular murió y tuve que correr a cargarlo. Intenté comunicarme con él veinte minutos después y nada, no contesta.

—A mí tampoco, ni a mis padres. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Tengo que colgar me está entrando otra llamada. Es Margot tal vez tenga noticias.

¿*Quién demonios es Margot?* Me pregunté, pero por una extraña razón no abrí la boca.

—¡Aguarda! ¡No me puedes dejar así! ¿Dónde diablos está David? ¿Y por qué te lamentas? ¿Qué ha sucedido?

—¿Acaso no ves las noticias?

—Por supuesto, aunque en verdad he estado ocupada consiguiendo el paradero de tu hermano.

—Ahora mismo estoy muy cabreada contigo y tengo que contestar, tal vez mi hermano se comunicó con ella, luego te hablo.

Desconcierto total. Se suponía que David estaba en San Francisco. Metí su nombre en el *Internet* y busqué noticias del día, pero nada, no arrojó ningún resultado. Esperé impaciente a que Wendy terminara de hablar con la supuesta Margot para volver al ataque. Sentí miedo, tenía un mal presentimiento. La sensación que me embargaba no me gustaba. Me quedé mirando su llamada perdida en el historial de mi móvil como si eso pudiera traérmelo de vuelta.

Cecilia llegó a tiempo para sostenerme, Wendy solo me había alterado con su llamada y después de eso no me había contestado cuando intenté comunicarme con ella, parecía que su móvil estaba todo el tiempo ocupado y se negaba a tomar mi llamada.

—Le hablaré a Helen, quizás sepa algo.

Me comuniqué con ella de inmediato y la puse en altavoz, Cecilia y yo la saludamos, ella tuvo igual atención con nosotras, estaba calmada como si la agitación de su amiga no la hubiera salpicado.

—¿Sabes dónde está David? —le solté desesperada, tal vez su amiga le habría comentado acerca de su paradero—. Estaba muy ansiosa y habló algo de las noticias. Estoy preocupada.

—No quiero saber de ese infeliz, terminé enojada con Wendy por su causa y ahora no me habla.

Me llevé una mano a la boca

—¿Qué está pasando?

—¡Nena! —Ese tono de pesar lo conocía, precedía las malas noticias y quería llenar el camino de amortiguadores para hacérmelo menos doloroso.

—Habla.

—Perdóname, yo te metí en este enredo.

—Dilo, no le des más vuelta, solo suéltalo.

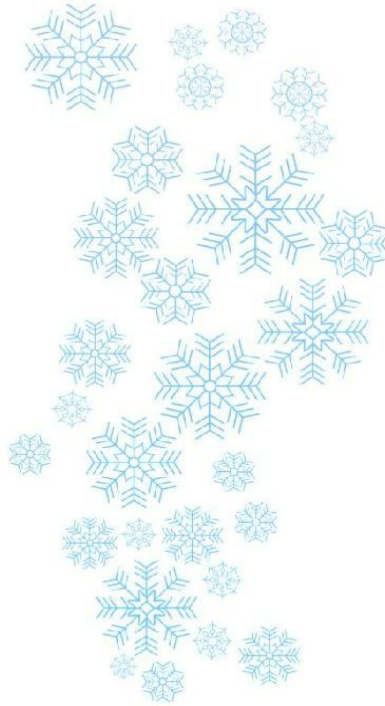
—Es un desgraciado. —Me senté de golpe, Cecilia tomó asiento a mi lado y me tomó la mano y la apretó con fuerzas—. ¿Sabes a qué viajaba a San Francisco? Nada de reunión de negocios. La exnovia estaba allí por una conferencia, ella sabía que estaba en Los Ángeles contigo, así y todo, le habló y el otro supuestamente con el corazón destrozado por tu rechazo corrió a refugiarse a su lado. Por supuesto que Wendy no me lo dijo, pero ellos se cuentan todo y en este departamento minúsculo donde vivimos es casi imposible mantener una charla telefónica en secreto.

—¿Cómo se llama su ex? ¿Lo recuerdas?

—Margot. —*¡Oh no!* Ese es el nombre que mencionó Wendy. Ahora ya sabía quién demonios era Margot—. Entiendo que quiera recuperarlo, David es guapísimo y con un carácter encantador. No dudo que se haya inventado esa conferencia para ir a California a meterse en lo de ustedes. Se lo reclamé a

Wendy y la muy alcahueta comenzó a defenderla, que Margot sería incapaz, que es una bella persona, que Margot y David ahora solo son buenos amigos, que habían finalizado su relación de mutuo acuerdo y que tal vez ella quería consolarlo. No dudo cómo. En resumen, terminamos enemistadas. No le perdono que haya permitido que su hermano te haya conquistado si aún tenía algún rollo medio raro con Margot. Di algo, corazón, te has quedado muda.

No podía despegar los labios, aunque quisiera, Cecilia terminó por abrazarme y no me permití llorar. No de nuevo, no lloraría por otro infeliz que a la primera corría a los brazos de otra mujer, me costaba mucho creerlo de David, aunque Helen me lo estaba diciendo con todas sus letras mi mente enamorada buscaba justificaciones para su conducta. Me hice un ovillo sobre mí misma y me quedé así aletargada, mientras mi amiga terminaba la llamada con mi hermana.



La llamada de Wendy me sacó de mi letargo, en verdad no quería

tomarla, me había colgado para contestar la de Margot y eso aún me dolía como una patada en el estómago. No me importaba la consideración que tal vez le tenía a Margot por antigüedad, no quería discutir acerca de sus lealtades, si debían estar conmigo o con la otra, a quien conocía por más tiempo, podía entenderla, pero ahora era el momento menos oportuno para hablar. Necesitaba que abandonara mi cuerpo el sopor que lo invadía, como

resultado de saber que, de todas mis suposiciones sobre el sitio a donde había corrido David, la atinada era a la que menos crédito le había dado. Se había refugiado en su ex.

Cecilia me pasó el teléfono y me dijo:

—Escúchala, cuando hayas aclarado todo, podrás sacarlo de tu sistema.

Tomé el teléfono convencida de que mi amiga no tenía idea de lo profundo que David se me había colado, estaba sopesando la idea de que el anhelo por lo que pude haber tenido con mi chico de Alaska, iba a ser más devastador que la decepción sufrida por causa de mi exnovio. Y aunque me había lanzado a sus brazos sin expectativas, la esperanza que conocí al sentirme abrigada por el calor de su mirada y su sonrisa me había hecho albergar ilusiones, que, aunque no se concretaban en mi mente, las sentía como emociones fuertes que provocan desconcierto en mi mundo interior.

—Ashley, disculpa haberte colgado. Al parecer mi corazonada era cierta. Margot ya tiene indicios de David. —¿Qué decía? ¿Estaba o no con Margot? No entendía nada—. Hubo una avalancha reportada por los clientes que iban en telesillas. La nieve se deslavó en uno de los picos más altos.

—¿De qué demonios estás hablando?

Los latidos de mi corazón se ralentizaron, todos los sonidos a excepción de la voz de Wendy fueron atenuados, como si alguien les bajara intencionalmente el volumen, y las imágenes a mi alrededor pasaron a un segundo plano. Mi organismo se estaba preparando para reaccionar desmedidamente, me sentía como el mar que retrocede para luego atacar la costa con más bríos. *¡David! ¡David!*

—No entiendo. Temprano me dijiste que no sabías dónde estaba, que suponías que en San Francisco.

—Tu llamada me dejó preocupada. Le hablé y me contó sus planes. Le

comenté que lo estabas buscando, pero seguía enojado, solo me dijo que en cuanto se desocupara te hablaría.

—¿Qué tiene que ver David con las montañas? —Yo estaba atormentada y el estado alterado de Wendy no me lo ponía nada fácil, necesitaba que se enfocara, que sincronizara sus ideas y que abandonara su estado de pánico para que yo pudiera entenderla—. Respira, Wen, respira. Habla despacio.

—Es terrible —dijo llorando—. ¡Maldito David! ¡Siempre es tan arriesgado, tantas veces que le he dicho que hasta los expertos pueden cometer errores! Ya sabemos dónde está, pero me temo que no son buenas noticias. Estoy en el aeropuerto, a punto de tomar un avión para California. David no aparece y pensamos que está atrapado debajo de una gran masa de nieve. Encontraron una tabla. La oficina del Sheriff del condado, los bomberos y las patrullas de esquí de *Squaw Valley* y *Alpine Meadows*, más otras voluntarias los están buscando. Ya encontraron a dos clientes accidentados y los llevaron al hospital, solo Peter y David no aparecen.

Las olas del mar en mi interior se soltaron de golpe y arrasaron. El corazón me dio un vuelco enorme, me puse de pie con el móvil en la mano y deambulé por la sala desesperada. Las manos me temblaban y mi sangre era disparada frenéticamente a mis extremidades, necesitaba organizarme, tomar decisiones y correr a auxiliarlo.

—¿David en las montañas? —pregunté.

—Te dije que no se podía quedar quieto, el *snowboard* es su terapia cuando necesita combatir el estrés.

—¿No estaba con Margot en San Francisco? —inquirí, ya no entendía nada. Tal vez estaba con ella cuando ocurrió la desgracia.

—¡Maldita, Helen! Le dije que no te llenara la cabeza con sus paranoias. Él iba a volar anoche a San Francisco para encontrarse con Margot.

Terminaron como grandes amigos, es absurdo que sientas celos de ella. Mi hermano estaba a punto de abordar el avión cuando desistió de la idea y prefirió irse a practicar *snowboard*. Por suerte invitó a Peter a las montañas nevadas, él sabe que es un deporte que no se debe practicar solo. Yo no lo supe hasta hoy, cuando ya estaba en *Squaw Valley* listo para su aventura. Por suerte Margot sabía los detalles, hablaron por teléfono anoche por horas mientras él viajaba en auto.

—¿Viajó toda la noche en auto y hoy se tiró en una tabla de nieve?

—Margot dice que estaba inquieto, que no podía dormir. Se lamenta de no haberle quitado la idea de la cabeza, pero David es muy bueno en el *snowboard*, no pensó que ocurriera un accidente.

—¡Oh, por Dios!

—En cuanto el muy testarudo me habló me puse a investigar y averigüé que la nieve estaba descontrolada y no dejé de seguir las noticias.

—Esas noticias, lo habíamos comentado, él lo sabía.

—Le hablé a David más tarde y al ver que no me contestaba comencé a desesperarme.

—¿Qué más sabe Margot?

—No tiene sentido que te enceles de Margot.

—¡Me importa un carajo esa mujer! ¡Dios no puede permitir que le pase nada! Dame los datos que pueda necesitar como su grupo sanguíneo, alergias, seguro, por favor —insistí temblando de miedo solo de imaginar que estuviera en problemas—. También estoy saliendo para allá

—Te los pasaré en un *WhatsApp*, pero Margot lo sabe todo, igual te enviaré el número de teléfono de ella, será de gran ayuda. Ya se está encargando, está en el lugar. Viajó hoy temprano para deslizarse con él, quería sorprenderlo y levantarle el ánimo, pero no pienses mal, es cariño de amigos.

—Solo quiero que Dave esté bien —repetí. Ya no sabía quién estaba

más histérica si Wendy o yo.

—David y Peter están registrados, pero no han abandonado el lugar. Por eso tememos que estén en dificultades. Mis padres ya están viajando para allá, pero tardarán en llegar. Te encargo a mi hermano, encuéntralo, estoy desesperada.

¡Boom! ¡Boom! ¡Boom! Mis latidos. Mi presión arterial elevándose. Tomé las llaves del auto con la intención de regresar a la casa de mi madre por mis abrigos y ropa de invierno.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó Cecilia quitándome las llaves de la mano temblorosa.

—Voy a buscarlo.

—Así no puedes manejar, yo conduciré, no te dejaré sola.

—Si piensas acompañarme pasa a tu departamento por tu ropa de invierno —dije quitándole las llaves—, haré lo mismo y te veo en tu casa lo más rápido posible. Yo manejaré, te juro que cuando sostenga el volante no me temblará ni siquiera un dedo.

—Pero Ash.

—Nunca he estado tan segura de nada en mi vida, David me necesita, voy por él.

—Pero es lejísimo. Recuerda recargar gasolina al tope —me dijo, se alzó de hombros y salimos corriendo cada una a nuestros vehículos.

Entré por la puerta del hogar de mi familia como un huracán, dejando a mi madre boquiabierta, mientras me pedía explicaciones. Le hice una seña para suplicarle que me diera unos minutos. Me encerré en mi habitación, tomé el teléfono y me comuniqué con la empresa que se encargaba del complejo de esquí, con el altavoz encendido, mientras me colocaba la ropa interior térmica y vestimenta abrigada.

—Busco información sobre David Jenkins, el hombre que ingresó hoy

a la estación y parece estar desaparecido.

—Señorita, acabamos de comunicarnos con sus familiares y ya les hemos dado toda la información, no hay reporte aún de que esté desaparecido.

—Para mí no es suficiente, sus padres y su hermana están volando desde Alaska y New York, así que hasta que lleguen a California estaré a cargo.

—¿Y usted es?

—Soy Ashley Rice.

—¿Qué parentesco tiene con el señor Jenkins?

—Yo soy... —temblé al no saber qué lazos nos unían para situaciones formales o desesperadas como en estas circunstancias, pero segura de que no me tomarían con seriedad si no aportaba un vínculo cercano me arriesgué a decir—, su novia.

El hombre carraspeó evidentemente desorientado. Se tomó su tiempo.

—Disculpe, es que —hizo una pausa como para pensarse qué añadir y continuó—: No puedo brindarle esa información, es exclusiva para la familia y a ellos ya se les ha dado. Lo siento.

—Le estoy diciendo que soy la novia —reiteré mientras me peleaba con las perneras del pantalón—. Sus padres tardarán en llegar más que yo, estoy en Los Ángeles y su hermana me ha pedido que me ocupe de encontrarlo.

—La entiendo, pero es una situación a la que no nos habíamos enfrentado, debemos respetar la confidencialidad de nuestros clientes.

—¿Cómo se atreve a hablar de confidencialidad cuando está en juego la vida de dos seres humanos?

—Lo siento, usted dice ser la novia del señor Jenkins, pero no tiene como probarlo. Le daré la información apta para el público en general, aún no tenemos indicios de que estén en situación de peligro, sin embargo, debido al patrón poco usual nuestras patrullas han iniciado labores de búsqueda y

rescate.

La maldita Margot estaba ahí, apostaba lo que fuera que se había presentado como su novia, por eso el hombre estaba espantado. Colgué sumamente irritada, antes de perder el control y desquitarme con el empleado.

—¿Hija, ahora sí me dirás lo que está sucediendo? —Mi madre insistió cuando me vio atravesar el umbral de la puerta de mi cuarto.

—David está en problemas, parece que lo pilló una avalancha en *Squaw Valley*. Estoy yendo para allá.

—¡Madre mía! ¿Y cómo está él?

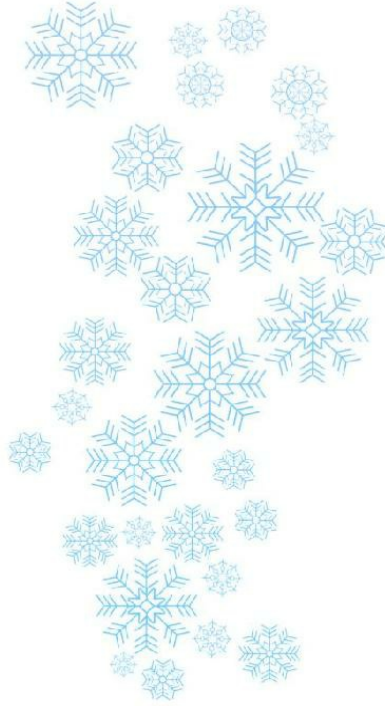
—Ese es el problema, no lo sabemos, no lo han podido encontrar.

—Al menos espera a que llegue tu padre del trabajo para que te acompañe, es un viaje largo.

—Madre, estaré bien, Cecilia me acompañará, te estaré enviando mensajes de texto para mantenerte al tanto.

Había tomado una chaqueta digna de ser usada en el polo norte, el gorro, los guantes y la bufanda que me había regalado David para Navidad y me concentré en el recuerdo de sus ojos, su sonrisa, sus benditos hoyuelos y todo lo que me mantuviera conectada a su energía. Ahora solo importaba rescatarlo, si terminábamos juntos, si amaba a Margot o a mí, ahora no era lo más importante. David estaría bien, él era el chico de Alaska, recordé todas las enseñanzas que me relató acerca del entrenamiento que su padre le dio para sobrevivir en ambientes invernales hostiles.

Las montañas nevadas de California no pueden derrotarte, mi amor. Eres mi dios nórdico. Tienes que vivir, supliqué para mis adentros.



Cecilia se sorprendió de lo rápido que llegué a su departamento, la

insté a apurarse mientras ella hablaba más de la cuenta.

—Traje bálsamo de labios con factor de protección solar, bloqueador para la piel, barritas energéticas, agua, abrigos para cuellos, calentadores para distintas partes del cuerpo y hasta *walkies-talkies*.

—¿Asaltaste la mansión del señor Marcel? —pregunté azorada refiriéndome a su padre, un hombre muy poderoso, magnate de laboratorios

farmacéuticos y aficionado a los deportes de invierno.

—De haberlo hecho vendría más equipada, pero hubiese perdido más tiempo. A escondidas de Eric me colé en el closet donde atesora sus implementos para esquiar.

—Tal vez traernos a tu novio nos hubiera sido útil. En mi vida he estado en una estación para esquí. —Eric no me era simpático, pero en estos momentos me aferraba a toda la ayuda posible.

—Yo puedo ayudarte, no soy experta, pero me defiendo.

—No creo que nos dejen entrar a la zona colapsada, ya tienen a las patrullas buscándolo, vamos a ejercer presión para garantizar que no quiten el dedo del reglón, pero voy dispuesta a todo.

—Ni me lo creo, tú y la nieve enfrentadas por un hombre.

—Por el hombre, estoy enamorada completa y perdidamente de él.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —mencionó lanzándome una mirada de consuelo.

—Si le pasa algo no me lo perdonaría.

—Ninguno tiene la culpa, solo ha sido un accidente. Mente positiva, todo saldrá bien.

—Es un viaje muy largo en auto y el frío allí es infernal. Tengo miedo que lleguemos tarde. Debimos tomar un vuelo que nos acercara, pero mi cabeza es un caos. Vamos para el aeropuerto, algo tiene que aparecer.

—Ya lo tengo cubierto, hablé con mi padre y su helicóptero nos llevará.

—¿Es en serio, amiga? —Me volvía la vida.

—Sabes que mi padre tiene un corazón de oro, se condolió de la dura situación y no dudó en ayudarnos, solo nos ha pedido que no hagamos ninguna locura.

Llegamos al helipuerto con nuestros abrigo y bártulos para la zona de

nieve, el señor Marcel no solo nos prestó su helicóptero y su piloto, también a uno de los hombres que usaba como guardaespaldas, era todavía más alto que David y muchísimo más robusto, como una montaña, respondía al nombre de James Brown. Oficialmente había derrocado a David y se había quedado con el título de señor Mastodonte. Sus dos metros con algunos centímetros lo ameritaban. Tal vez sería útil para asustar al empleado que me había negado información por no considerar que tenía un parentesco lo suficientemente cercano. Las hélices giraron con dirección a *Olimpic Valley* y me perdí en el ruido producto de sus rápidos movimientos, miré al cielo aún azul, solo esperaba que los encontraran antes que anocheciera.

Llegamos a la estación de esquí, una de las ubicadas en el Bosque Nacional de San Bernardino. La noche comenzaba a caer, el frío era desgarrador, los copos de nieve caían y eran dispersados por el viento. Se me apretó el corazón de imaginar las condiciones que estaría sufriendo David en aquel paisaje inclemente. El mastodonte, Brown, fue muy útil para hacernos sortear cada empleado que se ponía ante nosotras hasta llegar con el encargado, volví a presentarme y a solicitar el último parte de la búsqueda de David y Peter. El hombre me miró convencido de que yo era la chica que lo había interrogado al teléfono, su tono de voz no me dejó dudas, era él quien se había negado a satisfacer mis demandas.

Exigí respuestas y seguía mirándome como tonto con los labios sellados. No podía ser que en estas horas no tuvieran nada más, entraron a la estación, no salieron en el plazo de tiempo requerido, algo, tenían que haber encontrado una señal más allá de la tabla.

En el viaje en helicóptero no había dejado de interrogar a Brown que estaba más informado que yo sobre los rescates de las víctimas de aludes. ¿Cuánto tiempo tenían para sobrevivir de quedar atrapados bajo la nieve? ¿Cuánto tiempo podrían aguantar el frío? Las respuestas eran escalofriantes,

tres palabras me rondaban la mente: traumatismos, hipotermia y asfixia. Era lo único que pululaba en mi cabeza mientras aquel hombre se quedaba en blanco. Regresé de golpe al rostro perplejo del empleado que aún no encontraba palabras, pensé que tal vez traía malas noticias y no sabía cómo hacerme partícipe. *¡Dios mío que esté bien!*, rogué. Estuve a punto de sacudirlo para que hablara, el hombre por fin despegó los labios.

—¿Usted es la novia del señor Jenkins? —preguntó.

—Ya le he dicho que sí —respondí con cara de idiota malhumorada.

—Es que hay un detalle —reparó en el escolta del señor Marcel, que nos hacía arribar como parte de una mafia secreta y poderosa. Carraspeó y añadió—: Acompáñeme.

Moví los pies con asombrosa agilidad, el suspenso me estaba matando. Nos condujo a donde estaba reunido el personal de rescate. Con ellos había una mujer joven y alta que al verme me reconoció, ventaja con la que podía contar. Por la mirada del empleado, como la de esta, supuse que sería la mentada Margot.

—Ese es el detalle —me susurró al oído Cecilia—. Ahí está la supuesta novia que ha llegado antes que tú, por eso este hombre se ha quedado como estatua de hielo, creo que no tiene en sus manuales de atención a clientes cómo resolver esta situación, dos novias para el mismo accidentado. Estará pensando cuál es la novia oficial y cuál es la amante.

Margot se nos plantó delante y el empleado se quedó pálido, a punto de darle un ataque cardíaco. Ella me extendió la mano con total camaradería.

—David me habló de ti. Wendy me avisó que venías, pensé que tardarías más.

—Mucho gusto, ella es mi amiga Cecilia —dije.

No sabía qué más decirle a aquella mujer que parecía amable, sus ojos estaban rojos al parecer de tanto llorar, también la estaba pasando mal.

Sacudida por mi propio dolor y por el desconcierto de no saber si estaba bien, herido o muerto, le tomé la mano y se la estreché. ¡*Diablos!* Ahora lo importante era él.

—¿Eres Ashley? —asentí—. ¡Apareció! ¡Dave llegó caminando sobre sus propios pasos, tenía principio de hipotermia y le dieron los primeros auxilios a regañadientes! Su pasamontaña venía completamente cubierto de nieve, así como su chaqueta impermeable, fue escalofriante, pero está vivo.

Mi corazón latió tan aprisa que el calor regresó a mis mejillas, casi abrazo a esa mujer que me estaba dando la mejor noticia de mi vida.

—¡Gracias a Dios! ¿Dónde está? —pregunté escrutando con la mirada cada rincón.

—Casi no se dejó atender, guio a los rescatistas hasta el risco donde está atrapado su amigo Peter.

—¡Jesús! ¿Por qué tardaron tanto en aparecer?

—David quedó atrapado hasta la cintura bajo la nieve tras la avalancha, tiene algunos golpes, pero aún puede andar. Mencionó que primero tuvo que desenterrarse, después buscó a Peter con su transceptor de baliza digital, tardó en encontrarlo. Dijo que a su amigo lo salvó una saliente, la roca era cóncava y de cierta forma lo protegió, había una columna de aire, tardó en abrir un hueco por donde se colara más oxígeno. Podían hablarse, pero Peter parece tener fracturada la pierna o algo así. Necesitaba palas, cuerdas y otras herramientas para acceder a él, por más que lo intentó no tuvo resultados.

—¡Dios mío! Ese hombre puede morir de una hipotermia.

—Espero que el frío no le quite la vida a su amigo, por eso la prisa de todos. Dave dijo que tiene varios calentadores, los de ambos, pero no será suficiente y le dejó a través del hueco agua, alimento y todo lo que encontró en los bolsillos de su chaqueta. David tuvo que andar bastante, están lejos.

—¿Ya avisaste a la familia de Dave? —Recordé la angustia de sus

familiares.

—A las de ambos. A los Jenkins les dejé mensajes de texto, no responden, deben estar volando. Los padres de Peter están en camino.

—¿Conoces a Peter? —Asintió. Por supuesto, fue la novia por años de David, conocía a sus compañeros de estudios, a su familia y a su entorno, pero no me podía encelar de esa mujer.

—Es un chico formidable.

Respiramos hondo, ni siquiera podía odiarla, la entendía perfectamente.

—Gracias —le dije angustiada. Solo quería que esta pesadilla terminara para ambos, que David estuviera bien y que su amigo se salvara.

El hombre que me había conducido nos observó asombrado, pero sin hacerse más preguntas suspiró aliviado al ver que no tendría que lidiar con un drama de mujeres. Le solicitó al rescatista de mayor jerarquía que también me mantuviera al tanto, me presentó como otro familiar del señor Jenkins. Como Margot me había comunicado el último parte de la patrulla, no necesitó hacerlo, solo refirió los hechos generales.

—En vistas de que por la zona hubo avalanchas y ellos no se habían reportado con familiares ni habían abandonado el lugar comenzamos a buscarlos. Una patrulla creyó haber localizado el sitio porque encontramos una tabla de nieve de las que rentamos en la base de la montaña, pero al parecer estaban más arriba —dijo señalando a las alturas.

—¿Cómo diablos Dave y Peter pudieron ser tan irresponsables?

—Señorita, tomamos todas las precauciones para evitar desastres. Incluso cuando tememos grandes tormentas de nieve no abrimos nuestras instalaciones por temor a las avalanchas. Las causas son desconocidas, ya iniciamos las investigaciones. Es un accidente. Incluso los expertos a veces cometen errores y el mayor de ellos es olvidar que por muchas medidas

precautorias que tomemos para predecir aludes la naturaleza manda. Por suerte no se tiraron cada uno a su vuelo. Primero se tiró el señor Jenkins mientras su amigo miraba su línea, sabían lo que estaban haciendo. Uno estaba en la base y otro sobre el risco cuando la tracción de la nieve no fue suficiente para mantener la estabilidad y sobrevino el deslave.

En mis oídos todo se repitió como un suave canturreo con mis propias palabras. El mastodonte me puso una mano sobre el hombro y se fue a hablar con la persona a cargo que me había atendido.

Todo tenía que salir bien, estaban los bomberos, los agentes del *Sheriff* del Condado de Placer, las patrullas de la estación de esquí y otros tantos buscadores, los servicios de emergencias. Más de cien profesionales desplegados habían colaborado para rescatar a los lesionados, solo faltaban por estar a buen resguardo Peter y David. Me puse de pie y salí a la intemperie, estaba nevando y oscureciendo cada vez más, tomé la chaqueta impermeable que venía repleta de calentadores y me ajusté el abrigo para el cuello, salí hasta un grupo de rescatistas que llegaban y corrí a ellos por noticias, pero antes de abrir la boca los escuché mencionar que las condiciones climáticas empeoraban cada minuto y que tal vez no podían acceder a Peter. También escuché que David se negaba a dejarlo en aquel hoyo que se había convertido en su salvación a corto plazo y en su tumba si no lo sacaban de inmediato.

Los increpé con todas mis fuerzas y les supliqué que no se dieran por vencidos.

—¿Qué hacen? ¿Por qué se regresan? Tienen que salvarlos. Llévenme de inmediato con él.

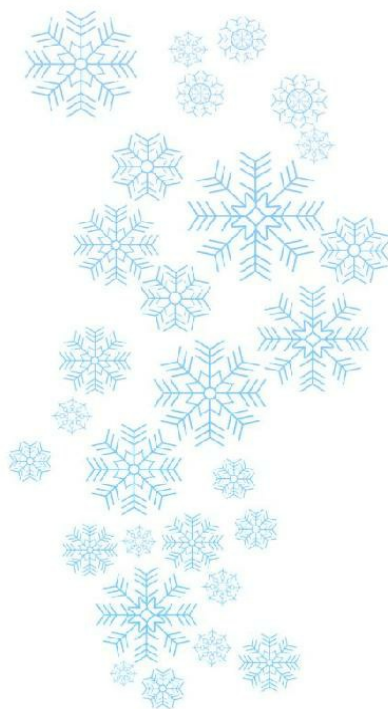
—Aquí nadie va a darse por vencido. Ha sido agotador, pero no decaeremos. Un grupo se ha quedado con ellos —me dijo el jefe de esa patrulla—. No los abandonarán y tienen todo el equipamiento para rescatarlos,

es solo que hemos tenido que dejar al menor personal posible porque nos tememos que se pierda el equilibrio del manto nivoso de un momento a otro por la nevada, la nieve fresca es muy espesa y nos arriesgamos todos, tememos que sobrevenga un alud.

Enterré mis botas aún más en la nieve, la amenaza de otro desmoronamiento me carcomió hasta las entrañas. Con el alma en vilo caminé hacia los perros de rescate de avalancha que permanecían cansados por la labor tan ardua realizada, los que sus manejadores ya se disponía a llevar a reposar, sus ladridos me reconfortaban, me daban esperanza. Y mientras acariciaba la cabeza de un precioso *Golden Retriever*, la jauría comenzó a inquietarse como una manada de lobos eufóricos, las personas a mi alrededor se volvieron hacia un punto en el blanco horizonte. Unas motos de nieve se aproximaban.

—¿Los tendrán? —le pregunté a Cecilia que llegó hasta mi lado.

Y ambas nos quedamos con la añoranza clavada muy profundo.



El atronador sonido de las motos, los ladridos eufóricos de los perros, los gritos de los rescatistas pidiendo apoyo y siguiendo el protocolo. En esa maraña de gente, vehículos, canes y nieve divisé a un hombre cuyo perfil y figura absorbieron por completo mi atención. No importaba que viniera completamente oculto bajo un manto gélido de cristales que se habían compactado sobre sus vestiduras. Sabía que era David.

Los socorristas de primeros auxilios comenzaron a trabajar mientras yo

corría a su encuentro, tan solo pude tocarle una mano muy helada y arrastrar mi pulgar hasta su muñeca para constatar su débil pulso. *¡Está vivo!*, me repetía en mis pensamientos. Lo llamé en repetidas ocasiones. Sus ojos me localizaron desde la camilla y se encendieron como el fuego en invierno, no hizo falta palabras. Verlo en aquel estado me desoló, como si me sacaran el alma del cuerpo y lo dejaran inanimado. Mi ánimo fue a parar a un pozo sin fondo, uno rebosante de sufrimiento. No podía verlo tirado sin la energía que acostumbraba a mantenerlo a mil. Me estremecí de tristeza. Sus ojos sagaces y juguetones estaban completamente apagados y mustios. El dolor era devastador. Traté de lanzarme sobre su cuerpo aún cubierto por copos de nieves, pero los socorristas me apartaron para evitarme interferir en su labor. Brown me retuvo a la fuerza.

—¡Cálmate, necesita ser atendido! —me imploró con voz firme.

—No entiendo, si había venido caminando la primera vez. ¿Por qué ahora está tan frágil?

—No sabemos, ya nos informarán, puede ser hipotermia, algún traumatismo o tal vez solo son medidas precautorias.

—¡Está vivo! —grité desesperada y aliviada a la vez.

—Aún no ha pasado lo peor, habrá que esperar para ver como evoluciona en las próximas veinticuatro horas, son vitales.

Seguimos forcejeando hasta que me rendí en los brazos del escolta del señor Marcel. Entendí sus temores y también fueron los míos. David se quitó de uno en uno a los socorristas como si fueran moscas, se puso de pie y dio dos pasos en mi dirección, me desembaracé del mastodonte y corrí a abrazarlo. Se estrelló contra mi cuerpo y nos abrazamos impetuosamente, temblaba demasiado y yo solo quería que entrara en calor. Inclino su cabeza hacia abajo para pegar su rostro al mío, la falta de lozanía en su semblante hizo que mi esperanza titilara, sus labios secos y azulados, el cabello que se

escapaba de su gorro estaba blanco y duro por la nieve. Me miró al centro de los ojos, parecía que quería decirme que estaba bien, pero su boca nunca se abrió. Su frialdad comenzó a congelarme, estaba cada segundo más pesado, como si no pudiera sostenerse y necesitara apoyarse en mí. Sus piernas no pudieron continuar aguantando su peso y cayó de rodillas. Intenté levantarlo en vano, la roca de su cuerpo repleta de músculos y desmesurada altura casi me tira de bruces.

Solo sentí que alguien me elevó por los aires y me alejó un par de metros para dejar a los socorristas actuar, supuse que era Brown.

—Temperatura noventa y uno punto cuatro grados Fahrenheit —mencionó uno de los socorristas siguiendo su protocolo (treinta y tres grados Celsius)—, está consciente y puede moverse. Signos de deshidratación. Lo trasladaremos al hospital para revisión. Pásenme bolsas de agua caliente.

Le proporcionaron aislamiento y protección térmica, así como una bebida caliente azucarada que comenzó a beber a pequeños sorbos. Lo instaron a moverse poco a poco sobre la camilla para que contribuyera a entrar en calor. Su temperatura corporal continuaba baja, así como su presión arterial. No se resistió a la ayuda, solo miraba constantemente en mi dirección. Ya me había zafado de Brown y permanecía tranquila observando sin entorpecer el protocolo.

Peter, al que conocía en circunstancias angustiantes, estaba inmóvil sobre su camilla, con temperatura de ochenta y siete puntos ocho grados Fahrenheit (treinta y un grados Celsius), ya lo tenían protegido térmicamente, con oxígeno caliente y humidificado, y con la pierna inmovilizada. De todos modos, no hacía esfuerzos por moverse, su cuerpo languidecía sobre la camilla. Lo último que vi fue cómo los preparaban y los subían a un helicóptero.

Agradecemos con creces a los rescatistas y las agencias involucradas

que limpiaron la escena, gracias a esos héroes que emergieron ante el desastre natural, ya teníamos a los dos. Nos entregaron sus pertenencias y el auto de Peter. Cecilia, Brown y yo nos fuimos en este rumbo al hospital, puesto que Margot tenía uno que había alquilado en el aeropuerto. James Brown solo abría la boca para recitar la mar de complicaciones que podría haber en cada caso, sobre todo con Peter, sus pesimistas augurios resultado de la enciclopedia que tenía en la cabeza me ponían de los nervios. Solo quería que se concentrara en el volante y cerrara el pico. Mi mente estaba con David.

Arribamos al *Tahoe Forest Hospital*, el auto se detuvo en la entrada principal escoltada por inmensos pinos. Corrí seguida por mi amiga y al atravesar las puertas de cristal me quité mi chaqueta impermeable digna para sobrevivir en el polo norte, con ella aún en la mano corrí hasta la recepción. El guardia del señor Marcel se quedó estacionando. Me indicaron en qué sala podía aguardar por el reporte de los médicos. Me sembré en una silla a vigilar la puerta por donde saliera un alma a darme algún parte sobre los lesionados.

Brown nos alcanzó después, venía con dos bebidas calientes, repletas de cafeína, para cada una. La noche sería larga, pese a sus malos augurios yo me sentía aliviada, David estaba a salvo y era lo único que me repetía para mis adentros. Margot llegó al poco rato y también se plantó en la sala, casi no compartimos palabras, no tenía cabeza para establecer una charla con ella.

Después de un par de horas y una evaluación exhaustiva el jefe del equipo médico salió y pidió por los familiares de ambos, nos acercamos Cecilia, Margot y yo.

—Vinimos con Dave, sus padres llegarán más tarde. Los familiares de Peter están en camino, pero es nuestro amigo, podemos encargarnos de lo que haga falta mientras tanto —dije aún sin conocer al muchacho, pero si David lo apreciaba tanto como para arriesgar su vida por él, ese hombre ya tenía un trozo de mi corazón.

—Estaría bien que alguien le haga compañía —dijo el médico y guardó un lapicero en el bolsillo de su bata de un blanco impoluto—. Ya ha recuperado la conciencia y está especialmente conversador. Pide a su familia, está desesperado por verlos, creyó que no la contaba. Tiene la pierna fracturada, pero no es necesaria una operación, se le ha inmovilizado con una férula. Ya ha recuperado la temperatura corporal, la caída en el foso que se formó con la nieve y la pared rocosa ocasionó la rotura de la tibia, pero a la vez le salvó la vida. Pudo haber muerto por traumatismos más graves o asfixia de haber sido arrastrado por el alud. ¿Quién lo acompañará?

—Yo puedo hacerlo —se ofreció Cecilia, convencida de que Margot y yo estábamos impacientes por ver a David.

—¿Y el otro paciente? ¿Cómo está? —pregunté desesperada.

—El señor Jenkins tiene un pronóstico más favorable —mencionó el doctor reacomodando sus gafas de armadura negra—, lo dejaremos de doce a veinticuatro horas en observación según su evolución, hasta el momento las lesiones encontradas no requieren medidas especiales, solo antiinflamatorios. Tuvo mucha suerte de haber quedado enterrado solo de la cintura hacia abajo y de no recibir traumatismos mortales. También ha recuperado la temperatura corporal y se ha hidratado convenientemente.

—¡Gracias a Dios! —suspiré ahora sí más tranquila.

—¿También podemos verlo? —preguntó Margot.

—Por supuesto, pero vayan de una en una para no alterarlo demasiado, estamos vigilando su presión arterial. Sé que están muy angustiadas, pero traten de no darle emociones fuertes.

—Cuenta con ello, doctor, le agradezco sus atenciones. Pasaré a verlo de una vez —se aventuró Margot a tomar la iniciativa y estuvo a punto de dejarme atrás, dio el primer paso en dirección al cuarto de David y yo me quedé desconcertada. Me moría si tenía que esperar a que ella saliera,

mientras pensaba como detener a esa mujer y recordarle su papel de amiga o exnovia, el que prefiriera adoptar, el médico volvió a abrir la boca.

—El señor Jenkins está impaciente por ver a la señorita Rice. No ha cesado de exigirlo con un énfasis desmesurado. ¿Es una de ustedes? —Asentí—. Por favor, sígame para llevarla ante su presencia o terminaré por tener que atarlo a la cama o aplicarle un sedante con una dosis más alta. Recuerde señorita Rice, nada de emociones fuertes en las próximas veinticuatro horas. Necesita reponer sus fuerzas y mantener su presión estable.

Me adelanté a Margot dejándola a solas con sus pensamientos y la presencia de Brown.

Imaginariamente mis pasos se sucedían por una estela brillante de cristales de nieve, que se elevaba del piso y me llevaba hasta mi dios nórdico, mi príncipe anhelado. Cuando la puerta se abrió y pude verlo recostado al respaldar de la cama, con la mirada profunda clavada en mis ojos, los dos fuimos víctimas de un devastador silencio, debido a las terribles consecuencias de lo sucedido y al temor latente de lo que pudo haber ocurrido. Lo miré sin reservas, unas lágrimas inundaron mis párpados, pero se negaron a caer. Recordé las palabras de los rescatistas, su osadía al remontar la montaña vía abajo y su valentía al no decaer hasta que su fiel amigo estuviera fuera de peligro mortal. Pestañeeé y mis lágrimas se desparramaron, apabullando a mis mejillas. Las palabras del médico me zumbaban en los oídos: *Nada de emociones fuertes.*

Caminé con pasos firmes hasta él, reprimiendo mis ganas de correr y arrojarme a sus brazos en un estrepitoso choque. Tomé asiento a su lado en el borde de su cama y él gimió de dolor cuando el colchón se hundió bajo mi peso, intenté retroceder y él me detuvo. Nos fundimos en un tierno abrazo. Me tomó el rostro entre sus manos, me observó unos segundos y estampó sus labios gélidos contra los míos. Aún podía sentir las pequeñas heridas

causadas por la frialdad en la superficie de su boca y fui en extremo delicada, aunque a él no parecía interesado en renunciar a mis besos pese al escozor que debía sentir. Hizo una pausa para recobrar el aliento y pegó su frente a la mía mientras respiraba pausadamente. Intenté separarme para no agobiarlo y me retuvo con las fuerzas que le quedaban. Volvió a aterrizar en mi boca, como si de ello dependiera para respirar.

Percibí la piel de sus brazos, su tórax y su rostro calentarse como resultado de las muestras de afecto que compartíamos. Me despegué para evitar que su presión arterial se resintiera, recosté la cabeza sobre su fornido hombro y él se quejó de dolor, intenté despegarme y no me lo permitió, solo me reacomodó hacia su clavícula, donde soportar mi peso se le hacía menos tormentoso.

—Pensé que no te abrazaría nunca más —solté y se me escapó un sollozo.

—No, mi amor —intentó calmarme. Su voz estaba un poco rasposa, pero no había perdido su encanto natural—. No iba a morirme, tenemos aún muchas cosas que vivir juntos. No quise asustarte.

—¿Por qué diablos te fuiste sin avisarme? ¿Por qué hiciste tantas locuras? —Más que un reclamo mis interrogaciones eran un gemido ahogado de dolor.

—Perdóname —dijo con dificultad y muy bajo—, no supe manejar las emociones y tus acusaciones me taladraban en los oídos. Me devastó tu indiferencia, pero entiendo que me lo merecía. Debí decirte desde el inicio que ya te conocía.

—No quiero hablar de eso ahora, ya no importa. Descansa, lo necesitas. Sobreviviste y es lo único que me interesa, quiero que seas feliz conmigo o sin mí. —Lo ayudé a recostarse y me deleité en su nívea frente, en sus largas y tupidas pestañas, en su nariz recta y en el espeso vello de su

rostro.

—Contigo, no podría ser feliz de otra manera. —Tosió—. Es importante que sepas lo mucho que te necesito y la angustia tan grande que sentí cuando vi que las horas pasaban y ni siquiera levantabas el teléfono para recriminarme o maldecirme.

—Tendremos tiempo después para discutirlo, ahora descansa.

—No puedo, necesito saber que estamos bien, que no hay nada que enturbie nuestra relación —emitió con urgencia.

Sus palabras me reconfortaban, se refería a nosotros como a una relación, y hacía repetidas referencias a nuestro futuro. Suspiré pegada a su rostro. Hasta ahora no había sido totalmente claro en ese punto y aún me preguntaba ¿qué éramos? Me había presentado en la estación de esquí y en el hospital como su novia, pero ¿lo era? No olvidaba que Margot había hecho uso de ese título antes de mi arribo, lo que no me tenía celosa, pero sí incómoda y a las puertas de causarme un ataque de furia, por tomarse libertades tanto en la estación como en el hospital. Respiré para apelar a mi raciocinio y autocontrol.

—Debiste decirme que nos habías apoyado con el canal —terminé por expresar para zanjar ese tema y que ya no nos agobiara, quería verlo tranquilo y no atormentado con algo que ya no me robaba el sueño.

—No quería que te sintieras en deuda, ni que mediara el agradecimiento, quería descubrir qué efecto tenía en ti.

—Dejé todo y vine corriendo a buscarte, eso vale más que las palabras.

—Me encanta que estés perturbada por mí, que dejes todo y corras detrás de tu hombre.

Le habría lanzado una almohada para desinflar su ego, pero tenía que cuidarlo para que abandonara pronto la cama de hospital así que fui

condescendiente. Estamos bien, ese asunto está saldado.

—No más secretos ni más arranques de ninguno de los dos. Podremos tener diferencias, pero somos adultos y podemos hablarlo.

—Vale —dijo esbozando una sonrisita que le hizo quejarse al final de la tirantez de sus labios.

—He sentido tanto miedo que aún no me recupero del todo, pero ya estás aquí. No podré soltarte hasta que salgas caminando por esa puerta. ¿Por qué no usaste tu teléfono para pedir ayuda? Lo tenías, me hablaste.

—Cuando me deslicé por la montaña lo tuve todo claro, fue como si mis ideas se centraran de golpe al dejar la mente totalmente en blanco. Solo quería volver a Los Ángeles y abrazarme a tu cuerpo, incluso aunque te opusieras a devolverme el abrazo. Pero nos separaba la distancia, el frío y yo seguía encima de la tabla de nieve. Me detuve a tres cuartos de la base de la montaña, me volví para mirar a Peter, luego giré la vista al frente y saqué el móvil para llamarte, la señal era escasa pero milagrosamente dio timbre. El ruido me hizo regresar la vista y Peter había desaparecido tras el polvo de nieve que se levantaba en la cima y amenazaba con arrasar todo a su paso. Temí ahogarme, fue violento.

Temblé y le apreté más la mano.

—¡Es un milagro que hayan sobrevivido! —exclamé.

—No sabía si guardar el móvil en un bolsillo de la chaqueta para después pedir ayuda o moverme a prisa para sobrevivir, elegí lo segundo y el móvil desapareció de mi mano, ni siquiera sé en qué momento. Temía por Peter, pensé que ya estaría muerto por asfixia de tanto polvo o por un traumatismo.

Sus ojos reflejaron la angustia que había vivido, le besé la frente y lo obligué a guardar silencio.

—Deslizarse en esa ladera es lo más estúpido que han hecho en sus

vidas, Peter y tú.

—Hemos sorteado nevadas más densas y picos más empinados. Creímos que el exceso de nieve no era un problema, nos hemos deslizado en tablas tantas veces y en escenarios más agrestes, no pensamos que la nieve estaría completamente desbordada.

—Exactamente, no pensaron. Dave, no eres infalible y yo casi me muero de angustia. —Volvió a toser y dejé de recriminarle.

Me aprisionó los brazos con sus fuertes manos y me arrastró a su pecho, no pude resistirme a su emboscada, acaricié sus pectorales sobre la bata de hospital y le deposité besos sonoros por la amplitud de su tórax.

—Te quiero —le susurré cercana al esternón, acariciando con un dedo sus músculos y sus huesos.

Me alzó la cara y me obligó a mirarlo a los ojos, me instó a repetirlo mientras me clavaba las pupilas.

—Dilo mirándome a los ojos, es la primera vez que lo confiesas.

—Te quiero —murmuré decidida pero llena de vergüenza, pues me había adelantado, él aún no me había revelado la profundidad de lo que sentía por mí, ni me había hecho una propuesta formal, solo nos habíamos dejado llevar sin promesas ni juramentos.

—Te amo demasiado, Ashley, no quiero que volvamos a separarnos jamás —me reveló con un gemido ahogado y mi mirada aliviada reposó sobre la suya. Me arrastró hacia sus labios y nos perdimos en un beso largo, suave y tibio.

Cuando nuestros besos subieron de tono y sus manos exploraron mis zonas más sensibles, el calor de su piel alcanzó los límites permitidos, gimió contra mis labios y sus manos se aventuraron a posarse en mis caderas con intención de subirme encima de su cuerpo. Yo también lo sentía, la fuerza atronadora que me empujaba a perderme en sus caricias, buscando aliviar la

presión que se suscitaba en mi interior como lava ardiente que quería ser expulsada estrepitosamente. Sus ojos juguetones me advirtieron de sus intenciones, no le importaba el lugar. Volvió a gemir y me estremecí desgarradoramente. Sus bellos hoyuelos afloraron cuando una sonrisa de reconciliación y de deseo le devolvieron la seguridad a su rostro. Su corazón chocó una y otra vez contra la dureza de su pecho, David subió su bata y me llevó la mano hasta su potente erección, no hacía falta que constatará la humedad de mi intimidad, también lo deseaba y estaba a punto de morir sofocada por el calor que me embargaba debajo de los pantalones y el suéter de lana.

—Hubiera sido más fácil con un vestido —murmuró contra mi oído—. Pero no importa, nos la arreglaremos. Te necesito demasiado y sé que tú también lo quieres —dijo apretando mi puño sobre su enorme virilidad y moviéndola lentamente hacia arriba y hacia abajo.

—¡Oh, Dave! —jadeé mientras mis anhelos iban precedidos de sus demandas. Estuve a punto de decirle a su oído «Hazme tuya ahora», pero algo me detuvo.

Su corazón frenético retumbando contra su esternón y su piel que quemaba me recordaron las palabras del médico sobre no darle emociones fuertes y traté de regresarlo a la calma. Él no entendió por qué desaceleré cuando más excitados estábamos, no le di los pormenores del parte médico porque habría buscado el modo de hacerme desafiar la autoridad del doctor. Le di un beso corto en los labios y lo solté, me puse de pie y simulé dar un recorrido por la habitación.

—Pasa el pestillo —insinuó aún acalorado, sin entender que no me había levantado para poner el cerrojo. Lo miré como a un niño malcriado.

—Tendrás que guardar a tu amiguito dentro de esa bata de hospital y pedirle que se comporte.

—¿De qué mierda hablas? —preguntó encolerizado.

—Requieres descansar.

—Necesito moverme para entrar en calor.

—Creo que ya estás lo suficientemente caliente. Te bajó mucho la temperatura y la presión arterial, no abuses de tu torrente sanguíneo, terminará por colapsar.

—Estoy fuera de peligro —dijo con suficiencia y me desesperó su ego—. ¡Ven!

—No —preferí mantener la distancia, si me quedaba cerca de la cama y me aprisionaba con sus fuertes brazos se me haría imposible renunciar a sus envites.

Comenzó a ponerse de pie decidido a alcanzarme y corrí a su lado para evitarlo.

—No debes abandonar la cama.

—Ya te he dicho que estoy entero —dijo apresándome, tirándome sobre su cuerpo y presionando su erección contra mi abdomen.

—El médico me aseguró que amanecerás lleno de hematomas.

—Eso no me apartará del calor de tu cuerpo.

—No seas tan loco, Dave. En veinticuatro horas abandonarás el hospital y entonces lo discutiremos.

Me miró desafiante.

—Se me pondrán azules —dijo señalando a sus testículos con una expresión enojada.

—Será temporal, peor hubiese sido si te hubieras quedado para siempre debajo de la nieve, se habrían quedado azulados para la posteridad. Cálmate, ahora podrías estar muerto, gracias a Dios y a los rescatistas que hicieron una labor excelente y altamente humanitaria estás en esta cálida cama de hospital. No te comportes como un desequilibrado. Ahora seguiremos las

indicaciones del doctor.

—Sabes como bajarle la erección a un hombre.

—Además, tienes otra visita.

—¿Llegó mi familia?

—Aún no, siguen en camino, les has dado el susto de sus vidas. Llegarán más tarde. Ya les envié mensajes para que sepan en cuanto aterricen que estás fuera de peligro. Es Margot, está impaciente por pasar a verte. Ella había viajado hoy temprano para deslizarse contigo, por eso estaba en *Squaw Valley*.

Su rostro se desencajó.

—Nena, déjame explicarte —suplicó muy serio.

—Dejaré que pase a verte unos minutos, después me lo explicarás. — Me incliné para dejarle un beso corto en la boca—. ¡Tienes los labios destrozados! —Enfaticé para cortar el tema.

No deseaba hablar sobre su largo noviazgo con Margot, de su omisión a la fantástica relación que tenía con su exnovia, de sus deseos frustrados de viajar a San Francisco para visitarla, del viaje de Margot para disfrutar el *snowboard* con él, ni de que se presentó como su novia, menos de que casi me anula. Tomé un bálsamo labial sabor chocolate de *Lush* y se lo coloqué con el dedo.

—Sabe a ti —me dijo y le lancé una mirada condescendiente—. Hablaré con Margot solo cinco minutos. No tardes en regresar o me harás levantarte para ir a buscarte. Lo que tuve con ella lleva mucho tiempo muerto. Solo somos buenos amigos.

—Tal vez ella aún no lo tiene claro —solté y casi me muerdo la lengua porque me había propuesto restarle importancia, más porque a David no parecía serle muy relevante su presencia, solo sentía agradecimiento.

—Tú eres la mujer que amo —dijo tomándome la mano y mirándome

con ternura.

Salí y le indiqué a Margot que podía pasar sin darle aparentemente mucha importancia. Brown permanecía en su sitio, así que fui a relevar a mi amiga de ser necesario, me apenaba haber arrastrado a Cecilia conmigo, y estar disponiendo de su tiempo incluso para cuidar al amigo lesionado de David. Me acerqué a la puerta y escuché las inconfundibles y sonoras carcajadas de mi amiga. Me sorprendí bastante y mi cara hizo una mueca de sorpresa. Di dos toques y entré.

Mi amiga no ocupaba la silla del acompañante, sino que estaba sentada al borde de la cama de Peter mientras ambos, sobre todo ella, se reían y hablaban justamente sobre el canal.

—¡Oh, Ash, preciosa! ¡Te presento al encantador Peter! Ya hicimos negocios y ha aceptado colaborar con nosotras. ¿No es fantástico?

—Extraño lugar para cerrar un trato —les dije.

Peter permanecía acostado, con una pierna entisada y elevada, con un collarín, raspones en el rostro, con una toma intravenosa en el brazo izquierdo por el que le suministraban calmantes y otros fluidos. Se veía sumamente cansado, deshidratado y golpeado. Sin embargo, era un hombre hermoso, con unos ojos afables. Sus labios estaban en similares condiciones a las de David así que me ofrecí a ponerle también un poco de bálsamo, él aceptó, pero lo que más me sorprendió fue la reacción de mi amiga que con sutileza me quitó la cajita metálica, metió su dedo en la pasta untuosa y comenzó a embadurnar los labios de Peter. Él se veía fascinado.

—Adoro el chocolate —mencionó el muchacho con dificultad.

—Se nota —dije al ver que se estaban entendiendo muy bien.

—Saldré un rato a tomar café, los médicos solo quieren a uno por habitación —dijo Cecilia.

—Amiga, ya te he retenido demasiado, si lo deseas puedes irte con

Brown. Ya puedo hacerme cargo. Las familias de ambos estarán por llegar.

—No es molestia para mí, yo puedo cuidar a Peter hasta que lleguen sus padres —dijo entusiasmada—. Solo voy por un café.

Antes de salir le reacomodó la almohada y le preguntó:

—¿Estás bien calentito o deseas otra manta?

—Estoy fantástico, gracias.

¡Válgame Dios! Pues estaban muy a gusto pese a que Peter se veía más magullado que David. La acompañé a la puerta y le susurré sin que el otro pudiera escucharme.

—¿Qué diablos te pasa con Peter? Acabas de conocerlo.

—Es un chico muy mono, ¿no te parece?

—Sí, pero tienes novio.

—Solo soy amable. —Su risita nerviosa la delató.

—¿Qué pasa?

—Tuve que ponerle el pato para ayudarlo a orinar —una carcajada sonora se le escapó y trató de acallarla con una mano—, con tanta solución que le están suministrando le dieron ganas de orinar y la enfermera no aparecía.

—Imagino que no miraste y que él colocó su paquete en el recipiente.

—Tuvo el descaro de negar con la cabeza y volver a reír.

—Fui su enfermera, una muy eficiente. Él está muy adolorido así que tuve que asistirlo. ¡Madre mía! ¡Es inmenso!

Puse los ojos en blanco ante las aventuras de mi amiga. Me alcé de hombros y la observé marcharse muy divertida. Me senté junto a Peter y le pregunté por su salud sin poder quitarme de la mente las locuras de Cecilia, el pobre Peter convaleciente y ella aprovechándose de sus desgracias.

—¿Cómo te sientes?

—Cansado y adolorido, pero los medicamentos para el dolor me

ayudan. Igual Cecilia, con una enfermera como ella me levantaré mañana mismo de esta cama.

¡Acabáramos! Este está hecho polvo y también anda de coqueto siguiéndole el juego a mi amiga, pensé. Tenía los párpados casi cerrados, pero imagino que la presencia de una mujer bonita en su habitación estaba amenazando con robarle las valiosas horas de sueño.

—Deberías dormir, es medianoche —le sugerí—. No debiste seguir al loco de David, mira cómo has quedado.

—No fue su culpa, le insistí por años venir a las montañas de California. Cuando supe que estaba en Los Ángeles no paré de perseverar. Digamos que nos ha pasado a ambos por necios.

—Ya veo que son tal para cual.

Conversamos un breve rato, hasta que Cecilia volvió a entrar a la habitación con su café y me despedí de Peter. Antes de salir, le recordé a mi amiga.

—Peter necesita dormir, creo que sobraré el tiempo para la charla. Si es necesario oblígalo a descansar.

A punto de entrar a la habitación de David los escuché hablar, Margot era muy efusiva y demostraba el temor que sintió cuando él estuvo en peligro mortal. Pensé carraspear para no oír algo que pudiera lastimarme, pero no lo hice, me quedé congelada, husmeando en una situación demasiado incómoda.

—Aún no creo que estés aquí, Margot, no tengo cómo agradecerte que me hayas apoyado a mi familia y a mí. Sigues siendo la misma bella persona de siempre. Gracias por dejar tus cosas de lado. —Sus palabras eran sinceras y me hicieron contener el aliento, la estimaba, como amiga tal vez, pero sentía un profundo cariño por ella.

—Lo haría mil veces, sabes que tu familia y tú son especiales para mí.

—También lo haría por ti, eres una gran amiga y lo has demostrado con

creces.

—Es que no entiendo que a tu edad seas tan insensato, Dave. Antes no eras así. ¿Qué ha cambiado? —Su voz se oía como si recién hubiera llorado y le reclama como si aún fueran amantes, como si algún nexo poderoso aún los mantuviera ligados. La tensión se acumuló en mi frente, la cabeza me quería estallar. ¿Qué diablos hacía allí escuchando?

—Siempre he sido igual, solo que antes no te dabas cuenta.

—Pues entonces, como amiga te lo digo, búscate una mujer que te haga poner los pies sobre la tierra, no necesitas una que te trastorne más. ¿Qué será lo siguiente que harás para demostrar que se ha metido hasta tus huesos?

—No seas injusta, no la culpes —la reprendió suavemente, pero fue indulgente con ella a pesar de que conspiraba en mi contra—. Sabes que lo nuestro estaba muerto desde antes de conocerla, tú misma me lo repetiste muchas veces. Por eso decidimos dejarlo.

—No, Dave. Yo lo dejé porque comprendí que no podía hacerte feliz, y lo único que en verdad deseo es que te sientas pleno. Me cansé de ser la única que amara y que continuaras a mi lado por costumbre, cariño, yo necesitaba pasión. ¡Por Dios! ¡Pero ahora que la tienes a ella no estoy segura de querer dejarte ir! Si me lo pides, podría regresar e intentarlo con todas mis fuerzas. Podría conformarme con lo que me dabas. La hemos pasado muy bien. La conferencia en San Francisco solo fue un pretexto, sabía que en cuanto me supieras a unas horas de ti no te resistirías.

—No me subí a ese avión a pesar de que insististe.

—Estuviste a punto y de haberlo hecho no habrías estado entre la vida y la muerte. Solo te traigo cosas buenas y en cambio me humillas teniéndola a ella ocupando un lugar que me pertenece. Vuelve conmigo y dejaré todo atrás.

Mi corazón se precipitó en un valle de tinieblas por cada segundo que él saboreó sus palabras, por cada fracción de instante que él alargó el silencio

antes de contestar. *¡Oh, bebé! ¿Qué haces? ¿Qué necesitas pensar? ¿No me digas que los estás reconsiderando?* Me dolió pensar que la huella de aquel amor, o lo que sea que los unió en su pasado, cobrara fuerza y arrasara con nuestra pasión emergente.

—¡Cielos, Margot! —exclamó y yo palidecí, con los nudillos levantados y congelados a punto de tocar a la puerta. Bajé la mano lentamente. Mi corazón estuvo a punto de detenerse. Se aclaró la garganta. Su voz se continuaba oyendo varonil a pesar de que estaba rasposa, la desplegó por la habitación—: Lo siento, pero no puedo. Estoy como dices enamorado hasta los huesos de esa mujer. Ella no es culpable de mi desatino al bajar por esa montaña, fue mi decisión y terminó en un accidente, pero Ashley no es responsable. Ella solo me ha dado satisfacciones.

—Imagino que en la cama. La conoces hace nada, es solo sexo, se terminará cuando te aburras de la novedad. Lo que nos une es para siempre.

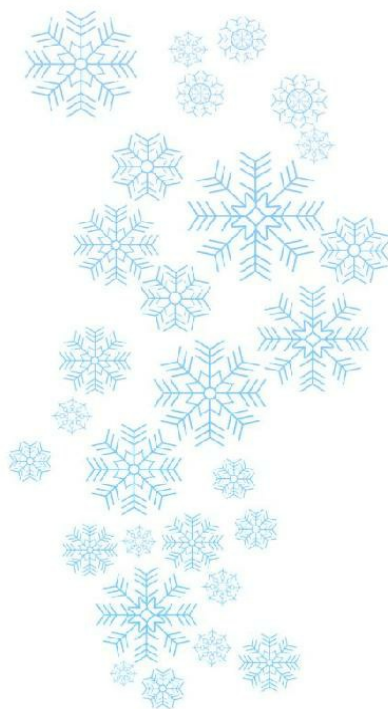
—Jamás me había sentido así en toda mi vida. Ya estoy bastante crecidito para saber lo que siento, si solo fuera sexo lo sabría. Es mejor que regreses a casa, Margot, ya te he robado un tiempo valioso y mi pareja está aquí, no quiero que salga lastimada. Sabes que te agradezco tu apoyo, pero nada va a cambiar. La quiero hasta la demencia. Perdóname por no corresponderte, pero lo que tú y yo teníamos terminó antes de conocerla. Entiéndelo, es tal como lo dijiste. Si me quieres querrás mi felicidad como yo quiero la tuya y no la tendrás a mi lado, no me perdonaría hacerte infeliz. Ella es la mujer de la que me he enamorado hasta los huesos.

Empujé la puerta sin siquiera tocar y caminé hacia adelante. Ella tuvo el descaro de ignorar mi presencia, de besarlo en la frente y de susurrarle al oído algo que perfectamente alcancé a escuchar.

—Estaré afuera por si me necesitas, corazón.

Los celos hicieron que la ira se reflejara en mi cara, ya no tenía

intenciones de disimularlo, pero tampoco me rebajé a separar los labios ahora que me sentía vulnerable, no quería soltar una estupidez, él me había dado el lugar que yo deseaba tener en su vida, era la mujer de la que estaba enamorado hasta los huesos. Terminé por sonreír cuando sus palabras se repitieron como un eco en mi cabeza. ¿Por qué diablos me sentí celosa de esa mujer? No tenía sentido. La ignoré por completo y dejé que mi mirada se repletara de él, de su hermosa presencia, incluso en aquella cama de hospital.



La luz me
encegueció
cuando una
enfermera vestida

de azul descorrió las cortinas. La escuché aclararse la garganta y me terminé de despertar. Me había quedado dormida sobre el pecho de David, sentada a su lado en la cama y recostada en la calidez de su tórax, con el sonido de sus latidos como arrullo. La enfermera se acercó a nosotros. David me tomó el rostro entre sus grandes manos y me depositó un tierno beso sobre los labios.

—Hora de pararse dormilona. Imagino que te dolerá hasta el coxis por

la posición en que te quedaste rendida —me dijo dándome una palmada en el trasero sin ninguna vergüenza delante del personal de salud.

—Compórtate —le dije entre dientes—. Saldré a estirarme y a tomar un café.

—No tardes —me dijo severo.

—No quiero ver cómo te ponen otra de esas inyecciones en la nalga y haces pucheros como los bebés.

—Creo que es un sádico castigo, tengo la sonda intravenosa e insisten en agujerearme la retaguardia.

—Así aprenderás a no tirarte en un pedazo de madera por un pico nevado.

—No ofendas a las tablas de nieve, son sagradas para mí, no son un simple pedazo de madera, están reforzadas con plástico, acero inoxidable, incluso lámina de vidrio, fibra de carbono. Cada fabricante guarda con recelo la tecnología con que las fabrican.

—De acuerdo, pero si tienes el trasero fuerte para soportar las caídas colina abajo ahora aguanta el pinchazo como todo un macho.

La enfermera rio disimuladamente. Afuera me encontré a mi amiga espatarrada en una silla en la sala de espera y a Brown roncando. Margot no se veía por los alrededores. Tosí y Cecilia y el guardaespaldas se incorporaron.

—Vamos por un café —invité a mi amiga.

—Claro —dijo somnolienta y acomodándose la ropa.

—¿Y Peter? ¿Al fin lo dejaste dormir?

—Sí, está con sus padres. Llegaron como a las tres de la madrugada.

De tus suegros nada aún.

—No son mis suegros.

—Todavía no, pero lo serán, David está enamorado de ti.

—La tal Margot, se le declaró ayer, lo quería de vuelta. —La miré inusitadamente al ver que no soltó una injuria en su contra—. ¿No dices nada?

—No tienes de qué preocuparte, él está loco por ti, demente, desquiciado. Ya quisiera un hombre que me mirara así, dispuesto a lo que sea y que me haga sentirme igual. —Rodé los ojos ante sus insinuaciones.

—La loca eres tú. Ya deberías volver a la ciudad.

Y mientras nos reíamos y nos tranquilizábamos mutuamente por el día anterior tan difícil que habíamos pasado nos sentamos a degustar un café y unos panes dulces. Le hablé rápidamente a Helen para ponerla al tanto y le envié unos mensajes de texto a mi madre para informarle de los pormenores como había hecho desde mi llegada. El hambre me había regresado y a Cecilia también. Devoramos los panes y nos bebimos dos tazas de café cada una. Pedimos un café para llevar y un emparedado para saciar el apetito del Brown, si eso era posible. Con los ojos abiertos como platos y la cafeína haciendo estragos en nuestros organismos regresamos a la sala. Margot seguía desaparecida y el guardaespaldas volvía a estar roncando.

Puse el primer pie en la habitación de David y las voces provenientes del interior me pusieron en alerta. Reconocí la voz cantarina de Wendy, seguida de la de unos señores. *¡Rayos! ¡Deben ser los Jenkins!*, pensé. Me atusé el pelo, me estiré la ropa y revisé si no había ninguna pelusa adherida a la lana. Nerviosa por conocer a los padres de David en aquella situación, sin una preparación para terminar de acoplarme a la idea di dos toques en la puerta y me introduje.

Wendy estaba reluciente, con su postura perfecta de bailarina similar a la de Helen, como si las horas de viaje no hicieran estragos en su apariencia impecable. La madre de David era preciosa, su hijo le había heredado los ojos, el color dorado del cabello y la mayoría de los rasgos. Lucía una dulce sonrisa en la que resplandecían dos hoyuelos encantadores a pesar de las

terribles circunstancias. Estaba sentada en el borde de la cama, estrechando entre sus manos con calidez la de su único hijo varón. El señor Jenkins era muy apuesto, Wendy le había heredado la mirada. Era tan alto y fornido como Dave, me di un vistazo de lo que me esperaba a futuro, se conservaba muy bien y cuando sonreía se le hacían los mismos hoyuelos encantadores que a mi chico de Alaska. ¡Válgame Dios! ¡Los Jenkins tenían hoyuelos para regalar! ¡Ya no sabía de quién los había heredado! Era una imagen de revista, una familia de integrantes fascinantes, lo fue hasta que descubrí a Margot saliendo del cuarto de baño con total familiaridad.

El padre siguió revisando las notas del médico.

—Es increíble, ya te darán de alta. Hijo, insisto en que regreses a Anchorage con nosotros, solo unos días para que termines de recuperarte.

La señora se levantó de la cama y tomando las riendas de la situación mencionó:

—Margot, Wendy, ayúdenlo a venir hasta el baño, es hora de que tome una ducha y que se adecante. Eso lo ayudará a sentirse mejor.

Wendy ni siquiera se movió, Margot lo intentó.

—Vamos, corazón, puedo ayudarte, estarás más cómodo y terminarás de quitarte el cansancio de encima —se atrevió a tratarlo con una confianza que ya no le correspondía.

David la detuvo en seco.

—Puedo pararme solo. Me encantaría tomar un baño, pero hay mucho público y me temo que la bata tiene una abertura tremenda por detrás. No me hace feliz que todos me vean el trasero.

—Aquí todos te lo hemos visto así que no seas tan remilgado. Vamos, que Margot ya se encargó de dejar el agua tibia —instó la madre.

Estuve a punto de desaparecer, pero mis pies se habían quedado sembrados en la entrada, habían echado raíces. Como pude les ordené que se

movieran para huir, pero fue demasiado tarde, Wendy me descubrió en mi intento fallido de retirada.

—¡Oh, Ashley! ¡Qué oportuna! —mencionó la hermana—. ¡Justo mi madre quiere convencer a David de que se dé una ducha! Y él dice que tiene mucho público. ¿Puedes creerlo? Yo creo que más bien está esperando por una espectadora muy especial. ¿Lo ayudas a bañarse?

—¿Ashley? —preguntó la madre volviéndose hasta mí

—Hola —dije con timidez, sorprendida porque supiera mi nombre.

—Mamá, papá les presento a mi novia, Ashley Rice —mencionó David con una sonrisa divina que me desnudó por dentro. Sus seductores hoyuelos se veían más definidos que otras veces y sus ojos traviosos me retaron. Sabía lo que hacía. Jamás me había pedido que fuéramos novios y de repente lo soltaba sin más, como si no tuviera demasiada tensión con la presencia de Margot y sus arrumacos justo el día que conocía a sus padres.

Margot se quedó de piedra, me dio pena por ella, podía entender que lo amara y que quisiera recuperarlo, incluso que me odiara y quisiera separarnos, pero había jugado con fuego, David ya había dejado las cosas claras entre los dos y ella insistía en llevarlo al extremo. El amor no puede obligarse ni por agradecimiento, ni por costumbre, solo puede sentirse. La observé despedirse ante la afabilidad de los Jenkins que eran muy abiertos de mente, la familia le agradeció sus atenciones y la dejaron partir.

Quería que la tierra me tragara, la situación era incómoda. ¿Qué diablos pensarían sus padres de mí? ¿Me verían como una usurpadora o entenderían que Margot se había sobrepasado en extremo al no respetar la decisión de David?

—La maravillosa chica de la que tanto hemos hablado, la que ha hecho que el idiota de mi hermano esté un poco más loco que lo habitual —soltó Wendy sin nada de vergüenza para romper el silencio incómodo que quedó

tras la partida de Margot.

Sus padres también estaban apenados, no podían disimular que le tenían afecto a la chica y perdonaron su intromisión. ¿Serían capaces de aceptarme?

—¡Oh, gracias, nena, por todo lo que has hecho por mi hijo! Wendy nos ha puesto al tanto —dijo la señora con amabilidad y pude soltar el aire que se apelmazaba en mis pulmones, su comentario afectuoso me calmó bastante.

—No tiene qué agradecer —mencioné intentando que el temor me abandonara y comportarme con naturalidad, pese a la rara situación en la que nos presentaban.

—¡La divina Ashley! —dijo el padre de David—. Al fin nos conocemos. Mucho gusto. La señora Jenkins es fanática del canal donde salen tu amiga y tú. No se lo pierde.

—El gusto es mío —dije sorprendida.

—El señor Jenkins también es aficionado a verlo, aunque no quiera admitirlo, aquí tienes a dos seguidores, Ashley —agregó la señora—. Eres todavía más linda en persona, ahora entiendo por qué mi hijo está completamente enamorado de ti.

David carraspeó y me hizo señas para que lo acompañara a ducharse. Cerró la puerta del cuarto de baño tras de sí y escuchamos a su padre decir.

—Se comportan, estaremos aquí esperando —insinuó el señor Jenkins.

—No sean exagerados, démosles un poco de privacidad para que David pueda quitarse el exceso de mugre que trae encima con tranquilidad —lo molestó Wendy y a la par contribuyó a darnos privacidad—. Aguardemos en la sala de espera.

David pasó el cerrojo del baño y sin ningún pudor se quitó la bata quedando delante de mí tal y como había nacido. Me quedé a punto de babearme, ni los cardenales que se comenzaban a formar por la superficie de

su piel hacían que se viera menos perfecto.

—Cierra la boca —me dijo—. Estás a punto de babear.

—Maldito arrogante.

—No es justo que tengas estas magníficas vistas, mientras yo no tengo nada. Quítate la blusa, déjame verte.

—¡Cálmate, Narciso! Estamos en un hospital.

—Estás muy abrigada, con el vapor del agua caliente vas a sudar.

—Entonces no lo demores tanto.

—Ven —dijo y con un dedo me indicó acercarme—. Estoy en una pieza, me siento bien, salvo unos moretones, así que quítate esa ropa y entra a la ducha, hay toallas de sobra para los dos. Tú también me agradecerás el agua.

—¿Has perdido el juicio? ¿Cómo explico salir con el cabello chorreando agua cuando me dirija a la sala de espera?

—Si eso es lo que te preocupa, puedo arreglármelas para que no se moje ni una hebra.

—Lo dudo, terminarás por perder la noción de donde estamos. Tenemos tiempo de sobra. Ya que estás en una pieza y puedes tú solo, termina de asearte y vestirte, te esperaré en la habitación.

—No te atrevas a salir por esa puerta.

—Mírame hacerlo —dije con la confianza recobrada a tope—. Hablaré seriamente con tu médico, para ver si ya te permite experimentar emociones fuertes, te veo fantástico.

—Así que de eso se trata.

—Apresúrate. Soy la más interesada en sacarte de aquí. Tenemos que ponernos al día.

—Ayúdame, estoy convaleciente. Necesito que me laves —dijo mirando su resuelta desnudez.

Tomé el jabón líquido y comencé a derramarlo en la palma de mi mano para luego frotarlo con cuidado en su maltrecha piel, se quejó cuando repasé las zonas más lastimadas.

—Lo haré más suave, señor Recuperado —le susurré mientras continuaba haciendo brotar la espuma y refrescándolo con aquel jabón de aroma a menta. No podía disimular, aún no estaba al cien por ciento.

Acaricié con el jabón cada parte de su cuerpo con especial énfasis, deslicé el chorro tibio de la ducha de mano para retirar la espuma y luego lo sequé a toquitos con delicadeza. Y así, con su perfecta anatomía a la vista mientras me enfocaba en no lastimar los golpes de los hombros, las piernas y el tórax, así como su altiva frente, él me emboscó para no dejarme escapar de sus brazos. Nos perdimos en un beso largo, uno que casi me hace sucumbir, si no llega a ser por unos toques sobre la puerta y el aviso de Wendy de la llegada de una visita.

Llena de curiosidad ante la inquietante intromisión, le frené los impulsos y lo ayudé a vestirse y a peinarse, mientras me admiraba de su belleza. La deliciosa complicidad de sabernos en un lazo más íntimo me hacía albergar sentimientos desconocidos, pero a la vez, las palabras de sus padres de llevárselo a Alaska, donde de seguro recibiría la insistente visita de Margot, con sus insinuaciones, no me dejaban tranquila.

—¿Qué tienes? Eres una montaña rusa, tu rostro era un arcoíris mientras me bañabas y ahora que estoy listo te has quedado pensativa. ¿No te gustó el resultado? Creo que eres una estupenda enfermera, lo has hecho muy bien.

—¿Te irás a Alaska unos días?

—¿Eso? Ven acá, mi amor —dijo abriéndome los brazos y refugiándome en su pecho, me besó la frente—. Iré solo a donde tú quieras que vaya. No pienso viajar a Anchorage, mis padres están nerviosos por lo que

pudo pasar, pero no me iré a ningún lado. Me quedaré a tu lado unos días.

—¿Y después?

—Regresaré a New York, pero si lo deseas puedes acompañarme. Mi oferta para que vivamos allá y rentemos un nuevo apartamento sigue en pie.

—Aquí tengo mi vida, el canal, mis amigos. Tu empresa es en línea —sugerí y no quise agregar que él aún no se había asentado y le sería más fácil cambiar de residencia.

—Llegaremos a un acuerdo factible para los dos, sé paciente.

Cuando abandonamos la habitación los Jenkins nos esperaban listos para partir, recordé la visita y supliqué que no tuviera nada que ver con los intentos de Margot de recuperarlo o con alguna otra admiradora que saliera de la nada. Me quedé estupefacta al ver que eran mis padres. Los Jenkins estaban atónitos, la verdad era que yo no, me sorprendía que no hubiesen llegado antes y es que mis padres eran fabulosos. Aunque todo fue precipitado se solidarizaron de inmediato, más al saber que Dave era hermano de la amiga Helen. Hice las presentaciones y por suerte se agradaron a la primera.

—Mamá y papá les presento a los señores Jenkins. También les presento a David, a Wendy ya la conocen por Helen —dije.

Mis padres les estrecharon las manos y se desvivieron en comentarios acerca de la salud de David, preocupados por las consecuencias del accidente, siendo en extremo amables, tal y como también lo fueron los Jenkins con ellos.

—Bueno, gracias a Dios la situación está controlada —manifestó papá.

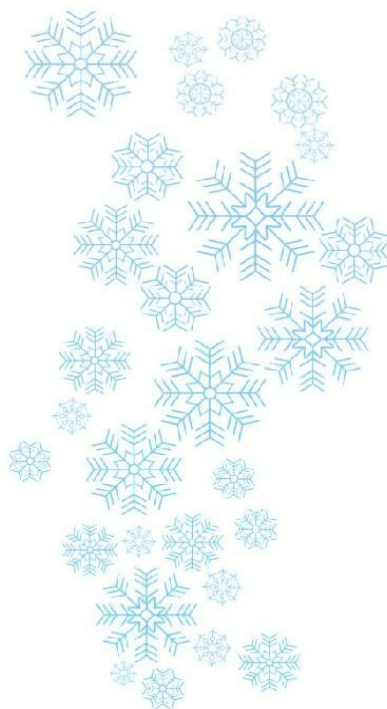
—Nos asustamos mucho por ti, David. Es un alivio que termine esta pesadilla para todos, Ashley estaba desesperada y nosotros con ella. Sabes que las puertas de nuestra casa están abiertas para ti y para tu familia.

A David le agradaron mis padres, no pudo disimularlo, se esmeró por congraciarse con papá y fue especialmente cortés con mi madre, quien quedó

flechada tras sus atenciones. Sugirió que nos quedáramos aquella noche en uno de los hoteles de la zona, para que conviviéramos antes de regresar a nuestros respectivos destinos. Todos necesitábamos dormir y comer decentemente, así que les pareció una magnífica idea.

Cecilia y Brown se dirigieron rumbo a Los Ángeles, les agradecí sobremanera el apoyo que ambos me brindaron y pedí que ese agradecimiento fuera extensivo al señor Marcel, el padre de mi amiga. Ya me encargaría de darle las gracias en persona cuando regresáramos a la ciudad. Nos despedimos de Peter y su familia, quienes se quedarían un par de días más en el hospital hasta que pudiera viajar. Los Jenkins y los Rice nos dirigimos al hotel sugerido por David.

20



Cuando nos entregaron nuestra habitación y cerró la puerta tras de sí se quedó pensativo, sin abrir la boca, con la espalda recostada a la madera de la puerta.

—¿Qué haces? Estamos apurados, quedamos en comer con nuestros padres a la una. No me ducho desde ayer y tengo el pelo hecho un asco. Por suerte tienen secador y podré verme medianamente decente —dije sin parar de moverme, mientras me quitaba los zapatos y el exceso de ropa dejándola dispersa por doquier y con intenciones de correr al cuarto de baño.

—Tú siempre te ves bien, incluso con esas bragas extrañas —esbozó con seriedad y me giré a verlo, se veía endemoniadamente sensual, aunque

tuviera cara de pocos amigos, aún no había recuperado el tono natural de su voz—. Vamos, estoy esperando que te quites la ropa interior, no me arruines la fiesta.

—¿Hablas? Pensé que te habían comido la lengua los ratones —ataqué.

—¿Qué diablos llevas puesto?

—Son bragas térmicas, para no congelarme.

—No creo que esa zona de tu cuerpo requiera calor extra, suele ser una hoguera, una que me quema vivo.

La potencia de su tono irascible y marcadamente erótico, a pesar de la ligera afonía, envió una sacudida desde mis costillas hasta la parte baja de mi vientre, me hizo frenar en seco. Esas insinuaciones indecorosas tan típicas de David. Me puse a la defensiva porque sabía por donde venía y había indicaciones del médico que cumplir.

—¿Hay algo que no te agrade? Te noto incómodo, aunque quieras sonar desenfadado no puedes disimularlo. ¿Te pareció muy apresurado que conociéramos a nuestros padres y que ellos se conozcan entre sí?

—Eso no me molesta, tal vez si lo hubiéramos planeado no habría salido mejor.

—¿Y entonces qué te enoja?

Caminó lleno de confianza hacia mí con esa forma de andar varonil que se me hacía irresistible, quedé hipnotizada con el movimiento de sus poderosas pisadas. Levanté los ojos para fundirme con los suyos, me lo demandaba. Repasó una vez más mi ligereza de ropas y se apoderó de uno de mis senos por encima de la copa del sujetador, mientras me aprisionaba contra la puerta del baño con todo su cuerpo. Me acarició profusamente sin dejar de fustigarme con la mirada.

—¿Seguro que aún no lo adviertes? —Me alcé de hombros y él se apretó aún más contra mi pecho sin dejar de observar la perplejidad de mi

rostro—. Me presentaste como David, en cambio con mis padres yo te mostré como mi novia. ¿David tu amigo, tu amante o qué? —Sentí más fuerte la presión de sus duros músculos contra mi tórax, casi avasallaba mis senos.

—Estás demente, Dave. Me presentas a tus padres como tu novia y no me lo has pedido ni siquiera informalmente —murmuré rehuendo de la fuerza de su mirada.

—Te confesé que te amo locamente —dijo inclinándose para rozarme la nariz con la suya—. Dejé mis asuntos abandonados en New York para correr tras de ti hasta Los Ángeles. Le he dicho a mis padres que somos novios. ¿Sigue siendo un mensaje confuso para ti?

—Creo que sí —murmuré y tragué en seco. El calor que desprendía de su piel me envolvía de una forma muy placentera, su delicioso aroma mentolado con notas de bergamota inundaba mis fosas nasales. Alcé aún más la vista y me llené de valor, desafié su mirada reflectante—. Me gustan los mensajes directos, donde uno pregunta y el otro responde con un sí o un no. Odio que tomen decisiones por mí.

—Y no pretendo hacerlo. Parecía que también querías tener algo serio conmigo.

—Debiste consultarme porque es lo que se hace en esos casos, no darlo por sentado. ¿Por qué estás tan seguro que diré acepto?

—¿Acaso no lo estás? —inquirió frunciendo el entrecejo—. Hasta donde recuerdo estábamos muy bien o eso te encargaste de recalcar. Si no me quisieras no habrías venido a enterrarte en la nieve con tal de salvarme la vida.

—¿Y quién ha dicho que no te quiero?

—¿Pero? Por como lo dices sé que hay uno. —Me miró desafiante. Completamente cansado de debatir se derrumbó, descansó su frente sobre la mía.

—Si deseas que seamos novios tendrás que pedirlo y no asumir que aceptaré solo porque estoy loca por ti. No me gustaría que a futuro sacaras conclusiones por mí. ¿Qué tal si dejas de usar el condón porque crees que quiero hijos? ¿O si rentas un departamento para los dos en New York porque piensas que dejaré todo y me mudaré contigo?

—¿Estás loca por mí? —Fue lo único que retuvo, su erección rebotaba y latía contra mi vientre.

—Lo suficiente para tolerarte. —No podía ser que solo esa frase hubiera rescatado de mi discurso. Tragué en seco, el calor me abrasaba, aunque fuera de la habitación el frío hiciera de las suyas.

Se dejó caer de rodillas arrastrando la dureza de sus pectorales al ras de mi piel, gimió cuando sus huesos rozaron la madera del piso, aún estaba resentido del accidente, me tomó las manos y me dijo mirándome al centro de los ojos.

—¿Te gustaría ser mi novia, Ashley Rice?

—¿Qué haces? ¡Te vas a lastimar!

—Te pido que seas mi novia, mi amor, mi pareja, mi compañera de vida.

—Pero no era necesario que te destrozaras aún más las rodillas.

—Procuro que el mensaje sea directo y contundente. Responde.

Una sonrisa se dibujó en mis labios y me lancé a los suyos, donde le susurré:

—Acepto ser tu novia David Jenkins.

Hizo gesto de pesar cuando se levantó del suelo con rapidez, me tomó en brazos, y besándome en la boca, me alzó del piso.

—¿Qué haces? Tienes prohibido esforzarte.

—Bañera, piso frente a la chimenea, en el centro del salón, sofá y en donde te encanta, la cama, la lista de cada sitio donde la hemos pasado

excelente. No recuerdo que la ducha esté en nuestro repertorio.

—Tampoco lo recuerdo —admití con la voz entrecortada comprendiendo por dónde venía.

—Me gustaría añadirla, quiero hacerte mía en todos los lugares inimaginables.

—Te harás daño, la ducha puede ser peligrosa.

—Sabes la impotencia que siente un hombre cuando su amigo queda enterrado en la nieve por algunos minutos, necesito urgentemente comprobar que sigue funcionando. Tal vez el doctor no debió darme de alta, quizá necesite algún tipo de tratamiento intensivo —masculló entre dientes, me tomó la mano y la llevó con prisa hasta su entrepierna. Cerró los ojos y gimió con fuerza cuando se acarició con mis dedos—. Por suerte me he traído la enfermera a la casa.

—Te dije que voy a ducharme —aclaré sin poder renunciar a acariciarlo por encima de la ropa.

—Te corrijo, yo voy a ducharte, ahora es mi turno de devolverte el favor.

—Nuestros padres aguardan, sería descortés hacerlos esperar —me resistí a sus ataques, pero el calor que se apoderaba de mí me estaba haciendo cambiar de idea muy rápido.

—Cuando estabas distraída les dije que llegaríamos algo tarde, que necesitaba descansar y lo entendieron perfectamente, acaban de darme de alta y es prioritario que me cuides. No te resistas más, ya he dejado que abuses de mí impunemente. —Lo miré sin entender a qué se refería—. Tus manos sobre mi cuerpo mientras me enjabonabas ha sido una excitante tortura, es justo que te hagas cargo de las reacciones que provocas en mí. ¿O creías que saldrías ileso?

—¿La idea de pasar la noche en el hotel entonces no era por lo mucho

que deseabas conocer a mis padres?

—En parte, digamos que hay tiempo para todo. Ahora solo puedo pensar en hacerte mía.

—Debes reposar y no hacer esfuerzos físicos. —Le importó poco mi sugerencia y sus visibles lesiones. Me robó un suspiro cuando me levantó del piso como si mi peso fuera el de una pluma.

—No me cansaré, quiero hacerte el amor muy despacio.

Me colocó con delicadeza sobre la ducha, me giró de espaldas y tocó el cierre de mi sostén. El clic cercano a mi espalda me estremeció, se deshizo de él y deslizó sus manos a lo largo de mi talle hasta aterrizar sobre el borde de mis bragas térmicas.

—Esto es desconcertante, señorita. Nos desharemos de ellas para siempre.

El agua tibia me envolvió por completo, tomó el champú y lo depositó en mi pelo, masajé con movimientos envolventes sin importarle que el agua lo salpicara. Luego apretó con fuerza el gel de ducha y un chorro potente se estrelló contra mi cuerpo, el que comenzó a descender lentamente, dejando un rastro jabonoso a lo largo de mi piel. La talló sin prisas, mientras las mangas de su camisa se empapaban. Cerré los ojos cuando la sedosidad del jabón hidrató cada resquicio de mi superficie. Emití un gemido entrecortado. Cuando despegué los párpados él estaba agradablemente mojado, se lanzó a mi boca y yo a desabotonarle la camisa salpicada para fundirme en la dureza de sus pectorales, mi cálido refugio.

Se dejó atraer por mis labios entreabiertos y se lanzó por ellos, sin importarle sumergirse en la cascada de agua caliente que brotaba desde el techo. La camisa quedó afuera y me lanzó unos lametones húmedos sobre la boca. Mis manos insistentes se apoderaron de su bragueta y nuestros sentidos se pusieron alertas. El pantalón chorreante fue lanzado lejos por el propietario

impaciente. Mis dedos no se detuvieron hasta llegar al borde de sus bóxeres, los hice descender con rapidez a lo largo de sus fuertes piernas. Su erección rebotó al sentirse liberada y fue a pegar justo en la entrada de mi intimidad. Un cosquilleo me invadió por completo y me hizo arquearme entre sus fuertes brazos. Dave bramó de placer y noté que su respiración alcanzaba un ritmo agitado.

Me obligó a apoyarme en sus hombros y gimió lento cuando me recargué en el lastimado, quise retroceder y no me lo permitió. Me siguió besando y se apoderó de mis caderas, me alzó sin previo aviso y propició que nuestros sexos confluyeran. Un latigazo en mi parte baja me hizo saber que estaba lista, pero me lo demostró a rabiar, con urgencia, mientras él se deleitaba y no quería que nos invadieran las prisas. Tal vez mis manos sobre su cuerpo, mientras lo había bañado, había sido tortuoso y ahora se deleitaba en la venganza.

—Juro que jamás te dejaré revolverte en tus deseos, no lo dilates, hazme tuya —supliqué.

Una sonrisa malvada contra mi cuello, un cariñoso mordisco y una succión profunda en una de mis clavículas. Lo necesitaba dentro llenando todo mi espacio, sin que quedara un rincón sin pertenecerle y él se tomaba su tiempo. Lo cogí del pelo casi con violencia y le levanté el rostro para que quedara cercano al mío, de nuevo su pérfida sonrisa amenazaba con desquiciarme.

—Nena, disfrútalo. Respira, déjate llevar.

Si me dejaba llevar iba a provocar una implosión en mis entrañas antes que su hombría se deslizara por mi interior. El vello de su barba pegado a mis mejillas, su jadeo agónico cercano a mi cara, nuestros cuerpos restregándose el uno contra el otro como un juego sexual entre adolescentes vírgenes. Me recargó sobre la pared para liberar una mano y acariciarme la entrada a mi

refugio secreto, se sorprendió del exceso de fluidos que no provenían de la cascada que teníamos sobre nuestras cabezas y deslizó un dedo al interior para intentar aliviar la presión que me consumía, eso solo consiguió avivar más la flama y que el ritmo de mi respiración se elevara. Lo movió con cadencia y justo cuando sentí que tendría un poco de paz y que por fin iba a liberarme, lo sacó imprevistamente, dejándome consumida en una hoguera de perdición. Acercó sus voluptuosos labios a mi oído y su voz sensual me arrasó por completo.

—Preciosa, estás tan lista que es un crimen si no te tomo de inmediato. Mira cómo me pone que me desees tanto —dijo empujando su dura virilidad contra la pared externa de mi sexo. Lo frotó sin clemencia.

—¿A qué juegas, David? —pregunté entre ahogos.

—Quiero que nuestra primera vez en la ducha sea inolvidable.

Teníamos tantas primeras veces y él se dedicaba en que cada una fuera tremendamente especial. Continuó frotándose, pero ahora contra los labios de mi abertura, estaba a punto de rogar que, aunque fuera por piedad, me poseyera hasta perder la conciencia y olvidar mi nombre.

—¡Oh, nena, eres tan dulce! —Sus palabras mandaban señales a mi cerebro que me obligaban a diluirme más ante sus ardientes caricias—. Quiero que nuestra primera pelea quede para siempre en el olvido. ¿En verdad me has perdonado por completo? Nada de resentimiento. Dime.

—Cero rencores —dije jadeando expectante. Yo solo quería una invasión arrolladora.

—Perdóname, no quiero hacerte enojar nunca más, pero eso es difícil, eres muy explosiva —soltó contra mi otro oído. *Explosiva*, esa palabra que me hacía arder en llamas y romperme en diminutos y estrepitosos pedazos acompañados de gemidos fue todo lo que captaron mis sentidos. Necesitaba liberarme con urgencia, necesitaba que de una vez invadiera mi sexo y que

fuera enérgico.

—¡Quiero explotar, David, tómate ya! —gemí contra sus labios muy rojos por el esfuerzo de sostenerme. No se inmutó ante mi reclamo, continuó martirizándome con movimientos ondulantes, castigándome a las puertas de mi agonizante centro de placer. ¿Hasta cuándo duraría esta tortura? Me urgía lanzarme en picada por el precipicio.

—Mírame a los ojos. Te voy a hacer mía, completamente mía —rugió y mis latidos se aceleraron ante la advertencia. Mis expectativas fueron superadas cuando los espasmos comenzaron a sacudirme a la par que Dave se deslizaba lentamente en mi interior, invadiendo terreno y colonizando cada milímetro. La fricción de su hombría por mis paredes vaginales me robó un orgasmo que se deshizo en pequeñas pulsaciones que lo abrazaron y lo acompañaron en su entrada triunfante, a la par que mi cuerpo se adaptaba a su tamaño y su grosor. Un gemido gutural se escapó de sus labios que, tras aliviar su garganta, esbozaron una sonrisa de satisfacción, su pecho estaba henchido de orgullo y esos malditos hoyuelos acrecentaban mis ganas de ser su dueña para siempre.

—¡Oh, Dave! ¡No te pares!

—Nena, estás particularmente sensible. Te has corrido en la primera estocada. —Sus bromas en todo momento ya no me molestaban, solo conseguían excitarme más.

Mis jadeos le dieron a entender que necesitaba volver a liberarme, empecé a contonearme encima de sus caderas y él comenzó a arremeter suave y dulcemente, se tomaba muy en serio lo de hacer el amor.

—¡Oh, David, pretendes robarme la razón! —grité.

—Pretendo robarme otra cosa para siempre.

—Eso ya lo tienes, cretino —susurré cariñosamente dándole a entender que ya me tenía ensartada profundamente.

—Me refería a otra parte de tu cuerpo —dijo depositándome un húmedo beso sobre mi corazón.

Arremetió con idéntico ritmo, mientras la ternura de sus movimientos me arrebatava otra convulsión, que vino acompañada de otras que me sacudieron entera ante su mirada de satisfacción. Mis jadeos fueron subiendo de tono y los suyos me hicieron coro. Era agradable escucharlo gemir pegado a mi rostro, fundidos como un solo cuerpo. Me aseguró que sería muy suave, pero cada fracción de minuto comenzó a perder el control y su mente también se fue dejando llevar, hasta que se olvidó de usar la lógica mientras me embestía en ascenso, cada vez más fuerte, más profundo, más intenso, hasta que fue poseído por una fuerza descomunal, como si no hubiera estado dos días atrás a las puertas de la muerte.

—Te amo tanto —me susurró sobre los labios clavándome sus pupilas en las mías enamoradas, sin dejar de golpear su pelvis contra la mía de manera frenética. Lo sabía, su momento estaba llegando, cuando eso sucedía se ponía particularmente meloso y era delicioso acceder a la parte de su cerebro repleto de Ashley—. Te quiero como jamás pensé que llegaría a querer a una mujer. ¿Tú que sientes por mí, dulzura? Dímelo, dime si me amas que lo necesito escuchar tremendamente. No solo saber si estás loca por mí, quiero oír que me soportarás a tu lado para el resto de tu vida.

—Te amo, David y amo tus confesiones previas a tu orgasmo —gemí disfrutándolo al máximo.

En verdad lo adoraba, era como meterme por una ventana dentro de su cabeza y poder acceder a sus pensamientos, todos gritaban mi nombre. ¡Ashley! ¡Ashley! ¡Ashley! Me encantaba que lo dijera mientras me clavaba literalmente contra lo que fuera, en este caso el mármol tibio y exudado, por los vapores del agua caliente, que nos envolvía, mientras nos seguíamos agitando el uno contra otro.

—Ashley, ahora, ¿tocamos el cielo juntos? —pidió.

—Sí, Dave, es lo único que quiero.

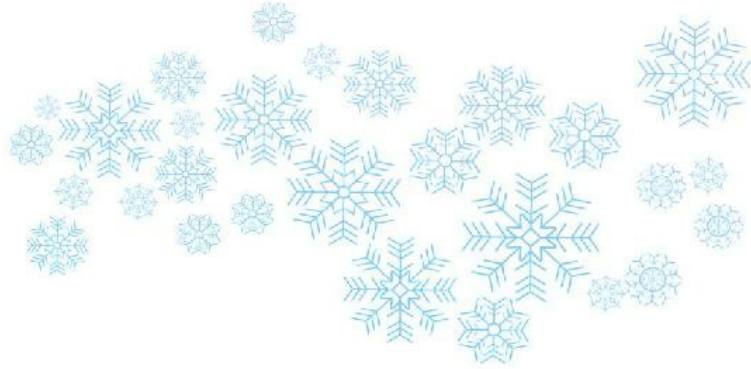
Me perdí bajo el impetuoso fuego de sus caderas mientras él se desarmaba en potentes pulsaciones que le recorrían desde el vientre hasta sus zonas erógenas y se derramaban palpitantes en lo más profundo de mi intimidad. El amor nos arrasó por completo y se escapó en forma de fluidos de nuestros cuerpos, los míos lo recubrieron por completo y los suyos se alojaron muy adentro de mi ser.

Y mientras nuestras respiraciones agitadas iban recobrando el ritmo habitual tras los últimos espasmos de nuestro clímax, concluí que hacer el amor era muy distinto a tener solo sexo placentero, el sexo trataba de sensaciones, pero al combinarlo con amor se involucraban también las emociones y los sentimientos, lo que le otorgaba un poder impresionante y le imprimía una potencia a cada movimiento, embestida y caricia, que las volvía especiales, las elevaba a la cúspide.

Mi conclusión fue certera, pero la de David me dejó sin palabras. Me lo soltó sin más, como un susurro al oído, haciéndome erizar de los pies a la cabeza después de un estimulante mordisquito en la oreja acompañado de la caricia deliciosa de su aliento fresco.

—Tener sexo es rico, pero hacer el amor es fulminante.

Epílogo



Mis padres no
pudieron
poner
objeciones

cuando David comentó como si nada que nos iríamos a vivir juntos a los tres meses de conocernos, pero en realidad, cuando les notificamos ya teníamos todo listo para mudarnos. Y aunque no pudieron oponerse, mi madre puso el grito en el cielo. Terminaron por entender que era pronto, pero la distancia nos estaba matando. En esos noventa días nuestras millas de vuelo habían aumentado soberanamente por los viajes que hacíamos de una ciudad a la otra. No resistíamos más de una semana separados. Él no podía seguir en el departamento de Manhattan con los bailarines, era diminuto y antes de rentar en New York, luego de hablarlo como pareja, se nos hizo sensato alquilar un sitio para los dos en Los Ángeles, también se enamoró de la ciudad y del clima.

Peter, el chico que nos presentó en circunstancias adversas, a quien

conoció en sus estudios en Washington y quien era oriundo de Los Ángeles, también se unió al canal una vez que logró estabilizarse y nuestro equipo comenzó a conformarse. Cecilia y él se hicieron grandes amigos. Con la experiencia de David, los talentos de Peter y el carisma de Cecilia y míos, nuestro proyecto se consolidó en el mundillo del *Internet*. David continuó con su empresa en línea, en la que Peter también se involucró de lleno y les fue fenomenal.

Nuestro noviazgo marchaba sobre ruedas. Mis padres amaban a David, mamá terminó traicionándome y poniéndose de su parte en demasiadas ocasiones y con mi padre tuvo una química muy especial. Se entendieron desde el primer día que se los presenté en aquel hospital.

Nos perdimos el uno en el otro como lo haríamos por mucho tiempo más. Aprendí a vivir con su locura. No me raptó a una cabaña perdida en Alaska, pero sí rentó un departamento en Los Ángeles y lo convertimos en nuestro propio nido de amor. Teníamos la cama, el clima delicioso, el mar y unas montañas llenas de nieve en donde se empeñó en enseñarme a esquiar, para lo que aún no teníamos fecha.

Su presencia en mi vida, su risa, de la que era adicta, y sus besos me hicieron caer en un pozo de cálidas e intensas sensaciones, que me acompañaron desde esa fecha en sucesivas vivencias que terminaron por aterrizar en el día menos esperado.

Alaska, un invierno después.

Iba forrada con toneladas de ropa y con mi abrigo de polo norte sobre mis piernas, gracias a la calefacción del taxi. No sé en qué momento me había dejado convencer de tal desatino, la señora Jenkins había sido tan insistente que terminé por aceptar pasar la Navidad con ellos. Desde que aterrizamos en Anchorage y abandonamos las instalaciones del Aeropuerto Internacional Ted

Stevens, me di cuenta de que el frío de este sitio era descomunal. Maldije hasta que me metí en el taxi y David me obligó a desembarazarme del abrigo de esquimal que había traído como mi más fiel aliado para no morir congelada.

Tendría que hablar con sus padres, eran excelentes y entendía que para estas fechas el restaurante se desbordaba de clientes y que para ellos la Navidad en familia era sagrada, pero no podíamos visitarlos en invierno, iba en contra de mi espíritu de supervivencia. David se veía muy tranquilo, con los hoyuelos en su máxima expresión, con un brillo malévolo en la mirada que solo me confirmaba cómo disfrutaba llevarme al límite.

—Lo siento por tus padres y sus estrictas tradiciones. Es la primera y la última vez que venimos para estas fechas —admití.

—La pasaste genial la Navidad pasada en Manhattan, dijiste que será por siempre inolvidable. —Lo miré embobecida, obvio que lo sería si nos la pasamos muy ocupados.

—¡Madre mía! El frío es infernal.

—No es como para exaltarse tanto.

Por supuesto que, para él, que había nacido con la escarcha pegada en el trasero y que su mejor amigo había sido *Olaf*, esta situación se le hacía perfectamente normal. Pedí al conductor que por favor subiera la calefacción y me importó poco que señor Alaska comenzara a quejarse del calor y hacer mohines con la boca. Entornó los ojos y antes de que profiriera una frase autoritaria para obligarme a regresar a la temperatura anterior me quejé para que entendiera mi punto.

—Moriré de una neumonía.

—Exagerada, me estás haciendo sudar. Por favor, señor, bájele unos grados.

—Señor taxista, no lo escuche o me tendrá que llevar congelada a la

clínica más cercana. —Por suerte fui más persuasiva y el hombre no se atrevió a tocar la calefacción.

—Me causarás un sofoco —bufó.

Exagerado era él, solo tendría que aguantar unos minutos, según mis cálculos ya debíamos estar por llegar a la casa de los Jenkins, es más, el taxista al parecer nos quería cobrar de más pues estaba yendo por el trayecto más largo. Había repasado varias veces el trayecto en una aplicación en el móvil para conocer mi nuevo destino. Ya habíamos transitado por la autopista Seward, justo como refería la aplicación, pero desde que giramos a la izquierda en dirección a la autopista Alyeska se me hizo sospechoso, no me la había referido la herramienta de búsqueda. Si David no hubiera estado tan ocupado en llevarme la contraria descubriría las intenciones del conductor. Otra vuelta y otra más y ya me sentía perdida.

—Este no es el camino que lleva a la casa de tus padres, además, según mis cálculos ya deberíamos haber llegado y llevamos más de cuarenta minutos rodando. —No podía restarle importancia.

—¿Cómo lo sabes? Siempre estás distraída con las redes sociales y ni siquiera miras por la ventanilla.

—Eso parece, pero en verdad tengo los ojos puestos en todo y me gusta observar las señalizaciones. Estoy segura que este no es el recorrido que hice en el mapa en línea.

—Pensaba llevarte antes a hacer un muñeco de nieve —soltó con un brillo suspicaz en la mirada.

—¡Lo sabía! Llega la Navidad y se te empiezan a ocurrir esas ideas extrañas. Nada de muñecos de nieve, ni de patinar y mucho menos esquiar.

—¡Cálmate! Pareces histérica —soltó divertido mientras le pedía al taxista que aparcara el auto en medio de la carretera.

El hombre lo miró preocupado y le preguntó varias veces que si estaba

seguro. Eso me hizo ponerme en alerta de inmediato. ¿Y ahora que tramaba? Porque era evidente que el conductor del taxi estaba muy sorprendido.

David sacó nuestro equipaje mientras mi quijada rozaba mis pies, valía la pena mencionar que el suyo era más prominente que el mío. Casi lloro cuando el auto desapareció de nuestra vista.

—¿Para qué diablos paramos en medio de la nada? —inquirí a punto de darme un infarto.

—Es una sorpresa —dijo apretando los labios para reprimir su sonrisa, odiaba cuando lo hacía porque solo vaticinaba una travesura mayúscula, de las que me hacían replantearme por qué seguía con ese demente.

—Sabes que las odio.

—Solo al principio, al final terminas fascinada. No quiero enumerarte la infinidad de veces que me has agradecido por mis fabulosas ideas —tomó su gorro y se lo caló hasta las cejas, se ajustó la bufanda, miró su impermeable con desagrado y lo empujó como pudo dentro de una mochila. Se ajustó sus botas altas todo terreno. Al parecer el calor del vehículo, su ropa de lana y una chaqueta le bastaban para enfrentarse al clima invernal.

—No sé por qué me temo que esta vez será diferente —me seguí quejando.

—¡Amorcito, mueve el trasero, por favor, y ponte el abrigo! —Me extendió una mochila y sacó de su interior unas botas similares a las tuyas, pero de mi talla—. Será mejor que te las pongas, o los tacones de aguja de tus botines *Nine West* te dejarán enterrada en la nieve.

—¿Pero qué diablos?

—Hazme caso, nevará en un rato más.

—Lo dices como si fueras el tipo de las noticias que informa del clima.

—Me resulta más útil conocer el pronóstico del tiempo que la moda otoño – invierno. Cúbrete las vías respiratorias con esta bufanda —me dijo

sacándola de la mochila y entregándomela—. Tus accesorios en tendencia no te protegerán del frío, no quiero que pesques un resfriado y me agües la fiesta.

—¿La fiesta? —pregunté corriéndole detrás mientras abandonaba la carretera y se adentraba por un sendero bordeado por pinos enormes moteados de cristales de nieve—. ¿Y qué has preparado? ¿No me digas que tu familia y tú se les ha ocurrido pasar la Navidad en una zona agreste lejos de la civilización?

—Apura el paso y cierra el pico, guarda tus energías, te cansarás más si sigues habla que te habla.

—¡Oh, Dios! ¿He acertado?

—Me temo que no. ¡Avanza! Estoy desesperado por llegar.

Tomé el móvil como pude entre la maleta, el neceser y mi bolso de mano para verificar la señal. Nada.

—¡Carajo, Dave!

—Me harás lavarte la boca con jabón, desde que bajamos del avión no dejas de echar maldiciones.

—Esto es importante, escucha.

—¿Ahora qué? —preguntó sin dejar de caminar.

—No tengo señal.

—Ni la tendrás, estamos en medio de la nada. ¿Recuerdas?

—¿Estás demente? No puedo vivir sin *Internet*.

—¡Ja! Amo tu dramatismo.

—No es drama, es vital, lo necesito para trabajar.

—Estamos de vacaciones. Camina o me veré obligado a llevarte sobre mi hombro como un costal.

—A veces se te sale lo salvaje, debe ser por tu sangre escandinava.

Una mirada huraña bastó para que mis pasos se sucedieran con más celeridad. Él andaba sin esfuerzos, a pesar de que cargaba su extenso equipaje

y parte del mío, tomé una pequeña bocanada de aire gélido que amenazó con congelarme los pulmones y me apresuré convencida de matarlo y de no volver a dejarme seducir por sus planes de darnos una escapada.

Cuando terminamos extenuados de recorrer el camino nos adentramos en un corto trecho del bosque y corrí para no despegármelo temiendo que nos encontráramos con algún animal salvaje del paraje infernal. Las piernas me pinchaban y escocían de caminar bajo esas condiciones climáticas, mis pies pedían clemencia dentro de aquellas botas toscas de piel y mis músculos estaban a punto de darse por vencidos. No sabía de qué se trataba esto, pero al menos un Jenkins me las pagaría, antes de lanzarle una mirada furibunda, mis ojos se tropezaron con una hermosa cabaña de troncos. No podía negar que era encantadora, con su chimenea de piedra y todo, aunque la idea de pernoctar allí me parecía espeluznante.

—¿Qué significa esto?

—Aquí pasaremos la Navidad.

—Lo sabía. ¡Mierda! Por favor, dime que hay electricidad —supliqué.

—Tenemos un generador.

—¡Gracias a Dios! —expresé a punto de llorar.

—La pasaremos genial.

—Pensé que tus padres no podían abandonar el restaurante en estas fechas.

—Resulta que lo hicieron, dejaron el personal a cargo y tomaron un vuelo a New York para pasar las fechas con Wendy en la gran ciudad.

—¿Y por qué diablos estamos nosotros aquí en el culo del mundo? ¿No se supone que veníamos a ver a tus padres? ¡Maldito seas, David! ¡Tú y todos los Jenkins! ¡Me las van a pagar! Se han complotado de nuevo para hacerme quedar como idiota mientras me secuestrabas con ocultas intenciones.

Me quedé a media descarga de frustración cuando él sin perder la

calma continuó hablando con total parsimonia, definitivamente era su momento y no les daba importancia a mis reclamos. Creía que al final me iba a contentar, pero esta vez había llegado demasiado lejos, no tenía ni idea.

—Te presento la cabaña —reafirmó extendiendo los brazos.

—¿Es de tu familia?

—No. Es mi propiedad y mi proyecto personal. Aquí vivía antes de mudarme a New York y después a Los Ángeles. Tengo grandes planes para ella. La de mis padres está ubicada más próxima al centro de Anchorage, tiene tuberías, baño y toda clase de efectos electrodomésticos que le quitan el chiste, pero es rentable y la alquilan a turistas. Ellos viven en una residencia espléndida en el centro.

—¡No me digas que la cabaña no tiene baño! —exclamé y me llevé las manos a la cabeza como posesa.

—Te lo digo —dijo fresco como una lechuga.

—¿Estás de broma?

Estuve a punto de explotar como un volcán en erupción, todo el cansancio por el largo viaje en avión, y el abatimiento por la despiadada caminata arrastrando nuestro equipaje, me hizo colapsar en un estallido de ira. Apretó los labios nuevamente para no soltar una carcajada y aquello terminó de hacerme hervir por dentro.

—Las damas primero —dijo y me ofreció entrar—. Ponte cómoda, encenderé la chimenea.

—¿Y todo se resume a este perfecto nido de amor? —pregunté sin poner un pie adentro, organizando mis ideas para acostumbrarme a mis supuestas vacaciones de ensueño.

—Te gustará.

—El paisaje es bello, así como esta cabaña de troncos estilo Blanca Nieves y los siete enanos, rodeada de árboles y montañas, pero me aterra.

¿Qué haremos si se nos aparece en medio de la noche un oso furioso?

—En ese caso lo mejor será no salir —rio a carcajadas hasta que le dolió el estómago, por la forma en que me miraba sabía que estaba muerta de pánico y no le importó.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté estupefacta. No entendía qué tan estúpido había sido lo que estaba diciendo, pero él seguía carcajeándose a más no poder. Solo podía pensar en dónde iba a hacer mis necesidades fisiológicas. ¡Rayos! Esperaba que no fuera en el exterior, entre los animales y el frío, estaba por darme un colapso. Si David quería llevarme al límite lo estaba logrando—. ¡Suéltalo!

—Los osos hibernan. —Casi escupe una carcajada—. Eso te podría pasar en verano si se te ocurre asar un jugoso filete. ¿Ves por qué insisto en que necesitas pasar por esta experiencia? Entra de una vez.

—Tienes razón, los osos y sus reglas. ¡Por favor! Lo aprendí en la escuela, pero mi mente ahora mismo no funciona. Solo puedo pensar en la falta del baño —dije petrificada en la entrada, mi cuerpo se negaba a dar un paso, solo quería subirme en un auto y conducir a toda velocidad a un comfortable cuarto de hotel.

—Aprenderás sobre los osos y un poco más. Todo Jenkins debe saber lo básico en supervivencia.

—No soy una Jenkins.

—Pero algún día lo serás. Ya que eres mía me niego a dejarte ir, a futuro serás mi esposa, así que me encargo de darte todas las herramientas que necesitas para la vida al aire libre. Si mi padre no me hubiera preparado cuando niño tal vez no hubiera sobrevivido a la avalancha.

—Jamás se me ocurriría tirarme en una tabla por la ladera de una montaña llena de nieve.

—Nena, eso es súper excitante. Tendremos que vivirlo juntos algún

día. Podrías lanzarte en esquíes, es más fácil para principiantes y estamos muy cerca de una estación formidable.

—No me apetece.

—¿*Snowboard*? ¿Motos de nieve? Hay tantas atracciones.

Se me ocurrían un montón de cosas excitantes que podíamos hacer juntos y practicar *snowboard* o esquí era lo último de la lista. Correr a través de la nieve mientras un oso furioso nos cayera detrás, también ocupaba el sitio final del listado, claro que sería un oso, que, por error en su reloj biológico, despertara antes de su hibernación.

Observé las ventanas y las puertas desde el exterior para asegurarme que estaban muy firmes, inspeccioné que funcionaran los cerrojos desde afuera intentando abatirlas, pero resultaron muy resistentes. El infame no paraba de reírse, moví mis entumecidos músculos de nuevo hasta su lado para rogarle que en la primera lección me pusiera al tanto de los animales que pudieran intentar asaltarnos a garra armada.

—Ahora regreso, iré por agua al lago. Si seguimos aquí oscurecerá. Entra y acomódate. —Me horroricé ante su comentario. ¿*Escasez de agua*?

—Muy civilizado.

—Si lo deseas puedes acompañarme, será un buen ejercicio.

—No lo puedo creer. ¿Cuántos galones tendremos que cargar para llenar una bañera? No estaría nada mal tomar un baño.

—No iré caminando, tenemos una camioneta adaptada para la nieve que funciona en perfectas condiciones. Está en el granero protegida de las nevadas.

—¿Y por qué diablos me has hecho caminar con mi equipaje a cuestas?

—El taxi no podía entrar —dijo como un niño atrapado en una travesura.

—Lo dudo. Te encanta llevarme al límite.

—Si sacas una puntuación aceptable a este reto te prometo recibir el año en un lujoso hotel de la Quinta Avenida de Anchorage.

—No creo sacar sobresaliente.

—Recuéstate un rato. Iré al pueblo por víveres y al lago por agua para llenar la bañera. Debemos aprovechar las pocas horas de luz del invierno.

—Supongo que tendré que hacerlo, no puedo mover ni un músculo. Por favor, no vayas a perderte y dejarme incomunicada en este sitio remoto antes de darme las clases de supervivencia, te juro que estoy en cero. Lo único que puedo hacer por mí es encender un cerillo y arrojarlo sobre una pila de troncos para calentarme.

Sus carcajadas ya eran molestas, pero se veía tan increíblemente sensual con aquella risa que le marcaba los pícaros hoyuelos y su tórax se veía tan apetecible para recostar la cabeza después de la ardua caminata, que decidí perdonarlo. Lo amaba profundamente, aunque sus bromas sin sentido lograban ponerme como dinamita y al unísono derretirme ante lo sagaz de sus ocurrencias.

Estaba tan cansada que decidí recostarme, empujé al fin la puerta esperando como mínimo encontrarme una cama repleta de edredones debajo de los cuales refundirme. Aún me costaba aceptar mi ubicación en el mapa. Esto era una locura mayúscula, solo tenía que sobrevivir una semana y podría ir a recuperarme al hotel. Cuando regresara a Los Ángeles nadie me iba a creer.

Mi reacción al contemplar el interior de la cabaña de troncos fue descomunal. Era sencillamente increíble. No sé cómo se las había arreglado para fastidiarme, pero sentí total alivio.

—Es un juego muy cruel. Esta vez sí te has pasado. ¿Por qué lo has hecho?

—Una caminata me pareció la excusa perfecta para librarme del

despiadado calor con el que pretendías incinerarme en el auto.

—¡Si serás maldito! —No podía no amarlo, aunque sus bromas salidas de control a veces me desesperaban.

—¿No te gusta el senderismo?

—En la nieve no.

Por dentro, como en la fachada, primaba la madera. La estancia era muy amplia con una enorme chimenea, tenía concepto abierto que llevaba al comedor y a la cocina, así como a tres amplias habitaciones cada una con su baño. La cabaña estaba equipada con los lujos de un resort, tenía incluso televisión, así como todos los implementos para pasar unas estupendas vacaciones, cada baño parecía un spa donde relajarte y calentarte. Ya no me querría ir a pasar el Fin de Año a la Quinta Avenida. Saqué el móvil y la señal de *Internet* pudo apreciarse. En verdad se había ensañado conmigo y todo por subirle al calefactor del auto.

Me recosté en el mullido sofá de la sala a descansar mientras él revisaba que los víveres que había pedido que le surtieran estuvieran en su sitio.

—¿Quién compró todo?

—Mis padres tienen personal que se ocupa de las cabañas, de la suya y de la mía.

—Amo a cada uno de los Jenkins, pero sigue haciendo frío —dije acurrucada sobre el sofá mientras él me colocaba la manta por encima.

—Hay calefacción, espera a que el sitio se aclimate. Esta es nuestra cabaña de Alyeska, tuya mía y no es cierto que estamos en el medio de la nada, estamos en Girdwood, puedes buscarlo en el móvil, el *Internet* funciona fenomenal. Nuestro patio limita con el bosque Chugach. Tenemos vecinos a unos metros, aunque no se ven a simple vista y hay varias atracciones turísticas que te fascinarán. Y no estamos aislados de la civilización, solo

llegamos por un camino alternativo.

—Sabía que no estabas tan loco —dije muy agotada y me perdí en su explicación sobre esta magnífica cabaña que sería nuestro verdadero refugio sobre la tierra. Un lugar de ensueño donde escondernos del mundo, cuando la vida en la ajetreada ciudad de Los Ángeles nos estresara.

Pensando que hubiera sido mejor venir en verano, los párpados se me cerraron hasta quedarme profundamente dormida. Mi sueño me condujo por extraños parajes. Seguía en Los Ángeles y Alaska en Navidad parecía como un sueño del que acababa de despertarme.

Tras de terminar de decorar nuestro nuevo y casi improvisado hogar en Los Ángeles, a David se le hizo genial que voláramos a Alaska para que conociera el sitio tan maravilloso donde había nacido.

—Aceptaré porque vamos en primavera.

—Mi madre te convencerá para que regresemos para Navidad.

—No podría tolerar el frío.

—Te mantendré caliente.

La fantasía del ardiente leñador tal vez se me terminaba por hacer realidad, así que comencé a interesarme en el viaje.

—¿Cortarás leña para mí con overol de mezclilla y una camisa a cuadros?

—Habla de una vez. ¿Qué está pasando por esa inquieta cabecita?

—Alaska, tú vestido como leñador, mientras traes leña para calentar mi hogar.

—Por supuesto que muero por hacerlo.

—¿En serio?

—Creo que tendré que darte un adelanto —dijo y me abrazó pegándome al abdomen su demandante virilidad. Mi intimidad se humedeció ante la presión que su erección ejercía, no podía aguantar un minuto más

sin tenerlo dentro. Lo adoraba y era tan ardiente y era mío, solo mío.

—Quiero el adelanto, es más, creo que me lo merezco —admití sedienta y expectante.

Un, dos, tres. ¡Rayos! Ese repiquetear me despertó por completo. Aún no despegaba los ojos. Todo era confuso. No recordaba bien qué había soñado, pero de pronto me envolvió el frío y busqué a tientas la manta que me abrigaba parcialmente para cubrirme completa con ella. Había claridad aún.

—¡David! Puedes creer que he tenido un sueño bien raro, soñé que me pedías que viajáramos a Alaska. ¿No me lo pedirías, ¿verdad? Sabes que detesto todo lo helado y pegajoso —susurré adormilada buscándolo a tientas—. ¡Mierda! —solté cuando terminé de desperezarme y mi ubicación en el mapa me vino de golpe a la cabeza. *¡Carajo si estoy en Alaska y a un día de Navidad! ¡Qué sueño tan raro!, pensé.*

Me senté en el amplio sofá y me envolví con la manta, mientras seguía pensando que el verano era mejor opción. Caminé por toda la casa buscándolo sin éxito. La calefacción se sentía más fuerte, pero aún no estaba a mi gusto. Nos la pasaríamos en una guerra constante, él bajándole y yo subiéndole. Tenía que contarle mi sueño, así que lo busqué por la propiedad. No lo encontré en ninguna de las habitaciones. Me asomé a la amplia ventana para husmear afuera y fue así como mi loca fantasía se hizo realidad.

Salí y me senté en los escalones del porche mientras mi ardiente leñador con overol de mezclilla azul, botas negras altas, gorro indecente, camisa de lana a cuadros color vino, chaqueta caliente y hacha en mano, cortaba con vehemente esfuerzo un prominente tronco en perfectos y apilados leños para darle calor a nuestra chimenea.

Lucía tal y como lo había deseado, deliciosamente arrebatador, con la barbita vikinga que seguía apoderándose de su rostro, sus poderosos brazos, sus ojos claros chispeantes. No sé qué hice para merecerlo, pero mi fantasía

del sexy leñador se hizo realidad. Dos copos de nieves perfectamente blancos resbalaron por su nivea frente, y sus labios voluptuosos se tintaron de rojo borgoña por el esfuerzo. Recorrí con la vista los cristales de nieve que caían sobre sus duros pectorales, tan firmes como el resto de su musculatura que se tensaba por el esfuerzo debajo de la camisa.

—¡Dios mío! ¿Por qué te detienes? —le increpé cuando comenzó a recoger la leña y las herramientas con intención de irse al cobertizo para guardarlas.

—Está nevando —dijo con una pícaro sonrisa.

—No seas haragán, aún no has cortado nuestro árbol de Navidad, que unos raquícos copos no te detengan.

—Ashley, ¿estás bien, mi amor?

—¿Por qué lo preguntas? —Me señaló mi pelo y mis vestiduras cubiertos por una capa blanquecina y gélida.

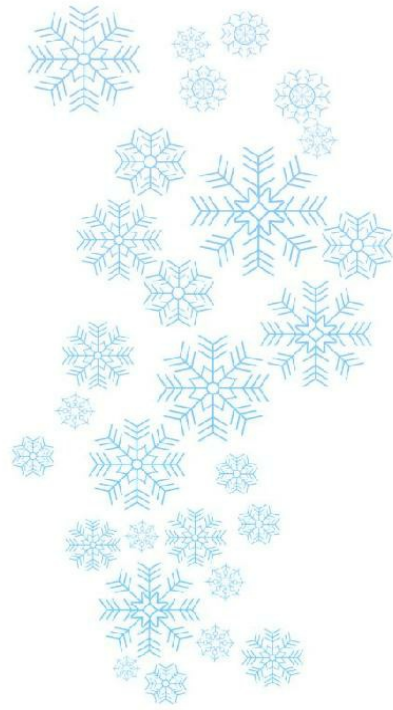
—No escucho tus quejas ni tus maldiciones. Parece que después de todo, la nieve y tú, no se llevan tan mal.

—Corta leña para mí, David —suplicué y me perdí en mi más traviesa fantasía.

Estaba convencida que después sería mi turno de hacer realidad las tuyas, para eso me había arrastrado hasta Alaska, para eso nos quedaríamos hasta Fin de Año calentándonos, sacándonos el frío a puro fuego.

David vino para quedarse, porque **el amor llega cuando menos lo esperas e irrumpe en nuestras vidas y arrasa.**

Fue un comienzo, el mejor de mi vida.



ESTIMADOS LECTORES

Les agradezco permitirme acercarme a ustedes a través de la historia de amor de Ashley y David. Si leerme les ha resultado agradable y han pasado unas hermosas horas de lectura, les invito a dejarme un comentario en Amazon y a compartir la experiencia de leer *Fuego en invierno* con sus amigos, para que, con la ayuda de ustedes, la novela llegue a cada lector que espera por una historia similar a esta. Si desean conversar conmigo o preguntarme algo sobre este u otro de mis trabajos, no duden en contactarme en mis redes sociales.

correo: mileposdata@gmail.com

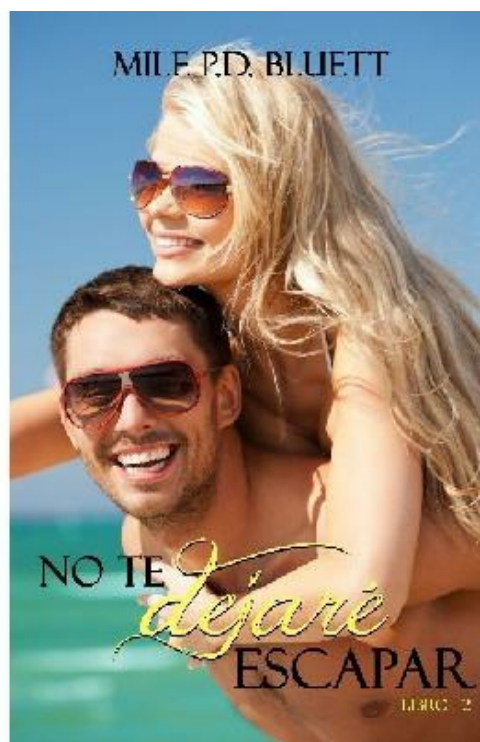
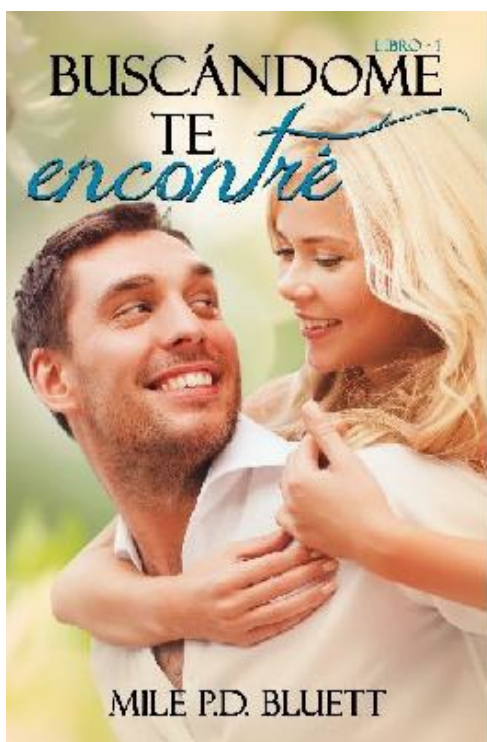
Instagram: [@milebluett](https://www.instagram.com/milebluett)

Twitter: [@milebluett](https://twitter.com/milebluett)

Facebook: Mile Bluett

Página de Facebook: Mile Bluett Autora

¡Muchas gracias por leerme!



I Buscándome te encontré (2017)

II No te dejaré escapar (2018)

Cecilia tiene 19 millones de seguidores en su exitoso canal de YouTube y una belleza que puede sofocar al hombre más difícil. Pero cuando apaga la cámara solo es una chica a punto de casarse, que no quiere llegar al altar con los secretos que se ha dedicado a coleccionar. Necesita con urgencia ayuda para que sus planes de boda no terminen en fracaso. Cuando acude a terapia y conoce al Doctor Huxley, alias Doctor Tentación, descubre que no cumple con su estereotipo de psicólogo: “viejo aburrido que podría escucharme por horas sin parpadear”. Un pensamiento se le queda grabado: *Debería haber una prohibición, para que los hombres guapos, no puedan ejercer como terapeutas*. Lo que ella no sabe es que **Alex**, quien la recibe en el consultorio del psicólogo, piensa algo similar sobre ella: *Preciosa y prohibida, de esas mujeres que no deseas tener de pacientes ni en un millón de años*.

Link Universal digital: <http://relinks.me/B073MC6DGW>

Link Universal papel: relinks.me/1521754098



Amor sublime

Fernando Alvarado vive atormentado por su suerte, ser el señor de Bellavista con el trasfondo que eso encierra. Lo único que aplaca el alma del rico y joven heredero es la llegada de las vacaciones y el arribo de la señorita Celeste a la hacienda vecina. Cuando lo mandan a estudiar a Europa, teme que a su retorno la encuentre comprometida, le ruega que lo espere, que a su regreso la convertirá en su esposa y sellan el pacto con un beso en los labios: «Cada vez que la tengo al alcance de mis ojos pierdo las riendas de mi corazón, galopa desbocado, me deja sin aliento, me arrasa; quiero hacerla mía para siempre».

Celeste Pontevedra desea casarse por amor y sólo ocurrirá si la vida la une a Fernando sin límites de tiempo. Creció amándolo desde la más tierna edad. Vivirá para esperarlo, aunque eso le depare sortear a cuanto pretendiente aspire a su mano, los habrá con las intenciones más nobles y con las más perversas: «Nada como su mirada para encenderme por dentro». En las últimas vacaciones, cuando Celeste vuelve a las tierras de su familia, una tragedia la obliga a permanecer en la región. Los oscuros secretos familiares no tardan en salir a la luz. Todo cobra intensidad tras el regreso del irreverente Fernando Alvarado, el heredero de la hacienda contigua, quien ha terminado sus estudios en Francia y ha regresado comprometido, olvidando la promesa de amor que le hizo antes de partir.

Segunda mitad del SXIX, el valle de Güines, La Habana y París serán los escenarios de este romance de época donde las costumbres y los prejuicios intentarán controlar lo que no puede frenarse, el más sublime de los sentimientos.

Link Universal donde puedes adquirirlo relinks.me/B077YQJV4Z



Saga Herederos del mundo:

En un mundo dividido, dos grandes potencias mundiales se encuentran estirando al máximo el Tratado de Tolerancia. **Paz**, quien nació durante la firma del tratado, recibe un legado el día que cumple veinticinco años. A partir de ese día descubrirá que la historia de su origen no es como la conoce, que tiene una misión que cumplir y que ello implica traicionar a los que más quiere, que no acepta ninguna de las salidas que le han ofrecido y que el amor le dará la fuerza necesaria para seguir adelante.

Link Universal I. **Atrévete a sentir:** <http://relinks.me/B01HUSUB12>

Link Universal II **Tierras Inhóspitas:** relinks.me/B06XDO9QR3

Link Universal III **La búsqueda del arcoíris:** relinks.me/B072KHS517

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a cada una de las personas involucradas en este proyecto, directa o indirectamente, los que aportaron desde diversos frentes como la promoción, la corrección, diseño de portada y de banners, la maquetación, la distribución, el apoyo en la investigación, las queridas lectoras cero, los blogueros que ayudan con sus entrañables reseñas, los administradores de grupos en Facebook, la inmensa red de escritores y de amigos que ayudan a promover, o con sugerencias muy puntuales que son de mucha utilidad.

Agradecimiento especial para los lectores, para quienes escribo y quienes me hacen inmensamente feliz con sus mensajes privados de retroalimentación y con sus reseñas, las que ayudan a dar visibilidad a la obra y contribuyen a que la novela llegue a más personas. A todos, muchas gracias.

Primeramente, gracias a mi madre, sin la que este libro no podría haber estado en el tiempo que estuvo, gracias por apoyarme como lo haces cada día. Tu apoyo es sin duda uno de los que más agradezco. Gracias por ser mi amiga y estar siempre para mí.

A mi esposo y a mi hijo por mil razones que podría enumerar, pero que prefiero decirles de manera personal.

Gracias a Marlene y Alberto Fernández quienes me animan a conseguir mis objetivos y me apoyan en esta carrera, igualmente a Alian Fernández, a Manuel Pérez, a Janette Bajuelo y a toda mi hermosa familia (padre, hermanos, tíos).

Muy especialmente a China Yanly por tan magnífica portada y maquetación, por expresar de manera gráfica mi idea del romance entre David y Ashley. Gracias por captar mis intenciones a la primera, por tu apoyo a este y a cada uno de mis trabajos, con ideas y sugerencias, que son muy importantes para mí.

Mil gracias a mi queridísima Cecilia Pérez por su apoyo invaluable y al grupo Divinas Lectoras en general, por la hermosa labor de promoción que realizan, por ser un puente entre el lector y el escritor.

Mi enorme agradecimiento a Rosa María Fernández por darse la oportunidad de leer mis escritos, por revisarlos, por dar sugerencias puntuales de gran importancia para la calidad del mismo, por darme ánimos.

Igualmente, muchísimas gracias a Maricela Gutiérrez, Rotze Mardini y

Kris O’Coneill por apoyar durante este hermoso proceso creativo, por sus maravillosas recomendaciones, sugerencias, risas y buena vibra, así como resolver dudas. A Maricita por estar al pie del cañón y compartir ideas, ayudar en los momentos en que se requiere apoyo de manera urgente para resolver pequeñas crisis puntuales (risas). A Rotze por sus ideas novedosas sobre la promoción, por creer en mis letras y enseñarme a tragarme el spoiler. A Kris por sus travesuras, su ánimo, su alegría y su apoyo constante.

A Roxy Gonzalez por ayudarme a coordinar mi Grupo de Autor La biblioteca secreta de Mile, por ayudarme a inspirarme y a encontrar musos que solo ella puede descubrir.

Muy especialmente a *María Basilio, Claudia González (de La Magia de los libros), Calu Amor (por la increíble labor de promoción que realiza, por su calidez y el apoyo que brinda a mis letras), Gaby Rodríguez Crucitta, Irasema Fernández, Pedro Uch, Yenny Masea de Cardoso, Vanessa Velarde (De Entre libros y reseñas).*

Muchas gracias al grupo Románticas-Novelas con corazón, administradoras, integrantes, por la bonita labor que realizamos en conjunto.

A todas las que compartieron mi post de primera línea cuando anuncié portada y sinopsis por ser tan bellas, fueron muchísimas y a cada una le estoy muy agradecida.

BIOGRAFÍA

Mile Bluett nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa familia. Estudió dos carreras, Derecho y Psicología y un master en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora de la *Saga Herederos del mundo*, que consta de (I) *Atrévete a sentir* y (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. Durante varias semanas la primera parte ocupó el número 1 de la categoría ciencia ficción distópica. También es autora de *Buscándome te encontré* (2017), *Amor Sublime* (2017) y *No te dejaré escapar* (2018). Sus obras han destacado en diversos Top 100 de Amazon.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que, si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop porque es ahí donde sucede la magia».

REGALO

**Buscándome te encontré
(Capítulo 1 y 2)**

CAPÍTULO 1 Cecilia

Llegó el día de iniciar la terapia con un psicólogo recomendado por

la madre de mi mejor amiga. La señora me dio suficientes referencias que me dejaron claro que era el mejor en su área. Mi problema no era apabullante,

pero estaba a punto de caer en un abismo que conduciría mi vida al desastre, si no buscaba ayuda urgente. Fue un día de esos extraños, donde te van sucediendo cosas que te disuaden para abortar el plan. Primero, me quedé sin gasolina y tuve que desviarme para recargar; cuando fui a pagar, me di cuenta que había dejado la cartera en casa y tuve que pedir ayuda para que mi amiga viniera al rescate. Por último, se me pinchó un neumático con un maldito clavo y conduje así hasta dos cuadras antes de mi destino. Ni siquiera eso me hizo desistir. Arribé diez minutos tarde, pero llegué.

No había nadie en el recibidor y entré de largo. Encontré al doctor Huxley dentro de su consultorio, con su ‘secretaria’, una chica de unos veinte años, muy *fashion*, eso sí. Intercambiaron unas miradas que parecían palabras y ella se retiró cerrando la puerta. Nos quedamos a solas. El psicólogo era verdaderamente joven, mucho más de lo que creí, de esos que no querías tener de terapeuta ni en un millón de años. Y no lo decía por su juventud. Digo, si cohíbe soltarle tu vida a un recién conocido, a un chico como él... ¡Por Dios! Era realmente sensual. Aunque no dijera nada, emanaba una vibra muy diferente a la que yo había venido a buscar. Este hombre no podría ser mi terapeuta jamás. Lo mejor era decirle que desistía de la terapia e invitarlo a tomar un trago. Era lo que me apetecía. Pero no supe cómo escaparme. Ya estaba ahí, así que respiré. Intenté justificar mi retraso, le conté mi odisea para llegar y se mostró receptivo.

—Cecilia, te escucho —me dijo el guapo terapeuta al fin, luego de la introducción.

—Antes necesito que leas este contrato de confidencialidad y lo firmes —dije.

—¿Qué? Todos los psicólogos tenemos la confidencialidad dentro de nuestros requisitos fundamentales, no es necesario...

—Por favor. Es por mi trabajo. Preciso tener la certeza de que lo que

hablemos aquí, se quedará entre nosotros—. Lo vi estudiar el documento y firmarlo. Así me sentí más relajada, es lo que viene aparejado con la fama.

—¿A qué te dedicas?

—Soy bloguera y *youtuber*.

—¿En serio? ¿Vives de eso?

—Completamente. Fui de las primeras. Corrí con ventaja.

—No recuerdo tu nombre de las redes sociales.

—Es que uso un seudónimo, Sisi Shine.

—Parece divertido.

—Esconderte todo el tiempo para pasar desapercibida y que los fans no te detengan en plena calle, le quita la magia.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Es que no sé, no puedo casarme con esta duda. Uno se casa con la esperanza de que dure toda la vida. Siento que mi prometido y yo conectamos en todo menos en eso —quise explicarme, pero no sé si fui muy clara. Trataba de concentrarme, pero él tenía unos ojos increíblemente azules, que echaban chispas en el buen sentido. Me desconcentraban, era difícil presentarle mi caso cuando me miraba directo a los ojos y se quedaba en esa pose de total escucha, concentrado.

—¿A qué te refieres con ‘eso’?

—Ya sabe, doc. Estoy aquí porque necesito hablar con alguien sobre sexo. Específicamente, me preocupa el sexo con mi novio Eric.

—¿Cómo es tener sexo con Eric?

—Con él no puedo liberarme. Estamos a punto de casarnos y no sé si debo seguir adelante.

—¿Me pregunto a qué vienen estas dudas? ¿Has probado el sexo con otro?

—¡Dios mío! ¿Tengo que responder a eso? No llevo aquí ni quince

minutos y ya entramos a esos temas. Después de mi amiga, eres al único que se lo confieso. Sí. Hubo un chico y fue completamente diferente, pero con él solo congeniaba en la cama—. Lo vi tomando notas en una libreta y me puso nerviosa, así que hice hincapié, no quería quedar como una zorra en la primera consulta—. No le fui infiel a Eric, fue una de las veces que terminamos por un período de un par de meses.

—No estás aquí para ser juzgada, así que no te preocupes.

—Amo a Eric, quiero casarme con él —dije y él muy sórdido solo me escuchó sin anotar en su libreta ni una palabra, así que le reclamé—: Toma notas, por favor, que esto es importante. Quiero que quede muy claro.

—Te creo.

—Solo quería aclararlo.

—Anotado y con tres asteriscos, ‘amas a tu novio’. ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Muchísimos años, ya perdí la cuenta. Entrando a la universidad comenzamos a salir y ya tengo veintiocho años.

—¿Y qué tal? ¿La situación por la que vienes a consulta es reciente? ¿Hace cuántos meses se ha presentado?

—Siempre ha sido así. Al principio pensaba que era normal.

—¿Tu primera experiencia sexual fue con Eric?

—Sí. Hasta que hubo alguien más, noté que era diferente.

—¿Qué pasa con Eric y el sexo?

—Con él no puedo ser yo.

—¿Y quién eres?

La campana sonó y me sentí salvada. Él me miró receptivo, intentó darme a entender que podía continuar, pero yo no tenía idea de lo que iba a responder, así que le dije:

—Uff, parece que el tiempo se ha acabado. Está bien para ser la

primera consulta.

CAPÍTULO 2

Alex

ahora qué carajo iba a hacer?, pensé de inmediato
¿Y cuando la paciente se retiró. Me había metido en un lío muy grueso. Y más si Cecilia tenía un montón de seguidores. Tenía la esperanza de que no fuera así. Si el santurrón de mi hermano se enteraba, no solo iba a revocar mis prácticas, sino que tendría que lidiar con ello toda la vida. El peor defecto de Christopher era que fungía como una especie de conciencia o de súper yo en mi vida, que no me dejaba olvidar mis desaciertos hasta que estos eran corregidos, llevándose mi vergüenza por delante.

Comencemos de nuevo. Me presento. Soy Alex, y no soy terapeuta, soy el hermano del terapeuta y estoy estudiando para ser psicólogo. En mi favor diré que me falta un año para graduarme y que me he sentido muy presionado últimamente. Mi hermano, Christopher Huxley, es uno de los psicoterapeutas más reconocidos en su área, con doctorado y un sinfín de posgrados, esos que cuelga en su consultorio. Básicamente, él era quien tendría que haber atendido a la paciente.

¿Y por qué atendí a Cecilia y me hice pasar por terapeuta? No fue mi intención; saben cuándo una mentira lleva a otra, y así sucesivamente se van encadenando hasta acabar sumergiéndote en una piscina de mierda. Pues eso

fue la combinación de mentira, casualidad y de una equivocación por parte de la paciente.

Mi hermano mayor siempre ha fungido como una especie de mentor para mí, no porque yo se lo haya pedido, él cree que tiene un compromiso moral, no sé si con mis padres o con la humanidad. El caso es que desde que tengo uso de razón recuerdo a mi madre decirme que tenía que agradecerle a Christopher el haber nacido. Gracias a su insistencia y a sus enormes deseos de tener un hermanito, mi madre tuvo que volver a abrir la fábrica y realizar junto a papá a este angelito que ven aquí. Christopher fue maduro desde niño y como nos llevábamos algunos años, lidió conmigo en los terribles dos, también a los siete, ‘la edad de la peseta’, me encaminó para encontrar la luz en la rebelde adolescencia, me ayudó a entender el sexo en mis primeras experiencias y contribuyó a dilucidar mi proyecto de vida. Por eso cuando supo que quería estudiar Psicología me acogió en su departamento y se encargó de mi educación superior. Eso le dio derechos y a mí me impuso deberes. Trabajaba con él y aprovechaba para hacer prácticas de una asignatura en su clínica, donde daba en renta consultorios para un grupo de profesionistas de la salud. Aprobar o reprobar la materia dependía de la calificación que me iba a dar Christopher, y él era muy exigente. No le iba a importar suspenderme si creía que hacía lo correcto.

Yo tenía funciones muy delimitadas, entre ellas tenía un grupo de niños en terapia grupal para mejorar sus habilidades sociales, daba pláticas a adolescentes sobre los temas usuales que los jovencitos necesitan saber, tenía que encargarme de la recepción en el horario de almuerzo de la secretaria, etcétera. Lo malo de trabajar para tu hermano, era que no sopesaba el límite familia-relación laboral, y siempre había algo en lo que necesitaba mi ayuda. La verdad, me sentía agradecido porque pagaba mis estudios. Nunca le decía que no, pero reconozco que me sentía un poco asfixiado. Al punto que terminé

por meterme en este embrollo.

Un día antes, en el horario en que me tocó cubrir a la secretaria, Christopher intentó hablarme. Yo estaba muy entretenido con Lucy, mi amiga y compañera de estudios, a la que Christopher también había aceptado como practicante. Así que mi hermano tuvo que llamar mi atención y añadió:

—Alex, mañana tengo una paciente para las dos de la tarde. Comunícate con ella y reprogramala, es la primera vez que viene. Dile, por favor, que no podré atenderla en ese horario. Me ha surgido algo importante y tendré que cubrirlo de hoy en adelante de dos a cuatro todos los días.

—De acuerdo —dije, pero seguía embobado con Lucy, aunque sí lo había escuchado.

Un día después, justo a la hora del almuerzo de la secretaria, mientras yo estaba haciéndome cargo de la recepción, decidí entrar al consultorio de Christopher para buscar unas pruebas psicométricas que me había pedido calificar. Lucy estaba conmigo cuando la paciente llegó y no sé por qué decidió asomarse a la puerta del consultorio. Lucy y yo nos quedamos con cara de idiotas. Lucy me dio a entender con la mirada que la atendiera y cerró la puerta tras de sí, dejándome con tal enredo. Ambos sabíamos que Christopher se exasperaría si se enteraba de mi despiste, odiaba dejar plantado a un paciente.

—Buenas tardes, disculpe, soy Cecilia, la de la cita de las dos. He llegado con diez minutos de retraso, pero aquí estoy. ¿He perdido mi cita? Por favor, no me diga que sí porque estoy desesperada. Tengo un ultimátum para poner fecha a los preparativos de mi boda y no sé si casarme sea lo mejor para mí. Tal vez son los nervios por la petición de matrimonio. No lo sé.

Al ver a la paciente, pensé: *Trágame tierra. ¿Cómo es posible que se me haya olvidado posponer la cita? Gracias a Dios Christopher no está aquí o de lo contrario, no me quitaría de encima su perorata por quién sabe*

cuánto tiempo.

—Doctor Christopher, ¿me escucha? —insistió ella.

—Disculpe, estaba...

—¿Puedo sentarme? —dijo y comenzó a hablar de forma arrolladora—. Ha sido difícil llegar hasta aquí, digo, no es fácil decidirse a soltarle la sopa a un extraño, por muchos títulos que tenga. Usted parece que se dedica a coleccionarlos, son muchos.

—No me hable de usted, no es necesario. ¿Cómo le explico esto? Ha habido una confusión... —dije resuelto a aclarar la situación.

—¿He confundido mi horario? ¡Dios mío! Revisaré mi agenda, lo que me falta, una crisis repentina de Alzheimer. ¡Y con lo que me ha costado llegar! Se me pinchó un neumático en el trayecto y he conducido con la llanta baja de aire hasta llegar aquí.

—Pero eso puede ser fatal para su vehículo.

—Es que no quería llegar tarde o faltar a mi primera cita, eso sería imperdonable. Saliendo de aquí, me comunicaré con mi mecánico y veré qué puede hacer por mí. Espero no tener que cambiar el neumático yo misma, no tengo idea de por dónde empezar.

—Pues sí que ha sido muy difícil para usted llegar y...

—Pero no me hables de usted, seamos recíprocos.

—Toma asiento, Cecilia —dije inhalando hasta saturar mis pulmones, porque no podía hacer que el día de ella fuera peor. Su caso parecía simple, solo tenía pánico ante el compromiso que recién asumía. Posiblemente con una sesión iba a ser suficiente y no la vería nunca más. Y no es que me molestara seguir viéndola, era preciosa, de esas mujeres que no deseas tener de pacientes ni en un millón de años, era por Christopher. Mi hermano tenía un saco casi lleno, donde acumulaba todos mis errores y la última vez le había prometido enmendarme.

Lucy me sacudió de mis recuerdos y me dijo:

—Hey, ¿hay alguien?

—¿Qué te pasa, Lucy?

—Estás como ido.

—¿Te parece poco? ¿Cómo se te ocurre encerrarme con la paciente en el consultorio de Christopher?

—Solo quise ahorrarte un problemón con tu hermano. Él está insufrible últimamente.

La secretaria volvió de su hora de almuerzo y me hizo dar un brinco como si hubiese visto un fantasma. Llegó a escasos minutos de atraparme *in fraganti*. Lucy se quedó tan campante como si nada, le dijo alguna tontería a Martha y se fue a continuar con sus pendientes. Miré mi reloj, justo a tiempo, diez minutos antes y Martha habría encontrado a la paciente.

—¿Pero qué susto te he dado, Alex? ¿Qué estabas haciendo?

—Nada, Martha. Estaba concentrado.

—Alex, ya estás libre de la recepción, vuelve a lo tuyo. Tus niños llegarán en treinta minutos. ¿Tuviste tiempo de comer algo? —me dijo.

—Tomé un café y unas galletas. No pude hacer más con tanto trabajo, dije agitando las pruebas en el aire. Son cincuenta pruebas de Orientación Vocacional, que Christopher voluntariamente ha administrado a una sociedad benefactora, que orienta a jóvenes que viven en disfunción familiar. ¿Adivina a quién le tocará calificar la donación en especie del señor doctor?

—No te quejes. Tú también estarás contribuyendo a esa buena obra. Traje algo para ti —dijo y me mostró un sándwich.

Le sonreí y le dije:

—¿Me lo guardas un rato más? Enseguida regreso.

—¿Pero a dónde vas?

—Ayudaré a una amiga, se le ha pinchado una llanta con un clavo. Es cerca de aquí.

